

462-3

EL ESPAÑOL

3 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 5 - 11 abril 1959 - Dirección y Administración: Pinar, 5 - II Época - Núm. 540 Depósito legal: M. 58.69 - 1958

EN EL CORAZON DE ESPAÑA

Y EN LO ALTO DEL VALLE, LA CRUZ





El pregonero de la primavera

Con sus dos jorobas, sus colorines
y sus cascabeles, versátil y alocado,
Polichinela pudiera ser
el pregonero de la Primavera.

Su bronca voz gangosa canta
las excelencias del buen tiempo.

Pero, a la vez se ríe
de la ingenuidad de los incautos.

La Primavera es, como Polichinela,
luz, color, cascabeles...

Y, de cuando en cuando,
también burla, frío, tormentas, viento...

Únicamente entonando el cuerpo,
adaptando la fisiología
a los cambios climatológicos
con la exquisita "Sal de Fruta" ENO,
combatiremos los trastornos primaverales,
versátiles como su pregonero.

La "Sal de Fruta" ENO es un producto consagrado con más de tres cuartos de siglo de uso en el mundo entero. Depura la sangre y estimula las funciones orgánicas. En forma concentrada y conveniente posee muchas de las beneficiosas propiedades de la fruta fresca y madura.

"SAL DE FRUTA" ENO

MARCAS

REGIST.

**REGULA LAS
FUNCIONES ORGANICAS**



DARD

Laboratorio FEDERICO BONET, S. A. - Edificio Boneco - Madrid

CITA DE LA FE Y LA UNIDAD



TODA ESPAÑA CON FRANCO EN LA INAUGURACION DEL VALLE DE LOS CAIDOS



FUE como un vendaval. Casi de pronto comenzaron a saltar los pañuelos en el aire, empapado todo del sol vivo de la mañana. Ya picaba el día. Ya hacía rato que el cielo azul, limpio de las guedejas de la alborada, ahuyentó el fresco de la Sierra.

Fue como un remolino. Los altavoces llenaron con los compases del Himno Nacional el Valle. Resonaron las piedras, las greñas de bronce embistiendo al aire, el granito labrado del gran pórtico, los montes de jaras y pinos que devolvían el eco. Sonó el Himno Nacional y los pañuelos volaban sobre las cabezas, sobre los miles de boinas rojas de los muchachos del Frente de Juventudes, sobre los brufidos cascos caquis de los infantes que rendían honores.

Un toque de clarín. Un mo-



A hombros de la gran familia falangista llegan los restos de José Antonio al Valle de los Caídos. En la cripta de la basilica reposarán para siempre los restos del Fundador de la Falange (Foto Lucas)

mento reinó el silencio en la gran explanada. La inmensa muchedumbre se apiña más aún, empinándose para ver. Ya estaba allí el Caudillo. Acababa de entrar en el recinto. Y los pañuelos, entre una aclamación formidable, volaron más por el aire. Ya estaba entre las viejas piedras, entre el granito hecho poema colosal del Valle de los Caídos, al pie de la Cruz gigante encendida al sol, el Liberador de la Patria, que acudía con su Gobierno en pleno a inaugurar solemnemente la Basilica dedicada a quienes murieron en la Cruzada.

Miles y miles de personas aclamaban al Caudillo. Eran las veteranas centurias de la Falange, con sus banderines y pancartas; era la Tradición; eran también los soldados de todas las Armas;

eran además las madres, hijos y viudas de Caídos, que entre sus lutos saludaban al hombre que condujo a la Patria a la Victoria; eran los Alféreces Provisionales, los supervivientes de la muchachada loca, que con una estrella reluciente en la guerra se lanzó a los frentes para defender España.

El clarín, potente y seco, siguió dando órdenes. Los altavoces parecieron sonar más fuertes. El clamor de la muchedumbre rebotó el silencio de los montes aún más alto, aún más tremendo. Y, de pronto, apagándolo todo, dominando los aplausos, las ovaciones, los altavoces, una voz como la del mar se levantó en el Valle:

—«Ardor guerrero...»

Era el himno de los Infantes,

el himno de la fiel Infantería, el himno de los que por saber morir saben vencer. Lo cantaban con lágrimas apeguñadas en los párpados hombres venidos en la madrugada última de todos los rincones de España. Padres de familia, calvos muchos, con las sienes plateadas todos... y dispuestos y entusiastas igual que hace veinte años.

Franco estaba allí. Franco, el Capitán. Estaba allí, como veinte años atrás. Y todos con él. Lo gritaban las pancartas. Gallegos, con su rócara roja sobre el pecho como en los días heroicos, andaluces, castellanos, catalanes, levantinos, extremeños, vascos, asturianos, navarros, aragoneses, cararios..., muchos con camisa azul, muchos con la constelación de viejas estrellas fa-

langistas en la solapa, muchos con el escudo rojo y gualda de la aventura en las nieves de Rusia, muchos con medallas militares y medallas de sufrimientos por la Patria...

Estaban allí. Franco los saludaba. Estaban allí como veinte años atrás, estallando en clamores al final de los himnos, volteando pañuelos y boinas rojas, ebrios de entusiasmo, como en los días en que escribieron, junto con sus compañeros, que estaban ya en la Basilica entre las cuatro tablas de un cofre funerario, la más grande epopeya de la Historia de España.

FUNERAL POR LOS CAIDOS

En el pórtico de la Basilica de la Santa Cruz del Valle de los Caídos, el abad mitrado, acompañando al Cardenal Primado, ofreció al Caudillo y su esposa el agua bendita. Organizóse la procesión bajo palio por las arcadas de la cripta. Sonaron los grandes tubos del monumental órgano, y el Cuerpo diplomático, los Ministros, el Consejo del Reino, las autoridades y representaciones de toda la Nación que llenaban el gran templo pusieronse en pie.

Los acólitos, con sus fúnebres dalmáticas orladas de oro, bascularon los incensarios. El incienso solemne comenzó a subir hacia la gran cúpula dorada. Las autoridades ocuparon los sitios y el Cardenal Primado comenzó a officiar el funeral.

En el centro, un túmulo, un sencillo catafalco alzado entre las lenguas tristes de los cirios, con un casco militar encima, y ante él, la blanca losa, en el pavimento, con un nombre y unas

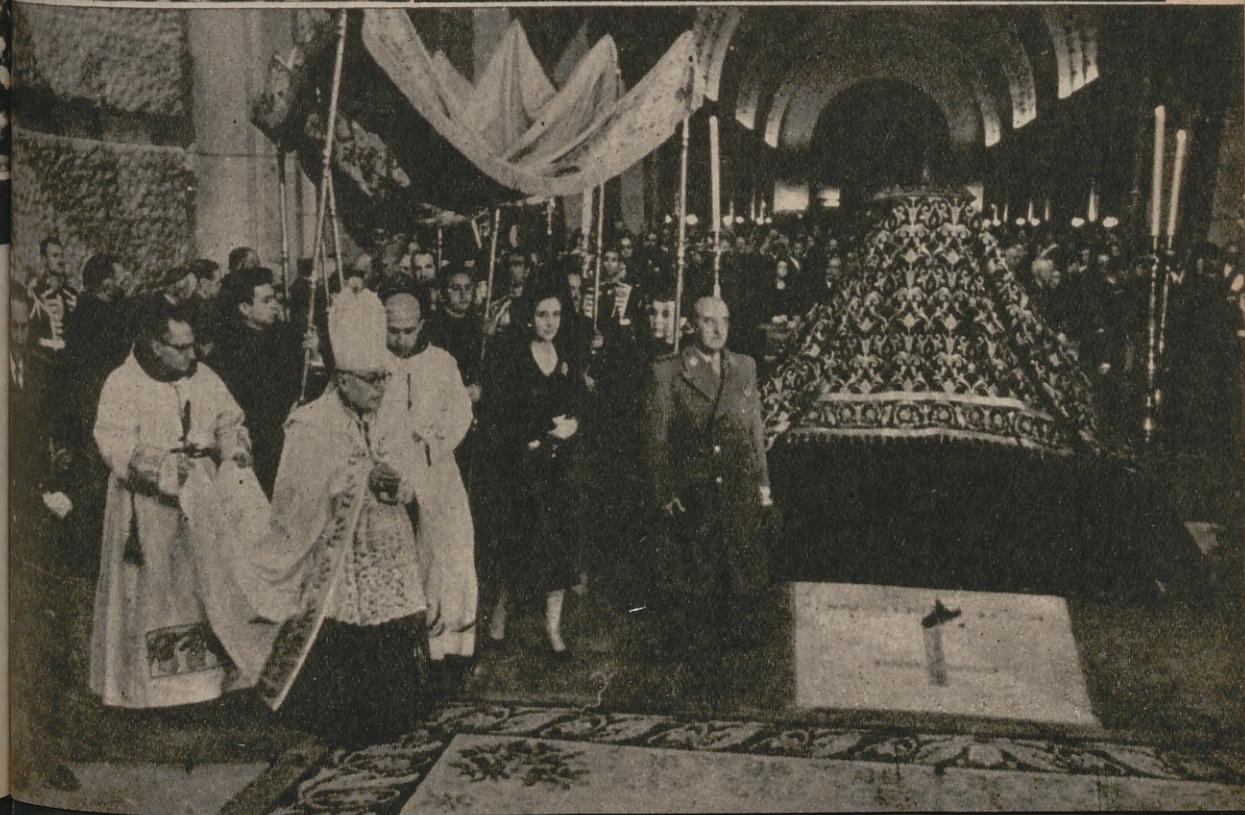
rosas bajo la cruz: «José Antonio».

Había tristeza en la cripta. Las oraciones fúnebres de los sacerdotes sonaban en las rocas con extraños ecos. Desde el fondo del templo, del coro alzado en el ábside, comenzaron a alzarse los cánticos de los monjes, en el ábside, comenzaron a resonar los cánticos de los monjes, redobló los sonos para dar paso a las oraciones musitadas de los officiantes sagrados, los rezos graves en latines venerables, implorando por quienes murieron en la guerra.

En las pausas de la liturgia se palpaba denso el silencio. El templo estaba repleto, ocupado todo por las jerarquías y autoridades españolas, brillante con los uniformes vistosos de los embajadores, las condecoraciones de los militares, de las púrpuras de los treinta y un obispos asistentes, además de seis arzobispos y siete abades. El recogimiento, el fervor era total. En todos estaba presente la grandiosidad y emoción del funeral que se oficiaba. Los Caídos, los mártires de la Cruzada, estaban allí. Estaban en las túnicas de piedra de las figuras de la nave central del templo, en las almas plasmadas en el mosaico de la cúpula, en la losa fría y sencilla del Fundador de la Falange ante el catafalco. Estaban, en fin, en los pequeños ataúdes amorosamente depositados tras las capillas del Sagrario y la Piedad.

Los muertos, los héroes, los mártires estaban allí. Y con ellos sus familiares. En la nave de la epístola, en bancos cubiertos de crespones negros, quienes amaron y sintieron a los Caídos en su hora terrenal, con las manos contritas deslizando las cuentas

Entre el túmulo y el altar mayor, el nuevo enterramiento de José Antonio. Bajo palio, el Jefe del Estado y su esposa, acompañados por el Cardenal Primado, se dirigen a sus sitios



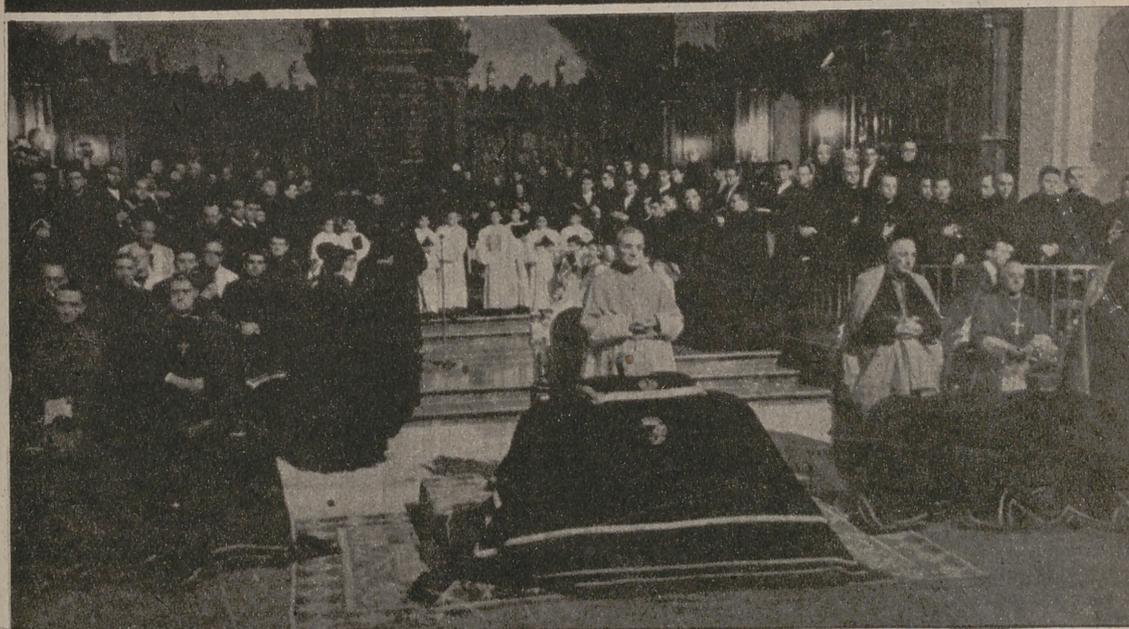


La gran nave de la cripta, durante la impresionante ceremonia del funeral por los Caídos. El Cuerpo diplomático asiste a los actos religiosos





El Cardenal Primado de España, doctor Pla y Deniel, y los padres benedictinos oficiantes, en el solemne pontifical



En un sitial preferente, el cardenal arzobispo de Tarragona preside la representación del Episcopado español

de los rosarios, rezaban por sus almas.

Había padres de Caídos, ancianos que un día dijeron adiós al maravilloso loco del hijo que entusiasmado marchaba al frente. Había madres ancianas con medallas militares en el pecho junto con escapularios, con sus trajes negros y sus velos y sus mismas lágrimas que hace veinte años. Y había viudas, y huérfanos, muchachos con la mayoría de edad ahora recién estrenada, de quién el padre es sólo —nada menos— que una sahariana caqui guardada con amor por la madre y unas fotografías

amarillas en las que un chaval de uniforme sonríe con el brazo en el hombro de otros muchachos.

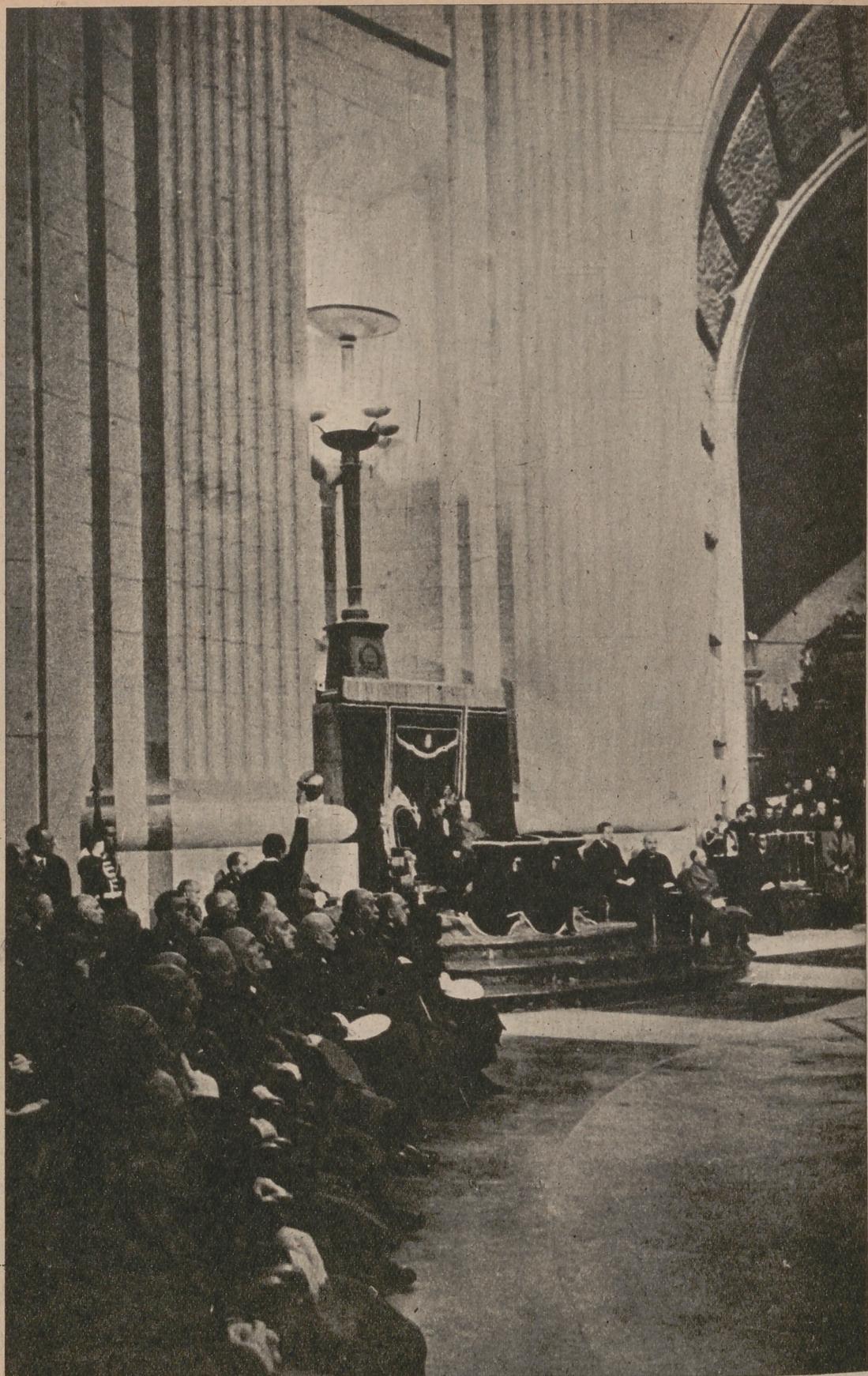
Rezaban. Rezaban por sus muertos, por nuestros muertos. Rezaban junto con el Estado español en pleno, junto con los Ministros y Jerarquías eclesiásticas, civiles y militares de toda España, junto con los mates de camaradas de combate a quienes el capricho de las balas y las rachas de muerte de las granadas dejó vivos para que testificaran la gesta.

Estaban todos allí, en el corazón de la roca del Valle de los

Caídos, bajo la Cruz colosal que serena, abre sus brazos en el cielo limpio de la Sierra. Rezaban todos, juntos otra vez, como en los días de la campaña, como en los días lejanos ya, pero en todos presentes siempre, inolvidables por las heridas y por el ejemplo: las heridas que la paz de Cristo en la cripta cierra.

ESTUDIOS SOCIALES AL PIE DE LA CRUZ

Tras la inauguración solemne de la Basilica de los Caídos, en la explanada frontal del templo



El Jefe del Estado y su esposa asisten a la ceremonia desde un estrado. En primer término de la fotografía, representaciones de los tres Ejércitos

habló el Caudillo. Su voz clara, como en el día histórico del 1 de abril de veinte años atrás, puso de manifiesto lo que el Valle de los Caídos representa, lo que quiere ser y es de homenaje a los hermanos muertos en la con-

tienda, lo que simboliza en una España cuya Victoria fue una Victoria para todos.

Estallaron otra vez los clamores. En el vasto recinto las voces parecían subir hasta el cielo. Los riscos del Guadarrama, los montes, el silencio de las ro-

cas y los árboles devolvían un eco tremendo y parecían vibrar al unisono. Todo estaba encendido. Era ya la media mañana. El verde de la primavera brillaba en el fondo del Valle, entre las rayas blancas de los pueblos. Todo era luz, entusiasmo, cla-



Ante el impresionante Cristo del altar mayor, la oración de los oficiantes por el alma de los muertos en la Cruzada resuena bajo la dorada bóveda del grandioso monumento

mor. Y, entre vitores, el Caudillo se dirigió a la Escuela del Seminario de Estudios Sociales, a la espalda del Monumento, donde se alza la otra explanada con el Monasterio y la Hospedería.

En la inauguración del Semi-

nario, el Generalísimo habló nuevamente, haciendo ver la preocupación constante del Régimen por todo aquello que pueda redundar en bien de la Patria y los españoles. Precisamente en este lugar, en este sitio de devoción a los difuntos, a los

mártires, la inquietud del porvenir, de los problemas vivos de España han de estar siempre presentes. Y el drama heroico de los que dieron su vida por la Patria es precisamente lo que ha de estar presente en el ánimo de los estudiosos para que, como dijo

LA VICTORIA DE LA UNIDAD

A los veinte años de aquel día que trajese la Victoria de los Ejércitos de España los combatientes de entonces, la juventud de hoy, el pueblo español, se ha dado cita al lado de su Capitán para rendir homenaje a los que ofrendaron el más alto sacrificio, su vida, en defensa de los principios e ideales del 18 de Julio.

Francisco Franco, el mismo Caudillo que nos llevó a la reconquista de la Patria, ha presidido un acto donde toda España ha estado presente. Toda España y toda la historia de estos veinte años últimos, fundamentada en postulados del Movimiento Nacional. El sistema liberal y su última consecuencia, el marxismo, condenaban irremisiblemente a España a su decadencia y a su ruina. El 18 de Julio de 1936, la firmeza y la decisión de unas generaciones heroicas guiadas por un brazo poderoso y seguro, cambiaban el rumbo de la historia de España.

Y lo cambiaron con la fuerza y la razón fundante de una auténtica Cruzada. Que no una contienda civil más, sino una Cruzada fue nuestra guerra, como lo expresó solemnemente el Pontífice entonces reinante. La Guerra de Liberación fue la gran epopeya de una nueva y para nosotros más trascendente independencia.

Y lo que a España costó aquella epopeya es mucho para que pueda ser olvidada su lección, que ha de ser permanentemente estimada en todo su valor.

«La principal virtualidad de nuestra Cruzada de Liberación fué el habernos devuelto a nuestro ser, que España se haya encontrado de nuevo a sí misma, que nuestras generaciones se sintieran capaces de enlazar lo que otras generaciones pudieran haber hecho», ha dicho el Caudillo en la solemne inauguración del Valle de los Caídos. Y así, desde el primer momento, el Movimiento Nacional caló hondo en las entrañas de España y todo en nuestra Nación se hacia Movimiento. Luego llegó la paz. Entonces este Movimiento Nacional, después de librar las batallas de la guerra, libró las batallas de la paz, tan duras y difíciles como las primeras, porque la anti-España, que fué vencida y derrotada, siguió maniobrando desde el exterior para hacer caer a España otra vez en aquel despeñadero de donde había sido salvada.

La unidad de España, unidad de un pueblo bajo un Jefe providencial, pudo conseguir esta nueva y rotunda victoria. Una Victoria ganada todos los días. En lo institucional, mediante las Leyes Fundamentales, promulgadas a su debido tiempo, que solidificaban la conciencia política de una legitimidad nacida precisamente del imperioso deber de la salvación de la Patria; en lo social, afrontando los problemas y solucionándolos bajo la luz de las doctrinas de la Iglesia; en lo económico, estableciendo unos programas adecuados y coor-

dinados que han hecho posible que España pueda contabilizar hoy un desarrollo jamás conocido por su intensidad cronológica en toda su Historia.

El Movimiento Nacional, ese Movimiento cuya solera está en los viejos combatientes y cuya continuidad está en las juventudes de hoy, tiene puesto su pensamiento en el bienestar de la Patria, en la dignidad de España. Para ello han de estar movilizadas todas las energías y las reservas nacionales. «En el tiempo que corremos no cabe el descanso», ha dicho el Caudillo. Ni cabe el descanso ni cabe el desmayo. Ha de mantenerse, como ha repetido otra vez Franco, la hermandad forjada en las filas de la Cruzada; hay que inculcar a los hijos que el Movimiento Nacional no sólo es una razón permanente, cumpliendo el mandato sagrado de nuestros caídos, sino que es el único orden que ha salvado a España de ese gran problema político de nuestro tiempo que es el peligro comunista.

La vitalidad, la razón y la permanencia de nuestro Movimiento, pues, se han hecho carne y presencia con la de los que se han reunido, con el gran Capitán de los Ejércitos de la guerra, con el gran Capitán de las fuerzas de la paz, bajo la cruz gigantesca del Valle de los Caídos. Una razón escrita con sangre y una razón escrita, también, con hechos.

José Antonio, su sangre sea la última que se derrame en España.

Tras las inauguraciones, las compactas muchedumbres que llenaban las explanadas empezaron a

desfilan. Otra vez los camiones, las filas interminables de autocares y turismos en la carretera recién estrenada. Había que volver, tornar cada cual a sus ciudades, a sus pueblos, a sus puestos, a seguir con la vida de cada día.

El Valle volvía al silencio, a su devoción. El viento de la tarde rodaba por la explanada. En la Basílica los monjes benedictinos acudían a la cita del coro. Los salmos, los graves compases milenarios del canto gregoriano resonaron otra vez bajo las monumentales arcadas del templo.

Estaban solos los monjes, solos con los muertos, implorando al Creador por las almas de los que murieron en la guerra, rezando para que la fe y el entusiasmo en los destinos de la Patria esté siempre vivo en los que ahora se alejaban del Valle para retornar a sus puestos.

En el silencio de la tarde, el sol doraba la Cruz y los robles crujían lentos en el viento.

La muchedumbre, en recogido silencio, escucha las palabras del Caudillo. Toda España estaba presente





Desde la tribuna al pie de la Cruz, Francisco Franco, el Caudillo de España, subraya el hondo significado del monumento a los Caídos por la grandeza de la Patria



Y EN LO ALTO DEL VALLE, LA CRUZ

HABIA una estrella parada en la cruz. Temblaba junto al brazo derecho, desnuda, en el vacío de un cielo que veía perder poco a poco la luz triste de la luna. Negra era la cruz, negra con perfil de oro blanco por el contraluz de plata. Ya por las grefias en sombra, por los gigantes dormidos de los peñascos de Navacerrada debía rodar la luna, muriéndose a chorros antes que el día levantara.

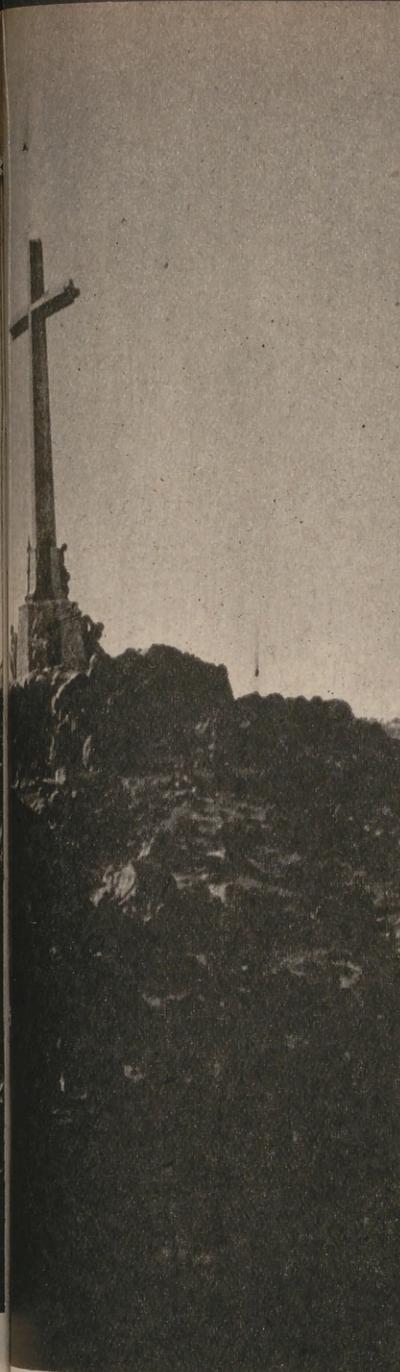
Corría fresco. Un aire fresco de sierra que arañaba las orejas y se metía por la espalda en repelucos. Hacía fresco, pero gustaba. Dicen que no hay quien aguante aquí el viento cuando sopla del monte, de las nieves del otro lado. Dicen que cuando nieva el gran libro de piedra de San Mateo, allá en lo alto, en la cruz, lo mismo que las grefias

de roca del León de San Marcos, y el Águila y el Toro de San Juan y San Lucas, destilan agujas de nieve que relumbran como espejos al sol. Después las rachas de aire las rompen, haciéndolas añicos, sobre las rocas. Y dicen también que el vendaval aúlla a veces tras los cristales de las celdas de los monjes y pega contra las puertas enormes haciendo chocar los cerros. Pero es sólo en los días de invierno cerrado. Ahora, con la primavera, con los pinos y robles del monte limpios de nieve, el frío no pasa de allá, no pasa de este fresco que gusta incluso en la hora última de la madrugada, cuando la luna se escapa por detrás de las sierras y no se sabe si la claridad del cielo tiene algo de alborada.

La campana del monasterio

había sonado a las cinco. Una vieja campana de toque claro, como hace siglos, pues, según reza su piel de bronce, la mandó fundir el cardenal Gil de Albornoz. Sonó la campana a las cinco, y por las puertas de las celdas comenzaron a asomar los fantasmas de los monjes. Encapuchados, con las manos juntas en el pecho sosteniendo el rosario, desfilaron en silencio por el claustro. Poco después los 34 miembros de la comunidad, entre padres, legos y novicios, y el medio centenar de muchachos escolanes y oblatos, entonaron la alabanza del día por venir con maitines y laudes.

Las primeras claridades de la alborada se encendieron entre los cánticos. Hasta la gran explanada de la espalda de la cruz monumental llegaban los maiti-



La cruz, como un símbolo de unidad y fe, se alza sobre el Valle

nes como surgidos de más allá de las piedras, de mucho más allá de las arcadas y cristales del claustro. Todo fue naciendo a la luz. Ya la cruz era de piedra, de granito vivo que empezaba a teñirse en oro. Ya las figuras gigantescas del plinto amanecían de las sombras entre contrastes de luces, enseñando perfiles, brazos y músculos colosales de roca entre pliegues profundos de lienzos y telas plasmados en la piedra.

Venía ya el día con sus ruidos del monte, con su crepitar lejano de lentiscos y jaras, el chirrido de los pájaros columpiándose en un cielo tenue y claro, y el fuerte olor de la hierba fresca que un temprano viento traía.

¡Qué paz! La cruz allá arriba



A través de las amplias naves de la Basílica pasan las hilas de monjes y acólitos en las ceremonias de la liturgia benedictina

ya era pura candela, encendida de un rojo dorado que la hacía más alta, más viva todavía, más alada. Los maitines dejaron de sonar. Vinieron los salmos milenarios de los laudes, los cantos gregorianos llegados como de otro mundo, de otras edades, de un día distante y cercano a la vez que nadie podría decir de qué tiempo ni de qué siglo.

En la soledad de la explanada enorme, de cara al cielo y los ojos fijos en la cruz, el corazón está en un puño. Marca el reloj las siete. Han terminado los cánticos y la campana llama a misa. Otra vez el silencio, el viento ralo jugando solitario en los estanques del pórtico de la hostería. Los pájaros, lentos, arriba. Y en lo alto la cruz sobre las lajas de bronce de los riscos, toda iluminada ya con el

día, en un cielo desnudo de sierra que empieza a ser azul.

ORACIONES EN LA CRIPTA

La vida conventual en el monasterio benedictino de la Santa Cruz del Valle de los Caídos transcurre fiel a las normas que diera San Benito hace más de mil cuatrocientos años. Claro que las reglas de la Orden han tenido diversas modificaciones a lo largo de los siglos, ajustándose siempre a las necesidades de los tiempos. Pero el espíritu sigue siendo el mismo: la alabanza a Dios por encima de todo, el canto de coro en todas sus riquísimas facetas y dedicado siempre a ensalzar al Altísimo.

Los treinta y cuatro hombres dedicados a esta vida de oración



La meditación en la soledad de la celda. Desde la ventana, el panorama del Valle

hace, sin embargo, muy poco tiempo que están entre las piedras monumentales del Valle de los Caídos. Aún no ha hecho el año. Residen en lo que es hostería y será Centro de Estudios Sociales además, en tanto se ultimán las obras del monasterio definitivo al pie de la cruz, en la explanada de la espalda de la basílica.

Ahora, para llegar a la cripta que guarda ya en su corazón de roca los restos del Fundador de la Falange y de muchos millares caídos de nuestra Cruzada, han de atravesar los monjes toda la gran explanada posterior, llegar hasta el túnel y descender finalmente casi un centenar de metros hasta las entrañas de la montaña. Allí, en el silencio de las piedras, celebran la misa, siempre cantada, siempre con-

testada desde el coro del ábside por las voces de ángeles de los cincuenta y cinco niños escolares y las recias y nobles de los hombres, que entregaron su vida por entero a la meditación y alabanza al Creador.

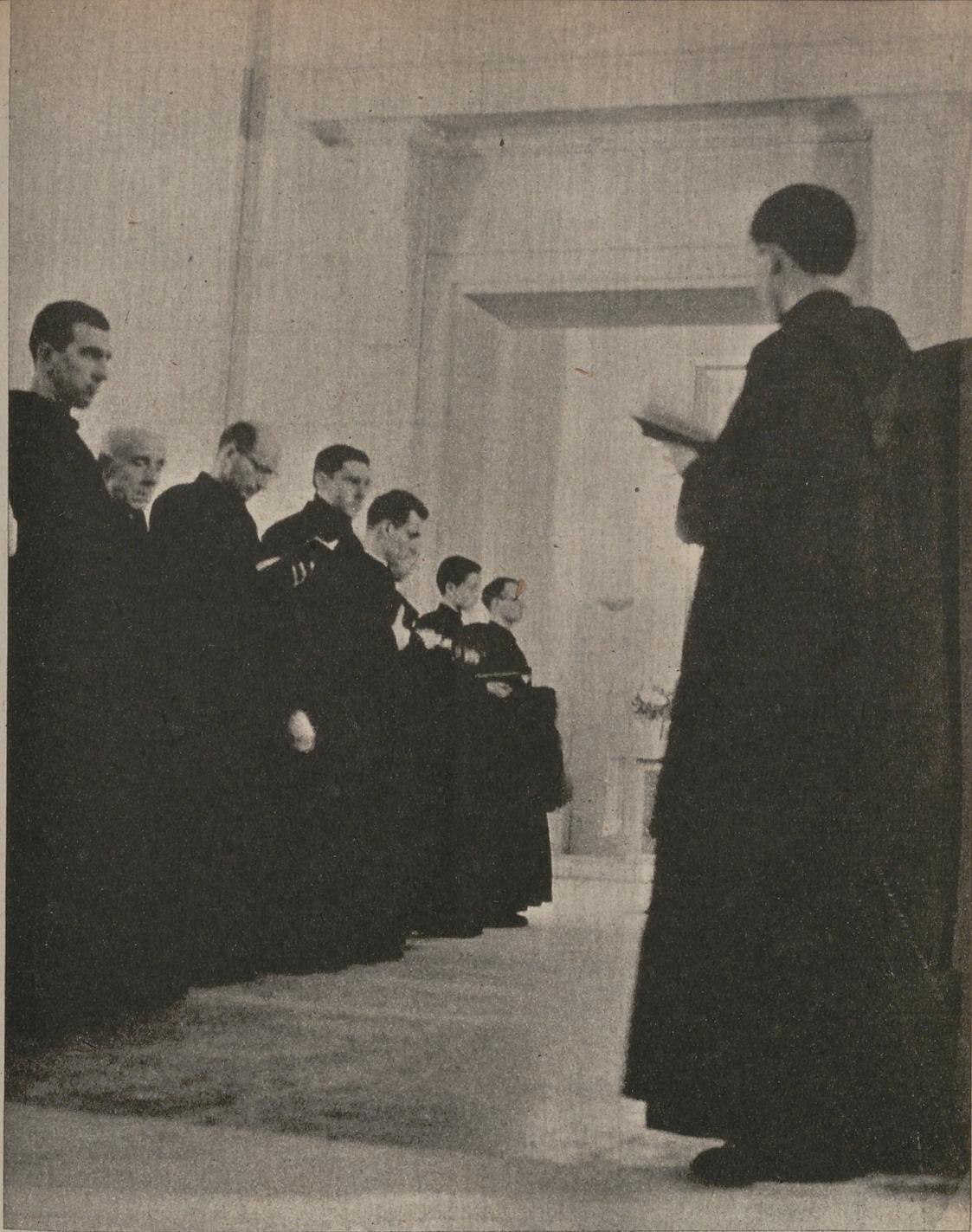
La basílica, excavada en roca, se enciende entonces de ecos extraños. La gran cúpula de mosaicos por donde en chorro suben al cielo las almas de quienes murieron en la guerra, devuelve desde sus sesenta metros de altura los milenarios latines y esparce por la cavidad gigante el efluviio de rezos alados.

De pronto las luces se adormecen; poco a poco se van diluyendo, en tanto dos haces descienden de lo más alto para encender de llama blanca el cuerpo expirante del Cristo del altar mayor. Las campanillas de los

acólitos vibran. La cripta se sume en penumbras. Ha vuelto la oscuridad de la roca, el silencio de la piedra. Y en medio, en el centro, la imagen viva del Cristo encendida, a cuyas plantas empieza a perfilarse el disco immaculado de la Hostia que unas manos temblorosas alza.

Siguen vivas las campanillas. Es alzado ahora el cáliz, como si recogiera la preciosa sangre de los mismos pies atravesados del Cristo. Suenan los salmos de alabanza de los monjes en el coro, dulcísimos, más suaves y alados que nunca.

Vuelve después la gran pompa de la liturgia, las idas y venidas del abad mitrado con su báculo de oro que resuena al golpear en las losas del pavimento; el humo solemne de los incensarios, que se esparce a la



La oración en comunidad resuena bajo la bóveda de la Basílica

par que los rezos; las manos venerables abiertas sobre los libros sagrados, vueltas también lentamente hacia los fieles, pregonando con su silencio amor y paz. Y la comunión, donde las palabras quedas del sacerdote vuelan suavísimas y claras entre el susurro de los pasos de los fieles llenando de sonoras sombras los ámbitos.

Son realmente prodigiosas las condiciones acústicas de esta enorme cripta de 262 metros de larga y 22 por 22 en la nave del crucero. Se oyen las crujientes telas de las casullas de los sacerdotes, los mantos bordados en oro y las dalmáticas; se escucha en el recogimiento de la basílica llena de fieles el plegar y desplegar de los paños sagrados, el chorro de agua de la preparación del ofertorio, el vi-

no derramado en el cáliz antes de ser Sangre de Cristo.

LOS CAIDOS

En el crucero de la cripta, ante el altar mayor, yace el cuerpo de José Antonio, en sepultura abierta a golpe de perforadora neumática y barreno. Un mármol blanco, como hasta hace sólo unos días en El Escorial, señala el sitio exacto. Un mármol con las tres estrellas de cuatro puntas de Capitán de la Falange, y la palma airosa bajo su nombre también grabada. Encima las cinco rosas vivas, en testimonio fecundo de su sangre siempre en primavera.

Tras las capillas laterales del crucero, en las mismas paredes del fondo del Sagrario y del altar del Cristo Yacente con la

Virgen y San Juan, descansan ya los restos de millares de españoles que perdieron la vida en la guerra de Liberación. Naturalmente, no están todos los que exhalaban el último suspiro durante los días del 18 de Julio de 1936 al 1 de abril de 1939. Son las víctimas que la muerte impuso como tributo a las armas empeñadas en salvar la Patria del suicidio del desmembramiento, de la esclavitud a los extraños y la mezquindad de los propios.

Fue una epopeya lo que España escribió en su propia piel durante tres años, una epopeya en la que se jugaba su destino histórico de pueblo milenario y glorioso. Y las epopeyas se escriben siempre con sangre.

Ahí están los testigos. Ahí descansan unos junto a otros, juntas las cruces y los números de

sus pequeños ataúdes, los negros cofres del largo de un fémur y del alto de un cráneo. Guardan los huesos exhumados ahora de cementerios de guerra. Guardan las cenizas, el polvo que fue vida y entusiasmo, la tierra primera que a veces ahora lleva la estrella de plomo de una bala abierta o un trozo de metralla oxidada.

A la cripta del monasterio de la Santa Cruz del Valle de los Caídos sólo han sido trasladados los restos de aquellos muertos durante los años de la Cruzada cuyos familiares formularon petición en tal sentido. Nada ha sido llevado con más tacto.

Se autoriza el traslado al Valle de los Caídos de restos que se hallan en enterramientos individuales o colectivos total o parcialmente identificados, siempre que exista petición de traslado de los familiares y las exhumaciones pudieran realizar-se exhumaciones puedan realizarse respeto.

Esta actitud preside todas las exhumaciones en los diversos lugares de nuestra Patria donde se realizan, lo mismo cuando se trataba de caídos, víctimas o inmolados. Un recto espíritu cristiano, un profunda respeto para los muertos y para sus familiares ha sido la sencilla fórmula. Un estudio de cada caso y de cada circunstancia con verdadera y honrada comprensión.

Con esta piedad, con este amor, en el Valle de los Caídos los restos han venido siendo recibidos de todos los lugares de España donde llegó la guerra y

depositados en las cavidades de la roca tras las capillas del crucero de la cripta. Juntos, sin saber ni preguntar de ellos otra cosa sino que fueron muertos durante la Cruzada, en el silencio de la roca reposan, a un lado y otro de los brazos en cruz del Cristo en el altar mayor. Hasta ellos llegan los rezos, el rocío de los sufragios de los monjes, la llama eterna de los cánticos milenarios.

La paz de los muertos y la seguridad de una España recuperada para sus destinos históricos los une y confunde. Los que lucharon otra vez están juntos. Para ellos la oración, y para nosotros, su ejemplo.

LA PUERTA DEL JUICIO

Se ha dicho que el monumento de la Santa Cruz del Valle de los Caídos es el monumento del siglo. En verdad sólo al aproximarse, pasados los cuatro «Juanelos», los cuatro monolitos colosales que el gran ingeniero construyó para una de aquellas obras formidables que le encargara Carlos I, desde la distancia se respira ya su silencio colosal. su aire de poema bíblico en piedra. Más lejos, con la distancia, el pórtico desaparece: es sólo una raya en la montaña, y la cruz en todo lo alto se perfila sobre el horizonte de las sierras, derramando fervor y paz en todo lo ancho del Valle. Pero en la gran explanada, en los diez primeros peldaños de cien metros de largo, símbolo de los Diez Mandamientos, el alma se sobrecoge

extasiada frente a ella, cabalgando en las nubes, desnuda, sobre los bravos riscos, como alto verso de amor con sus brazos serenamente abiertos.

Frente queda el pórtico, la entrada a las sombras de la cripta, el arco de granito sobre el que descansa la Piedad, el cadáver de Cristo con los labios entreabiertos y los huesos a punto de saltar bajo la piel, en brazos de la Madre, dulcísima en sus dimensiones enormes. Todo en roca color bronce, en piedra brava de Calatorao.

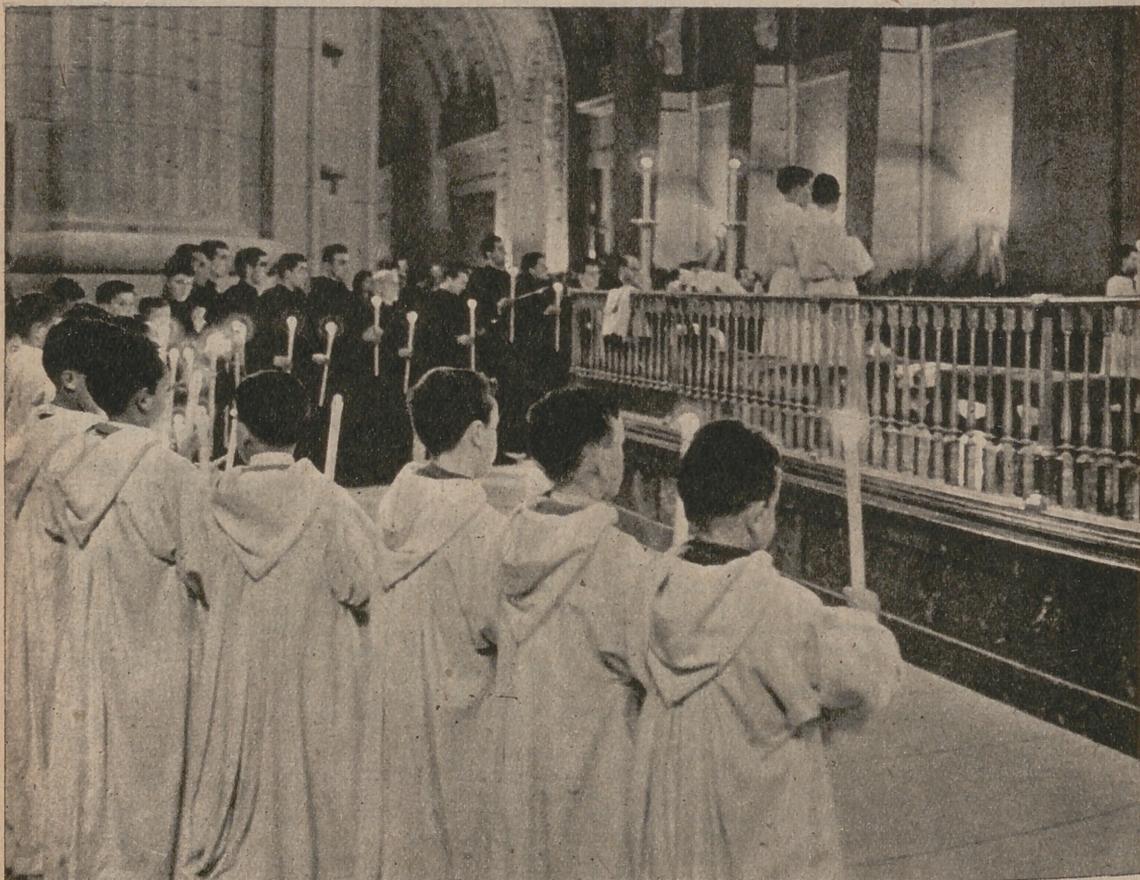
No sé dónde iré yo a morir, no sé dónde mis huesos irán a parar. Pero, a fuer de periodista, cerrando los ojos quisiera ser testigo aquí del día último de los siglos. El día tremendo en que al estampido de oro de las trompetas de los arcángeles las almas cobren su carne mortal y se convoquen para el Juicio Final del Hacedor.

Por esta misma verja de hierro donde Santiago vuela a caballo, por este mismo túnel donde ángeles con espadas vigilan enhiestos, por este colosal pórtico que del corazón de la roca abre a la bendición del día y la luz, si Dios lo dispone así, saldrán hermanados para la eternidad otra vez los españoles, los caídos españoles que, errados o no, entregaron su vida por la aventura gozosa de una España mejor.

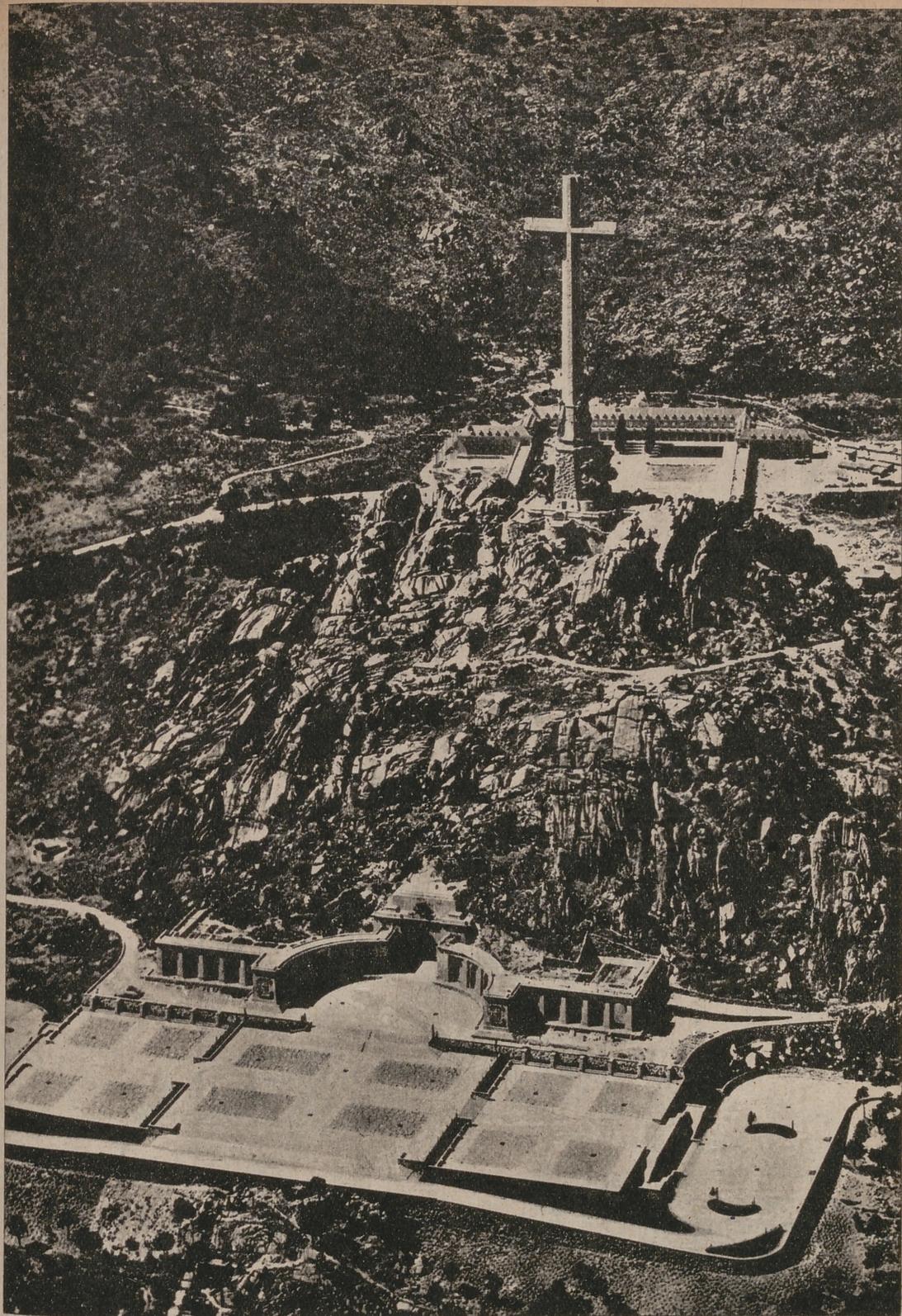
Federico VILLAGRAN

(Enviado especial.)

(Fotografías de Calderón.)



Los niños de la Escolanía del Monasterio en una de las ceremonias



UNA OBRA PARA EL PRESENTE Y PARA LOS SIGLOS

TODAS LAS ARTES AL SERVICIO DE UN MONUMENTO UNICO

INCREIBLE. Esta es la afirmación del asombrado visitante. Afirmación después de haber visto la obra que se ha llevado a cabo sobre los riscos de este Valle, no antes de conocerla, pues si "a priori" las noticias que han llegado hasta cada cual le hacen pensar en algo fuera de toda me-

didada cuando ya ha subido y bajado por aquella maravillosa naturaleza hecha monumento, por aquellas piedras ordenadas y levantadas en cruz, todo le sigue pareciendo imposible de creer.

—Esto no se acabará en la vida, no se terminará nunca.

La frase era de los agoreros, de

los que se asustaban del empeño emprendido. Todo era tan fuera de lo común que casi lo lógico es que tuviesen que pasar muchísimas generaciones para darle remate. Pero se equivocaron, está terminado. Aunque buscándole otra interpretación a las palabras desalentadoras tal vez tengan ra-



Ciento cincuenta metros, más que el edificio España, mide la gran cruz que corona el Valle de los Caídos

zón. "Esto no se acabará nunca", en efecto, ha sido construido con ánimo de eternidad.

Se ha tenido que trabajar en firme para que la obra estuviese terminada en unos pocos años. Todos lo han hecho con entusiasmo, desde el más insignificante peón hasta los artistas que ya para siempre han unido sus nombres al del Monumento Nacional del Valle de los Caídos. De estos principales artistas es de los que queremos ocuparnos.

UNAS PALABRAS PARA LA HISTORIA

Fue el propio arquitecto Pedro Muguruza el que escribió palabras que conviene recordar, porque ya pertenecen a la Historia, a la del Monumento y a la otra también.

Pedro Muguruza, director general de Arquitectura en aquellos años, recibió el encargo del propio Caudillo. El arquitecto, que no pudo ver acabada su obra, porque la muerte se lo impidió, dejó escritas sus primeras impresiones referentes al Valle de los Caídos:

"A raíz de terminar la Guerra de Liberación y al ir a ver a su Excelencia, recibí el encargo de buscar en la sierra un lugar donde se elevara un monumento de carácter nacional y dedicado a los Caídos de la guerra. Con este motivo tuvimos un extenso cambio de impresiones, y confieso que, preocupado como estaba por una porción de problemas apremiantes, relegué a segundo término aquella idea.

Fue en Viñuelas, el 3 de diciembre de 1939, cuando al visitar otra

vez a su Excelencia, apareció el Caudillo con unos planos bajo el brazo y, sonriente, vino a decirme: "Usted ha olvidado un encargo que le di hacia el mes de abril, pero yo no lo he olvidado, y me parece que ya está aquí el terreno más conveniente; vamos un día de éstos a verlo a ver si, efectivamente, resulta adecuado."

El día 8 visitamos el sitio, y en aquel día justamente recibí el encargo de estudiar allí un monumento, y empecé a estudiarlo con arreglo a las directrices generales que entonces recibí, cuales eran un enterramiento o cripta y una iglesia, dominado todo por una gran cruz."

Pedro Muguruza sabía que el empeño no era fácil y que la grandiosidad del lugar exigía un proyecto arquitectónico muy es-



La Basílica, excavada en la roca en una longitud de 300 metros. La altura de la cúpula es como la de la Telefónica

Judiado. También sobre esto escribió:

"Siempre me ha asustado el término "monumental"; es uno de los vocablos mal definidos o que se prestan a una confusa definición. Primero, es lo "monumental" sinónimo de "grande". Segundo, admite la Naturaleza algo que ni sea grande de dimensiones adecuadas a las suyas? Tercero, consecuentemente, ¿ha de resultar "grande" todo lo que allí se haga? Estas tres cuestiones plantean, en el caso presente, problemas de orden dimensional, en cuya resolución se ha tratado de disimular el tamaño en lugar de realzarlo, de hacerlo resaltar, lo que no precisa en aquel lugar, antes bien, introduciendo elementos cuya interposición haga amables las dimensiones, y que sólo resalten es-

tas cuando la escala humana se interponga a la vista y establezca un contraste sin el cual se trata de huir de lo "grande ostensible" disimular lo "grande impuesto" con la armonía de todos los elementos que se hacen intervenir en la composición.

COMIENZA LA OBRA

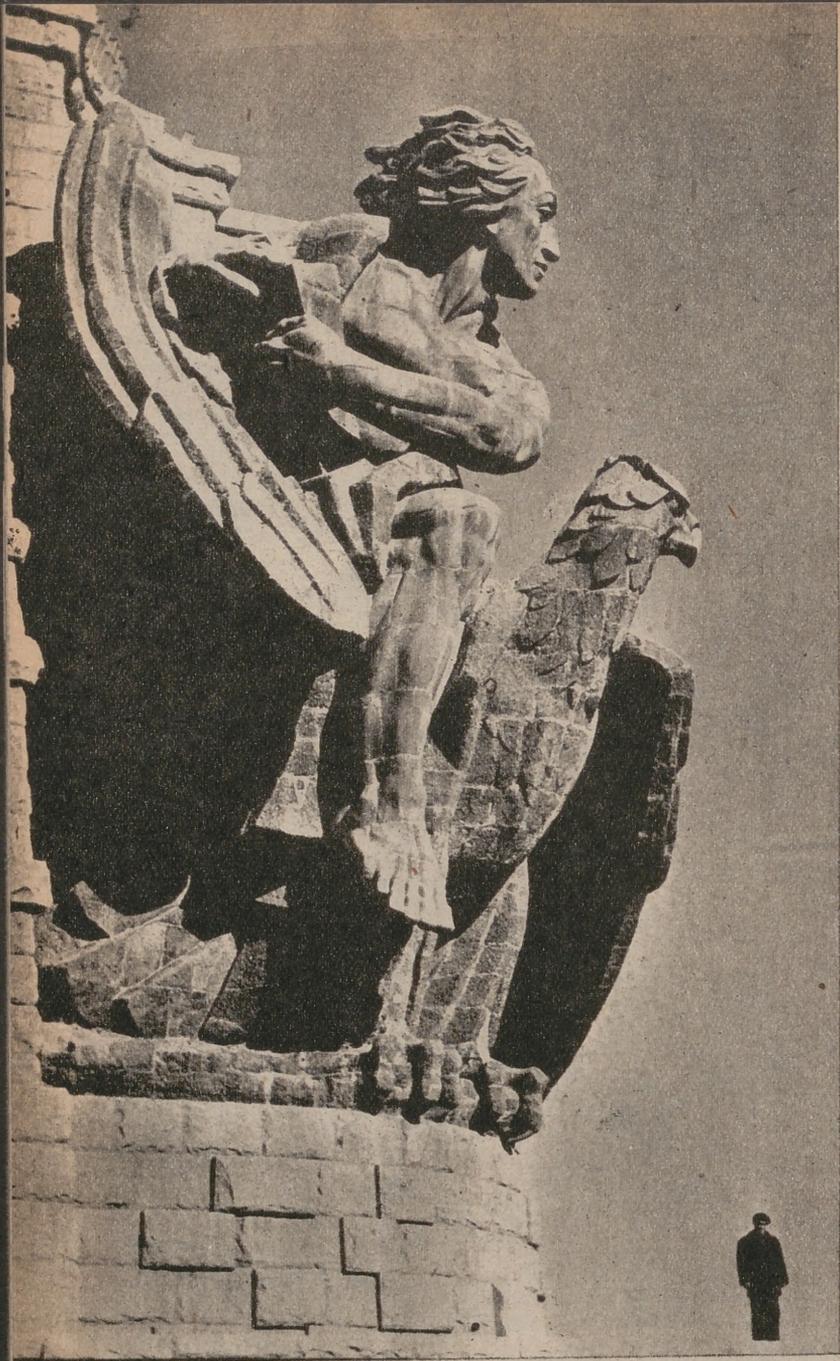
Trazadas ya las líneas fundamentales del proyecto al cual se ajustaría la obra, aunque con variantes impuestas por múltiples circunstancias, se comenzó con la construcción de los edificios que detrás del risco donde se asienta la cruz albergarán la hospedería, que fué lo primero que se terminó.

En 1942 se contrató la perforación del túnel en plena entraña granítica, en un alarde que nunca

se había llevado a cabo hasta entonces, pues hay que saber que la altura de la cúpula de la iglesia subterránea es igual que la del edificio de la Telefónica en Madrid. El túnel que forma la iglesia, que en un principio tenía quince metros de ancho por quince de alto, se amplió más tarde a veinticinco por veinticinco metros.

Paralelo a estas primeras obras, se efectuaban otras de carácter complementario, pero tan importantes en la concepción total del monumento como era la repoblación forestal de todo el Valle, que hoy luce la gala verde de los pinos innumerables junto a las retamas, los abetos, las jaras y toda la flora serrana plantada con prodigalidad.

Las bajas temperaturas que se registran durante el invierno en



Obsérvese la proporción de un hombre junto a uno de los grupos del pie de la cruz, que tienen la altura de una casa de seis pisos

aquel rincón de las faldas del Guadarrama hicieron que muchas veces no se pudiera trabajar con la rapidez deseada, pues había que esperar a los meses primaverales y veraniegos para poder adelantar ostensiblemente. El frío intenso con sus hielos impedía el fraguado del hormigón y muchas veces imposibilitaba materialmente el trabajo, trabajo que por otra parte interesaba más fuese concienzudo que rápido.

CONCURSO NACIONAL PARA PROYECTO DE LA CRUZ

Fue propósito ver incorporados a esta grande obra a los arquitectos de más empuje, y a tal fin se convocó un Concurso nacional para la construcción de la gran cruz que había de coronar el risco donde está excavada la iglesia.

En 1943 se falló dicho concurso, al que se presentaron veinte

proyectos, tres de los cuales fueron desechados por el Jurado por no reunir las condiciones precisas de carácter, y "no alcanzar la categoría suficiente". Quedaron finalistas seis anteproyectos, otorgándose el primer premio al de los arquitectos Luis Hoya, Huelmo y Manuel Thomas, en el cual la cruz, de más de cien metros de altura, se había inspirado en sus detalles ornamentales en las cruces procesionales parroquiales, con sus minuciosos labores.

Todos los anteproyectos seleccionados estaban inspirados en módulos tradicionales neoclasicistas, excepto al que le fué adjudicado el segundo premio, obra de los arquitectos Juan del Corro, Faci, Belosillo, que aportaban una solución más escueta y desnuda de ornamentos, en una impresionante sobriedad de ciento treinta y siete metros de altura.

Ninguna de las soluciones aportadas en este concurso nacional satisfacía por completo; se sigui-

ron haciendo nuevos estudios, tanto por Muguruza como por otros arquitectos invitados a tal fin. A las dificultades constructivas de una cruz tan fuera de lo habitual, había que añadir el acierto en la elección de sus detalles ornamentales, que no podían ser excesivos, dado que la grandiosidad del paisaje donde tenía que ir asentada hacía peligrosa, por falsa, cualquier solución poco estudiada.

«FRANCO, ARQUITECTO ESPIRITUAL DEL VALLE»

Una rápida enfermedad de Pedro Muguruza le impide, a partir de 1948, continuar con la dirección de las obras. En 1950 le sucede Diego Méndez, arquitecto de la Casa Civil del Jefe del Estado, que es el que redacta el proyecto definitivo de la cruz y amplía el proyecto general anteriormente aprobado.

—Es el propio Franco quien ha sido el arquitecto espiritual de la obra; los demás hemos seguido en todo sus indicaciones.

Estas palabras que Diego Méndez nos ha comunicado demuestran hasta qué punto todo ha obedecido a una idea rectora que sabía con detalle lo que quería.

Ya hemos dicho que ninguna cruz satisfacía de las que se habían proyectado. Diego Méndez traza una de planta muy sencilla, animada en su base con grandes grupos escultóricos, que es la que se llegará a efectuar. Pero existía la dificultad de encontrar los artistas que se enfrentaron con obras tan fuera de lo que se realiza normalmente.

—Para todas las obras de arte se han efectuado concursos de tipo nacional, no se quería descartar la posibilidad de que todos los artistas pudiesen contribuir con sus obras al conjunto. Todos los proyectos presentados han sido examinados concienzudamente y siempre se ha elegido lo que se ha creído era mejor, sin atender a quién era el que firmaba la obra.

Diego Méndez expresa con estas palabras la labor árdua que ha supuesto encontrar el más adecuado intérprete de lo que se quería hacer. Muchos grandes artistas existen en España en todas las ramas del arte, pero no todos dispuestos a enfrentarse con obras de esta magnitud desusada. Para las grandes esculturas de la cruz surgió un escultor.

MAS DE VEINTE MIL TONELADAS DE PIEDRA PARA LAS ESCULTURAS

Juan Avalos es escultor nacido en Mérida, o sea que desde su nacimiento tuvo bien presente la elección de la estatuaria clásica vertida en moldes romanos. Avalos residía en Lisboa cuando se le ocurrió enviar unos bocetos para los grupos escultóricos de la cruz. Consecuencia de ello es que fue llamado para que se encargase de la realización definitiva de las esculturas más importantes del monumento del Valle de los Caídos.

—Los problemas que se me plantearon fueron enormes, una vez que se aprobaron los primeros bocetos. No tenía nada, ni taller adecuado, ni auxiliares experimentados, y sí un contrato con plazo de dos años para realizar la obra.

Para tener idea de la obra realizada por Juan Avalos hay que



Dos mil metros cuadrados de mosaico cubren la cúpula de la cripta. Más de cuatrocientas figuras de Santos, mártires, ángeles, se agrupan alrededor de Cristo

saber la magnitud de las esculturas realizadas, a saber: cuatro Evangelistas de dieciocho metros de altura cada uno (la altura corriente de una casa de seis pisos), cuatro Virtudes de dieciséis metros de altura cada una, y la Piedad que corona la entrada a la basílica, grupo escultórico que tiene una anchura de doce metros (el Cristo tendido), por seis y medio de altura, que da la Virgen arrodillada. Setenta y cuatro obras tuvo que hacer previamente el escultor, entre bocetos, estudios a la décima parte de su tamaño, estudios a la cuarta parte y fragmentos y detalles a su tamaño definitivo. Para que se "enga una idea de lo que suponían estos "detalles" sépase que cada cabeza de los Evangelistas mide cuatro metros y medio, y se han necesitado de ocho a nueve toneladas de barro para la modelación de cada una de ellas.

—Mi entrega fue total y comencé a trabajar con todo entusias-

mo. La ocasión era única para un artista, constituía el sueño máximo de un escultor. Hasta gratis hubiese hecho esta obra. La iniciación de la cantería presentó serios problemas, pues cuando comenzó la obra sólo tenía seis ayudantes en total, con un encargado; este número tuvo que ampliarse hasta cuarenta, para que las obras pudiesen ir al ritmo que exigían los plazos acordados.

Pocas veces un escultor tuvo que bregar con obras de estas magnitudes, para las que son indispensables la referencia humana. No obstante, la escultura fue lo primero en estar totalmente terminado y colocado.

—Luché, pasé días y noches terribles, pero esta obra me ha traído grandes satisfacciones; la última, que en el Congreso Internacional de Arquitectura que se celebró este verano, se hablase de manera elogiosa de mi obra, según el arquitecto chileno señor Cubillo, que asistió a él, vi-

no a España a verla personalmente, y de su visita salió el encargo para el monumento al Sagrado Corazón que se levantará en Guayaquil. Dios les pague a los que se acordaron de mi modesta persona y arte; yo correspondí con mi trabajo y lealtad.

UNA BOVEDA DORADA COMO LA CIUDAD CELESTE

La cripta excavada en el risco de la Nava tiene una longitud total de 262 metros y una altura máxima, en el crucero, de 41 metros. Este enorme espacio está dividido en varios tramos o recintos delimitados desde su entrada y son: vestíbulo, atrio, la gran nave y el crucero. Aunque cada una de estas partes poseen decoración propia, existe entre ellas la debida unidad.

Es en la cúpula del crucero donde se concentra la mayor riqueza

ornamental de la cripta, en los grandes mosaicos debidos al artista catalán Santiago Padrós. Dos mil pequeños cuadrados de mosaico vítreo han sido los colocados por Padrós en la media naranja de 40 metros de diámetro con la que la cripta se eleva hasta los 41 metros.

Cinco años de trabajo incesante ha costado al mosaicista-pintor esta obra, en la que ha sido asistido por ocho ayudantes. La labor ha sido muy lenta y todo el trabajo previo ha sido efectuado en un taller que se improvisó en los bajos del teatro Real de Madrid. Allí se dibujaba a escala, se corregía y se armaban los mosaicos que más tarde se iban llevando hasta el Valle de los Caídos para su instalación definitiva.

Más de cuatrocientas figuras de santos ángeles y mártires componen la decoración de la bóveda; figuras que se destacan sobre mosaico dorado, el cual contribuye a dar un gran empaque al recinto. Todas estas figuras se ordenan simétricas a ambos lados de una gigante figura de Cristo bendiciendo a la manera del Pantocrator bizantino.

De un efecto de gran riqueza ornamental resultan estos mosaicos, para los que se han empleado las dos técnicas, la del mosaico vítreo de gusto bizantino-veneciano y la del mosaico romano efectuado con trozos de mármol de diferentes colores.

PUERTAS DE BRONCE Y REJAS METÁLICAS

Son muy numerosos los artistas que han intervenido con sus obras en la ornamentación de los diferentes recintos del monumento, en especial en la cripta. Ya desde el exterior de la explanada, y debajo de la gran Piedad, del escultor Avalos, se divisan las grandes puertas de dos hojas que dan acceso a la iglesia excavada.

Esta puerta de bronce dorado, obra del escultor Fernando Cruz Solís, tiene una altura de diez metros y medio por cinco con ochenta centímetros de ancho y su decoración, en relieves acuartelados, desarrolla los quince misterios

del rosario. Por el zócalo inferior se representa la leyenda del «Padre nuestro...»

Cruzado este arco, que guardan las hojas de la puerta se penetra en el interior del túnel rocoso, que por sus dimensiones cuesta trabajo creer este excavado en la montaña de granito. En el vestíbulo y en dos ornacinas gemelas se alojan dos arcángeles gigantescos, debidos al cincel de Carlos Ferreira; los arcángeles, en actitud meditativa y vigilante, con las alas levantadas como prontas al vuelo apoyan sus brazos en largas espadas rendidas hacia el suelo.

La nave de la cripta se ensancha hasta formar lo que verdaderamente constituye la iglesia; para penetrar en ésta hay que hacerlo a través de una reja tratada a la manera plateresca de los grandes rejeros del Renacimiento español.

La reja ha sido forjada por José Espinós y sus puertas pesan once toneladas; no obstante, puede ser abierta con el esfuerzo de un niño de cinco años. Figuras de santos mártires y santos héroes decoran la reja, la cual termina en una crestería formada por ángeles que elevan hasta lo más alto la figura ecuestre de Santiago Apóstol y la enseña de la Cruz. En la reja, policromada en negro y oro figuran cuarenta esculturas trabajadas en chapa metálica y policromadas.

ADVOCACIONES MARIANAS MAS FAMILIARES A LOS ESPAÑOLES

En el extenso recinto de la cripta se van sucediendo numerosas obras de arte que rompen la simetría de los muros de trecho en trecho. A derecha e izquierda se abren seis pequeñas capillas denunciadas en el muro de la nave por grandes relieves de alabastro. Corresponden a las advocaciones marianas más frecuentes en España y que más ligadas se encuentran con la intención del monumento. A la derecha, la Inmaculada y las Virgenes del Carmen y Oreto, patronas de los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire, esculpidas por

Carlos Ferreira las dos primeras y por Ramón Mateu la tercera.

A la izquierda, las Virgenes de Africa, de la Merced y del Pilar, cinceladas por Ferreira, Lapayese y Mateu, respectivamente.

En las pequeñas capillas que se adentran en los muros la decoración es muy sobria: frontales de altares con temas marianos y trípticos pintados sobre cuero, a la manera de los «cordobanes» españoles de traza tan mudéjar y medieval se compaginan con esculturas de Apóstoles, emplazadas en los muros laterales de cada capilla. Tanto la pintura de los altares sobre cuero como las estatuas que ornamentan estas capillas se deben a Lapayese, padre e hijo, pues ambos han trabajado conjuntamente.

A lo largo de los muros de la cripta, antorchas sostenidas por ángeles de bronce sirven para iluminar todo el recinto. Los vigorosos contrafuertes que sostienen la bóveda de este recinto están coronados por esculturas representativas de las Fuerzas de los Ejércitos de Tierra, Mar, Aire y Milicias. Estas figuras han sido labradas por Antonio Martín y Juan Antonio Sanguino.

En la cabecera del crucero va situado el coro, de planta semicircular, y tres niveles de altura, en los que se disponen 70 sitialos de líneas clásicas tallados por los Lapayese. En los brazos laterales se abren la capilla del Sagrario y la Sacristía, ambas con techo de mosaico, la primera según diseño de Pardo Galindo y la segunda de Santiago Padrós.

LOS TAPICES DEL APOCALIPSIS

Sobre la piedra de los muros de la cripta y alternando con las capillas y los otros detalles ornamentales que quedan indicados, se han colocado ocho maravillosos tapices de la serie del Apocalipsis de San Juan. Se trata de una admirable tapicería tejida en oro, plata, seda y lana que hasta hace poco se encontraba en el Palacio Real de La Granja (Segovia). Fue tejida por el bruselesés Guillermo Pannemaker hacia 1540 y adquirida por Felipe I, que la trajo a España en 1553. En la tapicería se narra en forma ordenada y sucesiva el texto de San Juan y sus revelaciones de Patmos, hechas por siete ángeles.

El altar mayor está formado por un monolito de granito que mide cinco metros de largo por dos treinta centímetros de ancho; el frontal anterior de este altar se decora con un bajo relieve del Santo Entierro ejecutado en chapa dorada por Espinós. En el frontal posterior se representa la Santa Cena, realizada por el mismo artista.

Sobre el altar, y como único adorno, una talla monumental de Cristo en la cruz, obra del escultor vasco Beovide.

Estas son, solamente indicadas, las numerosas obras de arte que alberga el Valle de los Caídos. Su descripción es imposible intentar, hay que verlo personalmente; entonces todas las impresiones es cuando quedan condensadas en una sola palabra: Increíble.

RAMIREZ DE LUCAS



Altare laterales de la cripta, tapices del Apocalipsis e imágenes marianas

CONTRA LAS ARMAS DE MAO, MONJES, PASTORES Y CAMPESINOS

EL TIBET ES LA PRIMERA ETAPA DE LA
PENETRACION COMUNISTA HACIA EL SUR



El Dalai Lama en el curso de un viaje a la India para asistir a una Conferencia budista.

LAS TACTICAS ROJAS EN EL PAIS DE LOS LAMAS

LOS vientos fríos que llegan de las altas y cercanas montañas hacen ondear una gran bandera sobre el palacio de Potala. El color rojo del pabellón contrasta con la blancura de la nieve que cubre los tejados puntiagudos. En un ángulo de la bandera hay una gran estrella dorada flanqueada por otras cuatro estrellas más pequeñas. Esa es la bandera de la República Popular China.

Abajo, frente a las puertas del palacio, pasan los tangutos, las gentes del Norte, en su mayoría pastores nómadas acostumbrados a todos los caminos. Estas, sin

embargo, no son sus tierras, pero ellos vinieron hasta Lhasa para reunirse con los tibetanos del Sur, con las gentes que viven de la agricultura o trabajan los metales, y liberar al Dalai Lama de la opresión china.

Los tibetanos han sido vencidos en Lhasa; mientras la lucha prosigue en otras tierras, todos saben que ya no hay esperanzas para la capital. En las puertas del palacio, dispuestos a disparar a la menor señal de alarma, están los soldados del Ejército comunista.

La señal más clara de que los chinos dominan la ciudad es esa bandera roja sobre los tejados de Potala. Durante ocho años, desde que los comunistas invadieron el Tibet, el Dalai Lama se había opuesto siempre con todas sus fuerzas a que el pabellón de la China comunista ondeara sobre su palacio. Ahora, dominada la revuelta, los chinos han revocado la última concesión a los tibetanos; vuelve con nuevo rigor la dominación comunista.

Durante varios meses en muchos de los 3.000 monasterios del Tibet se preparó la revuelta de

los leales al Dalai Lama que aspiraban a arrojar a los ejércitos rojos de su territorio. Cuando sonó la hora, los habitantes de Lhasa, con lanzas y palos, acometieron el Cuartel General chino; los mejor armados llevaban viejos fusiles y unos escasos cartuchos. Contra esos grupos mal equipados los chinos emplearon su artillería...

Ahora ya no se oyen voces de lucha por las calles de Lhasa. Solamente cada poco tiempo una descarga turba ese silencio de muerte. Todos los tibetanos saben lo que eso significa. Es la misma táctica de la guerra contra Chan Kai Chek, de Corea o Indochina: es la táctica roja del tiro en la nuca y las manos a la espalda, la táctica rusa de Kályn.

EL BANQUETE DE LA TRAICION

Dos carreteras parten del Tibet hacia China. Cada una tiene una longitud de más de 4.000 kilómetros y fueron trazadas por los comunistas después de la invasión del Tibet. Más de la mitad de los trabajadores forzados tibetanos que las construyeron murieron a consecuencia de la escasa alimentación y la insalubridad.

Esas dos carreteras son las únicas vías modernas de unión con el exterior. Los restantes caminos que desde Lhasa parten hacia la India o hacia el Norte no son más que antiguos senderos de mercaderes, inadecuados para el tráfico motorizado.

Así resulta fácil de comprender por qué a pesar de los días transcurridos todavía no haya sido posible recoger en el mundo libre una información amolía y precisa sobre la revolución del Tibet. En el momento de escribir estas líneas se ignora todavía la suerte que haya podido correr el Dalai Lama y las circunstancias que rodearon al comienzo de la revolución.

Buena prueba de que son confusas y contradictorias las noticias filtradas hasta Occidente es el hecho de que la revuelta tibetana, que en un principio pareció haber sido sometida rápidamente por los comunistas, prosigue en diversas ciudades gracias a la valerosa resistencia del pueblo tibetano.

La fuerte resistencia del Dalai Lama había decidido su suerte ante los inapelables jefes comunistas. Su destino estaba dictado. Como en tantas otras veces en el curso de la historia de Oriente, un banquete facilitaría la consecución de los objetivos de los invasores. Los chinos comunistas invitaron al Dalai Lama, preparando de antemano el secuestro y quizá la muerte del soberano espiritual de los tibetanos.

El Dalai Lama no quiso acudir; sabía desde luego la suerte que le aguardaba y prefirió obligar a los chinos a utilizar contra él un procedimiento más directo que provocara las iras de los tibetanos. Así surgieron al parecer los motivos que determinaron el estallido de la revolución, que se extendería después rápidamente a todo el Tibet. Con la huida o la captura del Dalai Lama cesó la resistencia en Lhasa, pero en otras



ciudades del inmenso país persiste todavía la lucha contra el opresor. Ahí está el ejemplo de Gyantsé, una ciudad perdida en el centro del Tibet que ha obligado a retirarse, siquiera sea momentáneamente, a la guarnición china, a la que ha combatido duramente.

SIKKIM Y BHUTAN, EN PELIGRO

Aunque en los primeros días de la rebelión se señaló en Nueva Delhi que la Unión India estaba dispuesta a presentar una fuerte protesta ante el Gobierno de Pekín, los acontecimientos posteriores parecen desmentir esta información.

El día 23 el Pandit Nehru declaró ante el Parlamento que la Unión India no intervendría en la revolución tibetana. «Nosotros—dijo—no tenemos intención de intervenir en los asuntos interiores de China, con la que mantenemos relaciones amistosas.»

Al mismo tiempo se ha anunciado de modo oficioso la negativa india a las peticiones tibetanas de apoyo moral a la rebelión.

Las palabras del jefe del Gobierno de la India dejan en total desamparo a los tibetanos, pues por razones geográficas sólo la India estaría en condiciones de facilitar algún auxilio; significan, además, una fuerte contradicción con su anterior política. Es posible que el Gobierno indio rectifique esta postura política que sólo puede beneficiar a los rojos.

Cuando la República Popular China se anexionó «de facto» el Tibet en 1950, el Gobierno de la India, que había sido uno de los primeros en reconocer al régimen comunista de Pekín, manifestó por boca del Pandit su total oposición al dominio chino del Tibet. El propio Nehru en su discurso ante el Parlamento recordó con indignación el «agradecimiento» de Mao y calificó la entrada china del Tibet como injerencia en los asuntos interiores de la India.

La anexión del Tibet no fue aceptada oficialmente por la India hasta 1954, y entonces se dio este paso con el evidente propósito de normalizar las frías relaciones con el Gobierno de Pekín. Ahora, cuando se esperaba que Nehru solicitara al menos la me-



diación de las Naciones Unidas, no se ha producido más que una simple declaración de no intervención en el problema del Tibet. El hecho es tanto más grave para la India si se piensa que los comunistas chinos no se contentarán con dominar en el Tibet, sino que tratarán, más pronto o más tarde, de acentuar su influencia sobre los protectorados indios de Sikkim y Bhutan.

«Una vez más, la hipocresía de los comunistas ha sido demostrada. Ellos acusan constantemente a otros de agresión e interferencia, pero cuando un valiente pueblo defiende su más íntima libertad, la contestación de los comunistas es la represión desconsiderada. Nos hallamos muy afectados por los sufrimientos del pueblo tibetano viendo actualmente en su esfuerzo de resistencia el más fuerte ejemplo del indomable espíritu del hombre.»

Con estas palabras ha expresado Christian A. Herter, el secretario de Estado en funciones, la opinión oficial del Gobierno americano ante la rebelión tibetana y la sangrienta represión comunista.

HABLA FORMOSA

Donde se ha manifestado una mayor reacción ante las confusas noticias procedentes del Tibet ha sido, naturalmente, en Formosa.

«Compatriotas tibetanos, vosotros derramáis actualmente vuestra sangre—dijo el Presidente Chan Kai Chek—en la lucha contra la tiranía comunista. Este magnífico gesto abre la primera página de la historia solemne y gloriosa de la revolución anticomunista de nuestros compatriotas de la China continental.»

Tal como se esperaba, el Gobierno de Taipéh no se ha limitado a dar su simple aplauso a los sublevados del Tibet, sino que se mostró dispuesto desde el primer momento a realizar un amplio plan de ayuda efectiva. Después de que el propio Presidente anunciara el envío de material de guerra al Tibet, el vicepresidente de la República y presidente del Consejo de la China nacionalista, Chen Cheng, ha reiterado la promesa de Chan Kai Chek.

Pocos días más tarde, algunos miembros de la Liga Anticomunista

Las tropas tibetanas no pudieron arrojar de su patria a los comunistas

Chino-tibetana llegaban a Taipéh para precisar la clase y cantidad de la ayuda en armas y municiones. La Liga, fundada por los tibetanos el día 16 de marzo, está enteramente apoyada por el Gobierno de Taipéh.

Tao Hsi Sheng, uno de los consejeros de Chan Kai Chek, ha predicho que en lugar de reducirse la sublevación se extenderá a las provincias fronterizas chinas de Si Kiang y Tsing-Hai U, donde, declaró, están preparados para unirse a la lucha más de 300.000 guerrilleros.

Es evidentemente muy probable que los chinos traten de aprovechar la ocasión que les brinda la sublevación del Tibet para intentar sacudirse el yugo comunista. Desgraciadamente, no parecen existir muchas posibilidades de que consigan su objetivo.

No posee la China nacionalista escuadrillas de grandes aviones de transporte capaces de establecer el larguísimo puente aé-

reo entre Formosa y el Tíbet; aun cuando así fuera, los riesgos de la operación, sobrevolando todo el territorio chino, serían indudablemente muy grandes. Una vez más, la situación geográfica y la carencia de comunicaciones que en otro tiempo fué obstáculo para la invasión del Tíbet es hoy barrera casi infranqueable para que llegue hasta allá la ayuda que podría librar al país de la opresión comunista.

TRES MILLONES DE TIBETANOS

En los rebordes montañosos del Tíbet nacen los ríos más grandes de Asia. El Indo, el Sutlej, el Brahmaputra, el Mekong, el Irrawadi, el Saluén, el Hoang-ho y el Yang-tsé-kiang surgen en estas altas tierras, a las que no fecundan, y huyen hacia los valles del Sur y del Este, en donde se aglomeran los grandes pueblos asiáticos.

En el interior del Tíbet no hay, sin embargo, grandes corrientes fluviales. En este territorio, donde la altitud sobre el nivel del mar no baja nunca de los 3.000 metros y la media alcanza los 4.500, solamente hay pequeños ríos intermitentes que van a perderse en las poco profundas lagunas de aguas cargadas de sales, azufre y amoníaco.

En las altas mesetas tibetanas

sólo crecen plantas tenaces capaces de resistir los fuertes vientos y las sequías prolongadas. Apenas hay alimentos suficientes para los tres millones de tibetanos, de los que 500.000 por lo menos son monjes budistas.

Estas tierras miserables fueron siempre disputadas por las ambiciones políticas de sus poderosos vecinos. El Tíbet es la gran puerta de las invasiones asiáticas Rusia, China y en unos tiempos la India y en otros Inglaterra han luchado por la posesión de estas áridas alturas. Cuando una de las potencias se hallaba debilitada la pugna se hacía aún más dura entre las dos restantes.

La mayor diferencia que existe entre aquellas luchas y la actual contra China comunista es que mientras en otras épocas a los tibetanos, que sucesivamente cambiaban de dueños, en ningún momento se les estorbó el ejercicio de su religión ni se perdía la autonomía interior en manos del Dalai Lama, ahora, por el contrario, la China de Mao aspira a destruir las grandes reservas espirituales del budismo.

Hace más de dos siglos un monarca mogol, de las tribus sungar, Seang Rabdán, penetraba en el Tíbet, que entonces era un protectorado chino. El 2 de diciembre de 1717 las tropas de Rabdán

llegaban a Lhasa y asesinaban a todos los monjes partidarios de la influencia china. El monarca sungar implantó su dominio en todo el Tíbet, dispuesto a asentarse indefinidamente en aquellas tierras. No duraría mucho su poder, porque aunque al año siguiente Rabdán consiguió rechazar a un ejército chino llegado para capturarlo, en 1720 tuvo que huir de las tierras que había esquilado. China volvía otra vez a extender su influencia política sobre la tierra de los lamas.

UN CORONEL HACIA LHASA

Muchos años después, en diciembre de 1898, un nuevo virrey británico llegaba a la India, Lord Curzon, preparado desde muy joven para el puesto que se le había confiado, era un hombre dispuesto a defender la posesión británica del Indostán a despecho de la creciente presión de la Rusia zarista, que siempre anheló conseguir una salida al Indico.

China era ya un Imperio débil, que trece años más tarde se derrumbaría para transformarse por obra de Sun Yat Sen.

Después de consolidar las fronteras de la India con el Afganistán, lord Curzon acomete la tarea de pretender aumentar el control británico en el Tíbet, donde la influencia china estaba siendo paulatinamente sustituida por la rusa.

El virrey solicitó del Dalai Lama la aceptación de una Misión británica que residiría en Lhasa. Cuando aquel rusófilo Dalai Lama se negó a aceptar a los ingleses lord Curzon solicitó del Gobierno de Londres el permiso para realizar una intervención armada. La autorización fue concedida en el momento más oportuno, durante la primavera de 1904; había comenzado la guerra rusojaponesa y los ingleses, seguros de no ser molestados por Rusia, emprendieron la invasión del Tíbet. El coronel Younghusband obligó poco después al Dalai Lama a aceptar la Misión, a conceder facilidades comerciales a los ingleses y entregar al Gobierno británico una fuerte indemnización de guerra.

Tres años más tarde China protestó ante Inglaterra en demanda de su antiguo protectorado; los ingleses se apresuraron a reconocer la autoridad del Celeste Imperio sobre el Tíbet. Ellos estaban interesados solamente en impedir el acceso de Rusia a las altas tierras de los lamas.

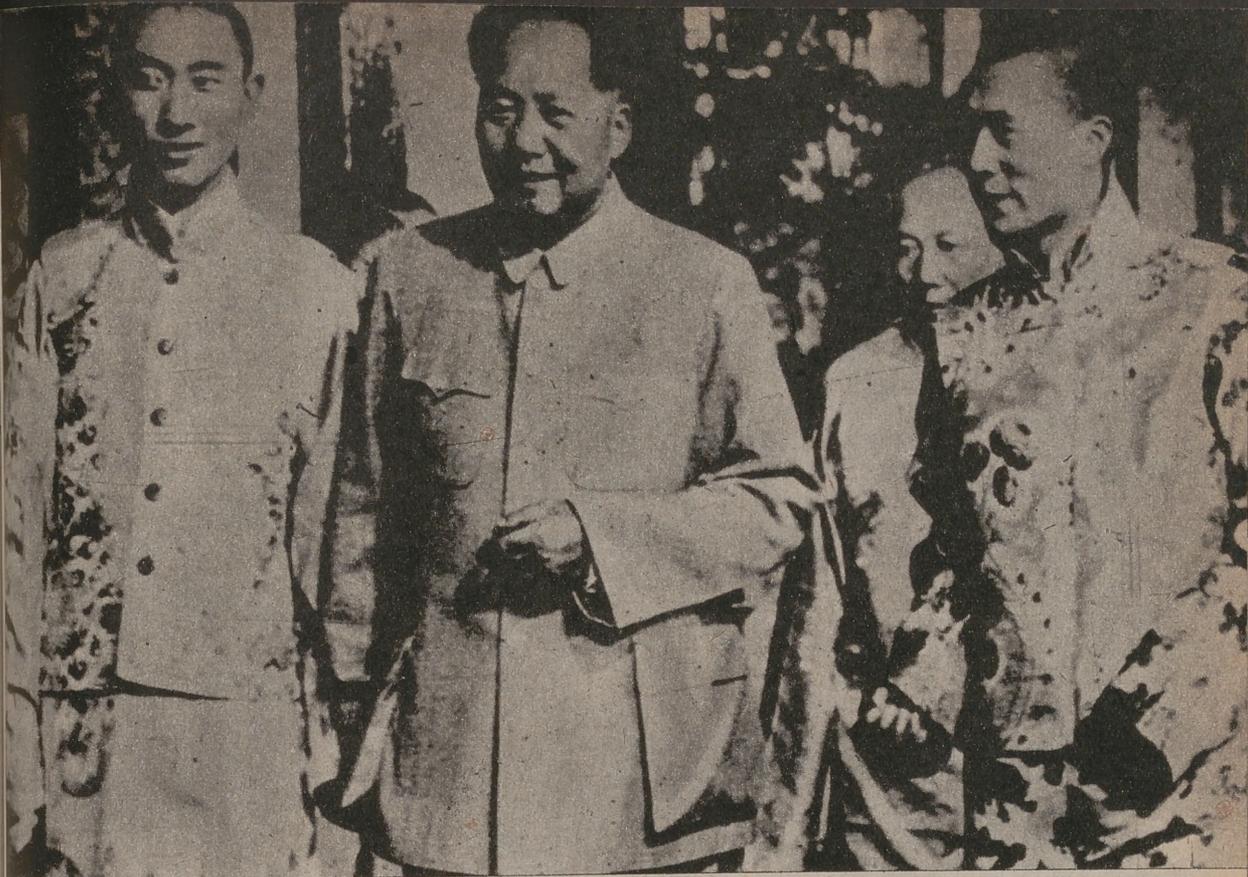
La implantación de la República china dió al Tíbet la deseada autonomía, de acuerdo con las cláusulas del tratado firmado entre Inglaterra, China y el Tíbet en 1914. Aquel pacto concedió una zona a China, que mantuvo «de facto» su soberanía sobre el Tíbet. Sólo tras la victoria de los comunistas, los tibetanos se mostraron hostiles a China y expulsaron a los funcionarios simpatizantes con los rojos.

SIETE HOMBRES HONESTOS Y SABIOS

En los últimos días de 1933 moría en su palacio de Potala el Dalai Lama, decimotercera encarnación, según creencia de los monjes budistas tibetanos de, Diety Avalokta, el «Espíritu de la Misericordia».



Una fotografía característica del Dalai Lama en su palacio de invierno de Lhasa



En el centro, Mao Tse Tung; a la izquierda, el Dalai Lama, y a la derecha, el Panchem Lama, durante una reunión en Pekín en 1950.

Casi inmediatamente el «Slon» o regente convocó el «Kashag» (Gran Consejo). Era necesario escoger siete hombres honestos y sabios que fueran capaces de hallar al nuevo Dalai Lama, porque conforme a las doctrinas del lamaísmo no puede morir nunca el espíritu del Dalai Lama o Buda vivo.

Cuando aquellos siete hombres honestos y sabios emprendieron la búsqueda aún no había nacido el nuevo soberano espiritual de los tibetanos. Siete años más tarde, en la provincia china de Tsing-Hai-U hallaron en una choza miserable un niño de cuatro años, al que reconocieron como nuevo Dalai Lama, postrándose ante él.

«La Presencia», como también llaman los monjes a su soberano, creció en Lhasa y se educó en la ciencia y la religión de sus antecesores en el puesto. El Tibet prosiguió en paz hasta que en diciembre de 1950 un ejército «popular» chino cruzó sus fronteras. Poca era la fuerza que los tibetanos podían oponer a los deseos imperialistas de Mao Tse Tung y, sin embargo, supieron enfrentarse valientemente a sus tropas. Desgraciadamente las armas anticuadas del ejército del Dalai Lama (unos 14.000 hombres) fueron ineficaces ante el superior armamento «made in U. R. S. S.» que llevaban los invasores. En Tchaomao, los ejércitos comunistas acabaron con toda la resistencia organizada de los tibetanos. Desde allí hasta Lhasa su marcha fue un simple paseo militar.

De acuerdo con la tradicional política comunista, los chinos habían procurado antes introducir

también la discordia en el seno del Tibet. Mao supo apoyarse en el Panchén-Rimpoché o Tachilama de Rachilumpo, enemigo tradicional del Dalai Lama. Cuando los ejércitos comunistas llegaron a Lhasa encontraron una ciudad casi abandonada. El Dalai Lama había huído hacia las fronteras de la India en busca de unos socorros que nunca llegaron.

Seis meses más tarde, en agosto de 1951, el Dalai Lama regresaba a la capital tibetana resignado a plegarse a las exigencias de los comunistas que amenazaban conceder toda la influencia política al Panchén Lama. El Dalai aceptó la presencia de guarniciones chinas en el Tibet; cuyo jefe supremo, el general Tchang-Tsing-Wou, era nombrado «conse-

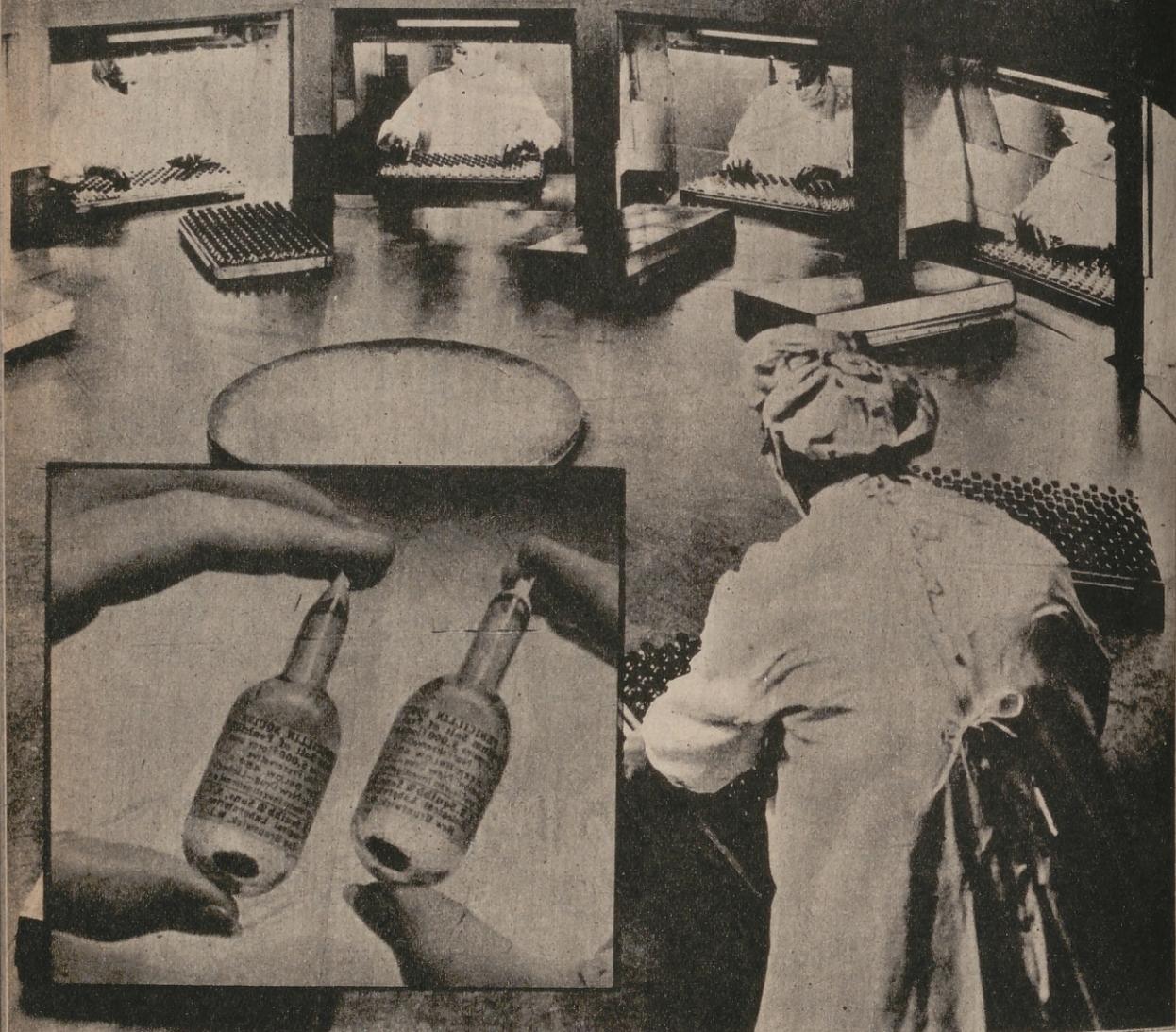
jero» del Dalai Lama en todos los asuntos de política exterior. Desde entonces el Tibet sería un país más sojuzgado por el comunismo internacional. De nada serviría, y eso todos los tibetanos lo sabían, que un tratado entre el Tibet y la República Popular China «garantizara» el estatuto, las funciones y los poderes del Dalai Lama. En tres días, 2.000 tibetanos han dado con su muerte su más efectiva protesta ante la dominación comunista.

La huida o la detención del Dalai Lama ha permitido ahora su sustitución por el Panchén, que no podía por menos de aguardar un momento favorable para reemplazar a su rival.

Guillermo SOLANA



Una columna roja durante el avance sobre el Tibet



NUEVOS ANTIBIOTICOS

EL CERCO DE LOS HOMBRES
DE CIENCIA AL INVISIBLE MUNDO
DE LOS MICROORGANISMOS

LA PENICILINA SIGUE SIENDO EL NUMERO 1

EN estos últimos años se han descubierto y aislado cerca de 100 nuevos antibióticos de importancia varia, pero que vienen a hacer aún más apretado el cerco que los hombres de ciencia y los médicos han puesto al extenso e invisible mundo de los microorganismos.

Se continúa investigando en el campo de los antibióticos por varias razones y no todas de índole sanitaria, pues también las hay de orden económico y estratégico. Aunque se posean antibióticos que destruyen los gérmenes pertenecientes al grupo de los cocos (tanto Gram positivos como Gram negativos), bacilos no esporulados, bacilos esporulados, micobacterias, espiroquetas, rickettsias y grandes virus. En cambio, no se dispone de ningún antibiótico capaz de aniquilar los pequeños virus productores de todas esas enfermedades, en la actualidad tan peligrosas, como la poliomielitis



Los investigadores proporcionan a la ciencia nuevos antibióticos para la lucha contra el mundo invisible de los microorganismos. En esta lucha, la penicilina sigue conservando un puesto primero

y la epatitis. Por otra parte, admitiendo el criterio de nuestro ya fallecido compatriota Duran-Reynol de que el cáncer es originado por virus, tampoco se poseen antibióticos capaces de combatir estos virus del cáncer.

Precisamente en este sector es donde más se trabaja, especialmente los investigadores japoneses. En la última reunión anual de antibióticos, celebrada en Washington y patrocinada por el Departamento de Sanidad del Gobierno norteamericano, el núcleo más importante de los antibióticos presentados fue el de los dedicados a la lucha contra el cáncer. Se describieron varios de estos antibióticos de acción anticancerosa «in vitro», esto es, «en el laboratorio» y en los animales de experimentación, si bien los resultados obtenidos en clínica no son tan alentadores como los de laboratorio. En esta reunión se discutió la eficacia de la mitomi-

cina, el nuevo antibiótico anticanceroso descubierto por los japoneses. Se insistió una vez más en la necesidad de trabajar en la busca de nuevos métodos experimentales que permitan analizar la acción antitumoral, desde el punto de vista de la clínica humana.

LOS JAPONESES CONTRA EL CÁNCER

El intento de tratar los tumores malignos por medio de microbios se inició en 1867. Bush señaló el camino, que durante noventa años sólo ha conducido a fracaso. Pero tanta insistencia debía tener al fin un premio, un rayo de esperanza, aunque ésta fuese muy remota. En 1952, Stok demostró que cinco antibióticos, de 33 que fueron ensayados, poseían actividad anticancerosa, si bien esta actividad era muy débil o estaba invalidada por una

potente toxicidad. Después del ensayo de otros antibióticos, como la puramicina, la actinomicina C y la azoserina, los japoneses han entrado en la lid.

La sarcomicina es hasta ahora el antibiótico anticanceroso más importante descubierto por los japoneses.

El profesor Hamao Umezawa, director del Instituto Nacional de Sanidad de Tokio, obtuvo en 1953, a partir del filtrado de los cultivos de un streptomyces, aislado del suelo, en Kamakura, preceptura de Kanagawa, una sustancia anticancerosa, que se llamó sarcomicina.

Esta sustancia, que ya es importada en nuestro país por un laboratorio nacional, ha originado una gran expectación entre las

desgraciadas víctimas del cáncer y sus familiares que no merece ser alentada, pues aunque actúa favorablemente contra el cáncer, todavía no es ni mucho menos el tratamiento específico de esta terrible dolencia. Si bien se citan casos de curación, éstos no son absolutamente verídicos, pues su acción se reduce fundamentalmente a mejorar alguno de los síntomas y a paliar las molestias que causa el cáncer.

Los efectos generales de la sarcomicina sobre el organismo consisten en alivio o cesación del dolor, mejoría del apetito, aumento del peso corporal, sensación de recobramiento, alivio o cesación de la expectoración, alivio de los excrementos sanguinolentos y mejoría de las observaciones por rayos X.

Los efectos locales de la sarcomicina se reducen a disminuir los tejidos cancerosos, a cortar las hemorragias y a aliviar o quitar el dolor.

La sarcomicina está indicada en el tratamiento de varios cánceres (de mama, de ovarios, de matriz, de pulmón, de estómago, de tiroides, etc.), pero especialmente en aquellos tumores malignos en los que la intervención quirúrgica es prácticamente imposible. Esto quiere decir que hasta ahora el mejor tratamiento es la operación y que solamente cuando el cirujano no puede actuar se debe recurrir a la sarcomicina.

Sin embargo, pese a que no es la panacea ideal, la droga absoluta contra el cáncer, no se debe olvidar que en la reunión de la Sociedad Japonesa de Quimioterapia (abril de 1955), Ishiyama comunicó que de 193 casos de cáncer tratados con sarcomicina, ocho fueron considerados como curados. Esto viene a ser un 4 por 100 de resultados favorables. Lo que no sabemos es si estos ocho japoneses siguen todavía con vida.

El otro antibiótico japonés utilizado contra el cáncer es la nitromina, que se descubrió en el curso de estudios de crecimiento de los agentes retardados contra el sarcoma Yoshima, trabajos que realizan desde 1929 los profesores Morizo Ishidate y Tomizo Yoshida, de la Universidad de Tokio.

En experimentos clínicos por reconocidas autoridades japonesas se estableció que la nitromina es un antibiótico anticanceroso bastante útil que puede aplicarse en la leucemia, en donde tiene un efecto paliativo, pudiendo los enfermos retrasar en medio año la hora de su muerte. También actúa como paliativo, reduciendo el tamaño de los tumores, aliviando los dolores y mejorando la sintomatología general en el sarcoma y en el carcinoma. Pero en donde mejor indicado está el empleo de la nitromina es en las enfermedades del Hodeking y en Policitemia Vera.

Según las últimas noticias, para el doctor Arthur Flemming, secretario de Sanidad, Educación y Beneficencia de Estados Unidos, el compuesto antibiótico más prometedor parece ser la nitromicina C, que también ha sido descubierta en el Japón y ya se produce en los Estados Unidos, en los Laboratorios Merck y Bristol

en cooperación con la Compañía Farmacéutica Nipona Jowa.

Otros antibióticos anticancerosos son sarcinocidina, que se ha ensayado en los tumores de las aves, y la amicitina, que se ha aplicado, con resultado muy dudoso, en algunas leucemias infantiles.

LA FERAZ RESISTENCIA DEL ESTAFILOCOCO

Los diversos compuestos antibióticos de que hoy se dispone bastarían para el tratamiento eficaz de la mayoría de las infecciones bacterianas conocidas, a no ser por un hecho que su empleo puede determinar y que progresivamente va ganando importancia y significación. Este hecho es la resistencia que algunas especies bacterianas, inicialmente sensibles, son capaces de desarrollar frente a la acción de los antibióticos. Ocurre algo así como si la bacteria se inmunizara frente al antibiótico en cuestión.

Entre todas las bacterias capaces de engendrar resistencia destaca por su importancia el estafilococo. Este coco se hace rápidamente resistente no sólo a la penicilina, sino también a la estreptomycin, tetraciclina, cloranfenicol y editromicina, lo que le confiere una mayor peligrosidad al no disponerse de los quimioterápicos capaces de destruirlo.

El hecho de que con frecuencia fracase el tratamiento con los antibióticos de las enfermedades producidas por estafilococos, a causa de esta resistencia, ha dado motivo a honda preocupación por parte de los médicos. No olvidemos que en el hombre origina espontáneamente el forínulo, cuya ántrax, la osteomielitis (llamada vulgarmente el forínulo de los huesos), mastitis, supuración y accesos en todas las partes del cuerpo, mastoiditis, pleuresias, peritonitis y epidemias de impétigo en los escolares, así como cuadros neumónicos graves. Las infecciones generalizadas o piohemias, con producción de accesos múltiples en diversos órganos. La mortalidad que entonces origina es muy elevada (80 a 90 por 100). Estos riesgos, que habían sido eliminados con la llegada de los antibióticos, vuelven a surgir cual fantasmas amenazadores con la creación de la resistencia del estafilococo a los antibióticos. De aquí el gran interés de los investigadores y de los médicos de disponer de un antibiótico que no cree resistencias o un abundante surtido de antibióticos a los que pueda recurrirse cuando el estafilococo se ha hecho resistente a los más utilizados.

Entre estos antibióticos antiestafilocócicos destacan en la actualidad la eritromicina, la espirimicina, la oleandromicina, la albomicina, la vancomicina y la novobiocina. Todos estos antibióticos son eficaces contra el tozudo estafilococo, que al cabo de algún tiempo acaba haciéndose resistente a sus nocivos efectos.

Desde el punto de vista práctico, para nosotros, los españoles, el hecho más importante es que la eritromicina es el antibiótico ideal para combatir las enfermedades producidas por estafilococos. Insisto en decir «entre nos-

otros» porque, dada la escasa difusión del mencionado antibiótico en España, es lógico que no se hayan creado cepas de estafilococos resistentes a la eritromicina. Bastará, sin embargo, que en los próximos años se extienda su uso para que empiecen a aparecer cepas resistentes como está sucediendo en Norteamérica, donde el fenómeno de la estafilococoresistencia está originando gravísimos problemas que los médicos se ven apuradísimos para solucionarlos, encontrándose tan indefensos frente a ellos como antes de la aparición de la penicilina. Después de la eritromicina, el antibiótico más eficaz contra los estafilococos es el cloranfenicol.

Pero estas afirmaciones son relativas y, por tanto, gratuitas. Cada persona, cada enfermo, presenta un problema particular que es el que hay que resolver clínicamente y no mediante técnica estadística.

LA PENICILINA NO HA PERDIDO SU SUPREMACIA

La primera vez que se aplicó al hombre una inyección de penicilina fue el 27 de enero de 1941. En los dieciocho años transcurridos se han administrado más de 30.000 millones de inyecciones. Es un caso sin precedentes en la historia de la terapéutica humana. Es todavía el antibiótico número uno. Representa el 80 por 100 del consumo mundial de antibióticos.

En el número de 7 de marzo de este año se publicó en la revista científica inglesa «The Lancet» un informe sobre las investigaciones realizadas por los doctores Batcdel, Doyle, Naylor y Rolinson, que han contado en todo momento con el asesoramiento del doctor Chain, premio Nobel en compañía de Flemming y Florey por el descubrimiento de la penicilina.

Estos investigadores británicos han aislado el ácido α -amino-penicilánico a partir del cual será posible obtener numerosas penicilinas nuevas. Las consecuencias de este descubrimiento pueden ser enormes. Ya se puede prever que será posible fabricar fácilmente penicilinas especiales, como con la penicilina O y la cefalosporina N para los enfermos sensibles a la penicilina, y que se hallarán nuevas maneras de combatir el problema del estafilococo resistente. También es posible que este descubrimiento permita obtener métodos para incrementar la actividad de compuestos penicilínicos frente a las bacterias Gram negativas. Tal vez permita también fabricar penicilinas especiales para el tratamiento de una infección concreta.

La importancia del aislamiento del ácido α -amino-penicilánico, no solamente es de orden biológico y clínico. Además, parece poseer una enorme importancia económica, ya que es probable que permita la producción sintética en grandes cantidades de penicilina, igual que ahora sucede con el cloranfenicol, único antibiótico que se obtiene desde hace años por síntesis química y no por fermentación microbiana, que es el método común de obtención de todos los antibió-

ticos, desde que se inició la fabricación en gran escala de la penicilina en Estados Unidos.

LOS ANTIBIÓTICOS MORTALES

La amplia difusión de la terapéutica por los antibióticos, ha comprobado que estos cuerpos son capaces de provocar no solamente trastornos o accidentes digestivos sino en ocasiones graves accidentes. En realidad, el riesgo puede pasar de estos accidentes y entrañar un peligro de muerte, en situaciones siempre dramáticas, no sólo por los síntomas, sino también por la rapidez de la evolución. Si se tiene en cuenta el extraordinario consumo que de estos fármacos se hace y el número considerable de vidas que salva, los casos mortales denunciados (150 entre más de un millón de tratamientos), resultan francamente insignificantes, pero no despreciables, porque la primera máxima del médico debe ser la de no hacer daño, ante todo. Ya son conocidos los riesgos mortales que pueden correrse con una simple inyección intramuscular de penicilina G procaína, pero entre los profanos no son todavía muy difundidos los riesgos que tienen la aplicación de los antibióticos fúngicos, como son la terramicina, la aureomicina y similares. Estos antibióticos también pueden ocasionar la muerte de los enfermos cuya vida tratase de salvar con su uso.

La imagen clínica es en todos los casos idéntica. Al mismo tiempo que la infección local primitiva retrocede, en menos de dos días después de haber cedido la absorción del antibiótico, se produce un brote febril acompañado de diarreas con frecuencia sangrantes. En algunas horas se produce una deshidratación extrema y el colapso precede a la muerte. En atención a su agudeza y gravedad, esta complicación originada por el antibiótico, se designa con el nombre de gastroenteritis fulminante. Como la muerte se produce siempre por colapso, no existe una terapéutica eficaz. Sólo puede salvar la vida el potencial de resistencia de cada individuo. El síndrome una vez que aparece es mortal en el 80 por 100 de los casos. El mecanismo de esta gastroenteritis fulminante, ha sido bien establecido. El antibiótico perturba la flora intestinal, haciendo desaparecer los gérmenes coliformes banales, mientras que las levaduras y los estafilococos proliferan y entre estos últimos, el estafilococo aéreo hemolítico. Siempre el estafilococo, resistiendo a toda clase de antibióticos, tozudo y agazapado, esperando el momento propicio para lanzarse al ataque criminal.

La frecuencia de estos accidentes varía entre 0.64-4.6 por 100, pero por excepcionales que sean los accidentes mortales ocasionados por estos antibióticos fúngidos tienen siempre una existencia real. Por tanto, no se recurrirá a ellos nada más que en casos justificados.

EN BUSCA DE LOS ANTIBIÓTICOS IDEALES

Estos hechos tan desagradables suelen ocurrir cuando se usan an-



Cultivos de hongos penicilínicos

tibióticos de amplio espectro bacteriano. Esto quiere decir que son antibióticos que, en vez de limitarse a aniquilar un grupo determinado de gérmenes, destruyen muchas clases diferentes.

Todos los animales, entre ellos el hombre, depende para su alimentación de la vida vegetal, bien sea alimentándose de plantas o devorando a otros animales herbívoros. Si desaparecieran todas las bacterias, se interrumpiría el ciclo nitrogenado y cesarían de crecer las plantas. Al mismo tiempo, con los antibióticos de amplio espectro se destruye la flora intestinal que vive en el intestino de los seres vivos y contribuye a la síntesis de ciertos principios alimenticios (vitaminas) que sin ellos sería imposible producir. Eliminando todas las bacterias, tanto malignas como indiferentes o benignas se lograría crear temporalmente una humanidad aséptica, o sea sin gérmenes, pero bien pronto por falta de alimentación o de aprovechamiento en el intestino de esta alimentación, desaparecería toda la vida del planeta.

Contra este intento de los antibióticos, la Naturaleza se opone con diferentes mecanismos uno de ellos es la ya citada resistencia de las bacterias ante un reiterado uso de antibióticos. Al resistirse las bacterias a su aniquilamiento, no solamente se defienden asimismo, sino que también velan por el mantenimiento del equilibrio del microcosmo de los seres infinitamente pequeños, ya que los espacios vacíos que dejan las bacterias al morir son ocupados por los virus, contra los que ahora no hay antibióticos eficaces, y que por eso mismo son mucho más peligrosos.

Esto quiere decir que es necesaria la existencia de un determinado tipo y número de bacterias pa-

ra que la vida se desarrolle normal y favorablemente. Del mismo modo que el aire puro y el agua destilada no son sustancias aptas para la vida, tampoco lo es un ambiente libre de gérmenes. Ya se ha visto que los niños norteamericanos que se mueven en un ambiente magníficamente higiénico caen víctimas de la poliomielitis, que no ataca en cambio a los pequeños zarrapastrosos de Egipto y de la India, que casi se crían a base de mugre. Como dice el doctor Martí Ibáñez, director internacional de «Antibiotics and Chemotherapy», el cuerpo debe aún librar sus propias batallas sin fiarlo todo en contratar un ejército forastero (los antibióticos) para que pelee en lugar suyo. No es posible eliminar todos los gérmenes peligrosos (la delincuencia microbiana), porque en cada una de esas «redadas» se capturan también gérmenes «buenos» y porque, además, con eso se debilita la policía del organismo que va creando la inmunidad natural.

Por este motivo en lo que resta de siglo los investigadores irán a la busca de unos antibióticos de acción limitadísima, que ataquen sólo a los gérmenes patógenos (inclusive a un solo germen patógeno), respetando a los saprofitos, o sea a los «buenos». Y se procurará combinar antiopiterapia con la enzimología e inmunología para llegar a crear medicaciones combinadas de antibióticos, enzimas y vacunas. Para ello será preciso indagar cada vez más en los mecanismos íntimos de los gérmenes y desarrollar antibióticos que actúen como llaves inglesas, de forma que cada una sólo pueda destruir el germen causante de una sola enfermedad.

Doctor Octavio APARICIO

EL MADRID DE TODOS



El Madrid de siempre, que es ahora un Madrid distinto. La plaza de España, con el edificio España al fondo; la Cibeles, con la calle de Alcalá urbanizada de nueva factura; la Puerta del Sol, totalmente diferente a como era en 1936



VEINTE AÑOS DE EXPANSIÓN DEMOGRÁFICA URBANISCA, INDUSTRIAL Y COMERCIAL

UNA CAPITAL CADA DÍA NUEVA

ESTE es, sí, un nuevo Madrid que se nos ha crecido en los veinte años. Un Madrid mayor; una capital transformada y con aire de juventud, de vitalidad.

Los que no han cumplido los veinticinco no se dan cuenta; pero las otras personas que conocieron, y vivieron, sintieron cómo era la capital de España antes de 1936, saben muy bien del estiramiento, de la formación quizá de la capital más simpática, más neta y agradable de Europa.

Por un lado, la mancha de la capital de Madrid, como un vertido en una super-

alimentada, ha ido cogiendo terrenos, pueblos, habitantes, para ella. Del censo de población de 1940, recién acabada nuestra guerra, al próximo de 1960, Madrid ha ganado muy bien el millón de habitantes.

Por de pronto, pues, eso: un millón más de madrileños. Con sus afanes, con sus ilusiones, con sus preocupaciones, con sus alegrías.

De aquel censo de 1940 a este de 1960 Madrid también ha sumado nuevos territorios. No ha tenido que lanzar conquistadores de adarga y lanza por delante, sino que el natural proceso de las cosas ha incorporado al casco urbano núcleos de población como Carabanchel, Villa-

verde, Vallecas, Fuencarral, Peñagrande...

Este es el Madrid crecido en extensión. Que en intensidad, la Historia sí que tiene, en estos siete mil trescientos días que van del 28 de marzo de 1939 al 28 de marzo de 1959, cosas buenas, muchas y bonitas que contar.

PASEOS, CALLES, PLAZAS, AUTOPISTAS

Madrid por fuera, Madrid por las calles, por las plazas, por los paseos.

El Madrid de hoy casi no tiene iguales ninguno de los paseos importantes de hace veinte años. Empecemos: el paseo del Pra-

do. El paseo del Prado es totalmente nuevo. Desde la plaza de la Cibeles a la glorieta de Atocha, el paseo del Prado ha sido renovado por completo. Fuentes iluminadas, estanques de aguas superficiales, setos, macizos para rosas o para tulipanes, pavimentos especiales—como el específicamente diseñado delante del Museo del Prado—, columnatas y trazados donde se conjugan los árboles tradicionales con las nuevas plantaciones, han hecho del Prado madrileño un lugar que si lo vieran aquellos paseantes en coche de caballos del primer cuarto de siglo tal vez, como diría un exagerado, volverían a morir de la impresión. De la Cibeles para el otro la-



Nuevos accesos por carretera. Uno de ellos, la autopista de Barajas, que ha servido para canalizar el creciente tráfico por la carretera de Cataluña

do está Recoletos y, pasando Colón, el paseo de la Castellana, y, pasando Castelar, la avenida del Generalísimo hasta la plaza de Castilla. ¿Es este Recoletos el mismo de los años 30? ¿Es esta Castellana la misma de la época? ¿Existió alguna vez la avenida del Generalísimo, modelo de pensamiento urbanístico moderno, con sus altos edificios, auténtico orgullo de diseñadores y constructores?

El Prado iluminado, la Castellana iluminada, dos rectas de luz vistas sin interrupciones desde las alturas.

Sigamos con el capítulo de los paseos. Casi terminada la canalización del río Manzanares. Una canalización que comprende desde el Puente de los Franceses hasta más abajo del barrio de Legazpi; una canalización que ya ha dado los espléndidos paseos de sus riberas, con edificios construidos y proyectados exclusivamente para el mejor ornato de la vista.

Y junto a los paseos, las calles. Las calles nuevas, mucho más anchas que las avenidas antiguas. Calles nuevas, amplias y espaciosas, como la de Cea Ber-

múdez, como la de María de Molina, como la de Santa María de la Cabeza, como la segunda mitad de la calle de Embajadores, con la urbanización de su glorieta; como la de Isaac Peral y ese auténtico orgullo de Madrid que es el segundo trozo de la Gran Vía, para el que hubo que alisar, con el fin de unirlo a la calle de la Princesa, un montículo de tierra de más de 15 metros de altura.

Sigue aún este Madrid nuevo.

Y siguen sus calles: la de la Montera, transformada; la de Carretas, embellecida; la Puerta del Sol, reformada; la calle de Alcalá, modernizada; la de Almagro, ajardinada; las de Fuencarral y Hortaleza, urbanizadas... Hacer un recuento de este capítulo sería, la verdad, casi tanto como nombrar el callejero completo.

Para estas calles de Madrid, para estas nuevas calles de la capital de España han venido nuevos autobuses, nuevos trolebuses, nuevos tranvías. Y también nuevos automóviles, lujosos o utilitarios, que cada día es mayor el tráfico automovilístico y cada día son más necesarios los lugares de aparcamiento, como esos edificios especiales construidos para estos menesteres

en la plaza de Bilbao y en la Cuesta de Santo Domingo.

Y para los transportes por carretera y para los viajeros de los motores de explosión, Madrid ha construido o está construyendo accesos especiales, autopistas de dos direcciones, que acogen, bastantes kilómetros antes de la capital, a los automovilistas que se acercan o que se alejan. La carretera de Barcelona, la carretera de La Coruña, la carretera de Toledo, la carretera de Irún, la carretera de Valencia, la carretera de Extremadura y la carretera de Andalucía tienen ya sus trozos de autopista terminados, en explanación y todas, desde luego, en proyecto.

EDIFICIOS ALTOS Y JARDINES ARMOSIOS

Igual que calles nuevas, a Madrid le han crecido edificios, y también barrios enteros, de total nueva construcción.

Edificios nuevos. Antes, el edificio referencia de Madrid era la Telefónica. Hoy, la Telefónica ha dejado de desempeñar este papel porque ha sido sustituida en él por otros más altos, más modernos y, si sabe, más poderosos. Tenemos en la plaza de

España la Torre de Madrid y el Edificio España. No hace falta describirlos. No hay ningún habitante, turista o visitante de Madrid que no los conozca.

Más edificios nuevos: el rascacielos de la calle de María de Molina; el bloque, en la Gran Vía, del Lope de Vega; los bloques de Saconia al comienzo del barrio de la Concepción, el edificio de Galerías Preciados... ¿Qué calle no cuenta con una casa nueva construida después de la guerra?

En esto de las casas Madrid tiene hoy barrios enteros edificados en menos de veinte años; nombrarlos sería nombrar un poco una vida singular que le han dado a Madrid los miles de familias que en ellos viven o que están próximas a habitarlos por completo. El primero, por la fama y por el nombre, el barrio de la Concepción. Después, todos: San Blas, el Niño Jesús. de los poblados de absorción de Fuencarral y de Vallecas, los poblados dirigidos de Entrevías, las zonas residenciales de la avenida del Generalísimo, de Peñagrande; de la Ciudad del Pino, de Mirasierra; las grandes colonias de Usera, de la carretera de Extremadura, de Legazpi...

Y ya en este capítulo de urbanismo, jardines bellísimos le han nacido también a Madrid. Unos de ellos, los de Sabatini, en la plaza de España, han merecido el honor de ser considerados en un certamen internacional de jardinería como los jardines más armoniosos de Europa.

DEPORTES Y CINES, SECCION ESPECIAL

El Madrid para la diversión es también un Madrid distinto, un Madrid totalmente inaugurado.

En primer lugar, ya que es lo más famoso, lo que cada domingo se llena por más de cien mil personas: sus campos de fútbol. El Estadio Bernabéu, del Real Madrid, y el Estadio Metropolitano, del Atlético de Madrid. Obras, sobre todo el primero, modelos en su clase y en su ejecución.

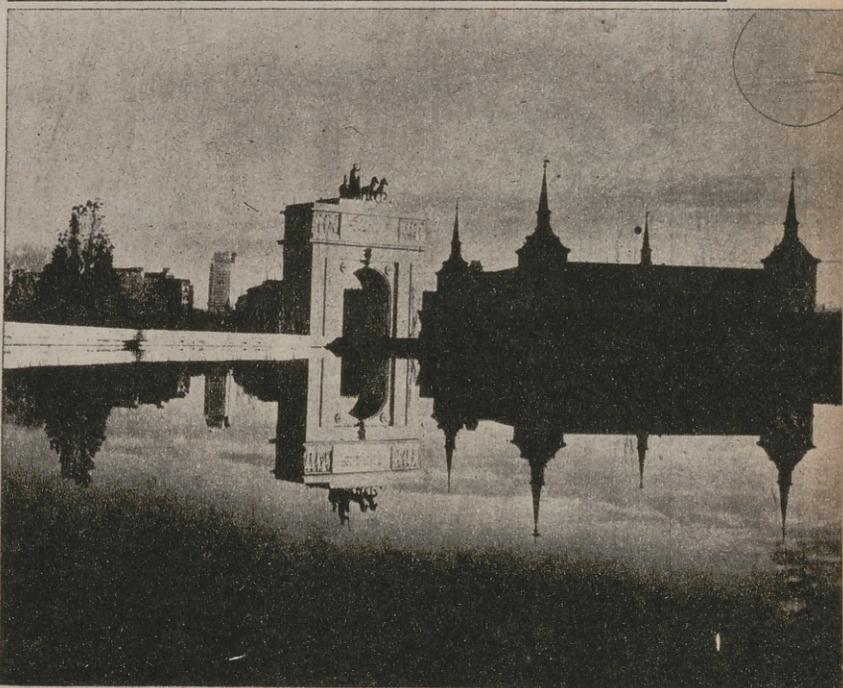
Siguiendo con los deportes, la obra deportiva en conjunto más importante de estos últimos años ha sido, sin duda, el Parque Sindical de Puerta de Hierro. Pensado y construido exclusivamente para los productores de la Organización Sindical, en él se encuentra la piscina irregular mayor de Europa. Es la gran piscina que todos los trabajadores madrileños conocen. Y allí también, deportes para todos: bolos, hockey sobre patines, baloncesto, piraguas, gimnasia e incluso juegos infantiles para que los pequeños encuentren solaz y entretenimiento.

En los deportes de verano a Madrid le han florecido numerosas piscinas. Piscinas olímpicas, para los nadadores de competición, como la Municipal de la Casa de Campo piscinas de esparcimiento tan sólo, como la de Estela, como la de Liaca Club, como la del Edificio España, como tantas otras.

Al Madrid deportivo le ha sur-



Desde la ventana del Colegio Mayor «José Antonio»—nueva edificación escolar—, el Arco de la Victoria, al comienzo de la Ciudad Universitaria



Dignos edificios para albergar servicios de la Administración Pública: el Ministerio del Aire, por ejemplo

gido para su gozo un nuevo hipódromo: el de la Zarzuela. Un hipódromo coquetón y sencillo, que, sin embargo, ostenta en su tribuna el record mundial de voladizo en hormigón armado.

Esto en cuanto a deportes. Porque en lo que se refiere a cines o teatros, los nombres nuevos son abundantes. Ahí están los ejemplos del Lope de Vega, Torre de Madrid, Gayarre, Pompeya, Gran Vía, Rex, Palace, Roxy «A» y «B», Carlos III, Albéniz, Paz, Recoletós, Goya, etc. Y en lo que concierne a cines de harrio, decir los nombres sería tanto como decir la cartelera casi completa de la semana.

SALAS DE FIESTAS, CAFETERIAS Y BARES AMERICANOS

Para los amantes de la danza, para los que quieren conmemorar su aniversario en una sala de fiestas o consolidar una conquista entre los acordes de una orquesta moderna, Madrid totaliza cuarenta salas de fiestas. Cuarenta salas de fiestas, muchas de ellas recién estrenadas, recién inauguradas. Ahí está El Biombo Chino, con la mejor instalación electroacústica de Europa, provista de eco artificial, obra de un español, el ingeniero Luis Fernando Arribas Berthe; ahí está la maravilla de Pasapoga, de la Parrilla del Rex, del Rendez Vous del Hilton. Y al lado de estas que pudieran llamarse mayores, las salas de

fiestas menores, las «boites»: Micheleta, Alazán, Castelló, La Galera. Y todavía los «tablaos» de flamenco: Corral de la Morería, El Duende, Zambra...

Por último, ese producto moderno que son las cafeterías. Madrid tiene cafeterías del mismo rango que las pueda tener cualquier capital europea: en la Gran Vía—California, Puerto Rico, Fuentesila, Dólar—, en la Puerta del Sol o en la calle de la Montera—Noche y Día, Montesol—, en cualquier calle de cualquier barrio, de cualquier distrito.

Como final, los bares americanos. Bares americanos recién puestos, con gusto extraordinario, con decoración exquisita, con servicio esmeradísimo; bares americanos tradicionales como Chicote, como Gaviria; bares americanos recientes como Amador, como Camagney, como Balmoral, como Whisky Go Go...

En este capítulo de las distracciones, de la diversión, del esparcimiento, su turno le ha llegado también a la plaza de toros. Ella ha visto urbanizados y modernizados sus alrededores; para ella se ha construido especialmente un lugar donde pueden ser contemplados los toros de las corridas de San Isidro: la Venta del Batán.

EL ESTUDIO, LA CIENCIA Y LA INVESTIGACION

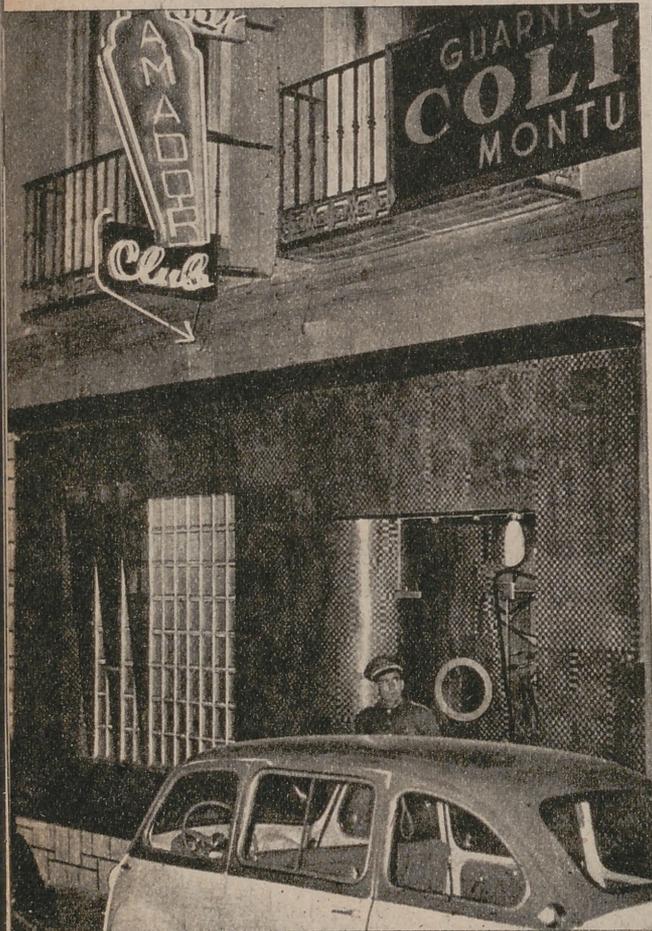
Al lado de este Madrid que

pudiéramos llamar de puertas para fuera hay otro Madrid de puertas para adentro: es el del trabajo, el del estudio, el de la ocupación.

Empecemos, por orden de jerarquías, con el Madrid oficial, con el Madrid de los servicios de la Administración Pública.

Así, Madrid cuenta hoy con novísimos edificios públicos—Ministerio del Aire, Ministerio de Obras Públicas, Instituto Nacional de Colonización, la Casa Sindical, por ejemplo—que han modernizado y adecuado instalaciones antes dispersas, con la consiguiente economía de tiempo y de coordinación en las funciones administrativas.

Después, el estudio. Madrid, en estos veinte años últimos, bien merece un libro para esto. Una Ciudad Universitaria entera, con varias Facultades de absoluta nueva construcción; un Consejo Superior de Investigaciones Científicas, con los necesarios elementos técnicos para el estudio; un Centro de Investigación para la Energía Nuclear; Institutos de experiencias o investigaciones especiales como el Agronómico, como el de Edafología, como el de la Construcción y el Cemento; Colegios Mayores absolutamente nuevos en la materia; Hospitales Clínico y Generales como el de la Universitaria y el de Diego de León; clínicas especiales como la de la Concepción, como las Residencias del Seguro de En-



El Madrid de la diversión también se ha dignificado. Modernos locales, de buen gusto y exquisito trato



Un complejo sistema de moderno urbanismo se alza junto a otra edificación deportiva modelo de los últimos años: el Estadio Bernabéu

fermedad; campos de deportes como los completísimos de la Universitaria, etc., etc....

Y luego, escuelas, institutos, bibliotecas, museos, archivos; todo, en resumen, el extenso campo del arte, del estudio, de la investigación, de la ciencia.

COMERCIO, INDUSTRIA Y ALOJAMIENTO DE VISITAS

Y ahora, el Madrid industrial, el Madrid comercial.

Encajemos dentro de este Madrid específico un apartado que en estos últimos veinte años ha tomado singular carta de naturaleza: el de la hostelería.

Dicho por todos los extranjeros, Madrid es, de la capitales europeas, la que posee unos hoteles más modernos, más confortables y, sobre todo, más baratos. Madrid, en hoteles, puede presentar celebridades tradicionales como el Ritz, como el Palace; pero puede presentar modernidades como el Castellana Hilton, como el Plaza, como el Rex, como el Emperador. Esto por lo que respecta a los hoteles de lujo; que en los de categorías menores el censo igualmente se ha visto incrementado con recientes edificaciones.

Entremos ya en el capítulo de la industria, del comercio.

Saludemos primero a los visitantes con la Feria del Campo.

Y los saludamos en honor también a que este año es la IV edición. Allí, en la madrileña Casa de Campo, hay periódicamente una Exposición viva e inigualable de lo que es España, de cómo trabaja España, de cuál es la riqueza de España en su campo, en su ganadería...

Sin salir de la ciudad demos una vuelta por los comercios. Por estos estupendos comercios madrileños con locales gigantes como El Corte Inglés, como Galerías Preciados, como Sederías Carretas, como Sepu, como incluso esa nueva modalidad mercantil que son los saldos asombrosos. Y después vayamos por todas y por cada una de las calles. Los comercios de Madrid han cambiado de cara. Mitad porque es el signo del tiempo, mitad porque se encuentran, como toda la economía española, en franco período de expansión y desarrollo. Las técnicas del autoservicio han sido incorporadas al ramo de la alimentación; los proyectistas y decoradores se han asociado con las firmas comerciales para cambiar cada semana los géneros de los escaparates; los mostradores, las vitrinas, las estanterías son mejorados o sustituidos para beneficio del establecimiento. Así, porque hay espíritu de modernidad, de transformación, de limpieza, de alegría, de seguridad y continuidad en el negocio.

Y al final, no porque sea la

menos importante, sino porque ella está, lógicamente, por las afueras, la industria. Esa industria pujante y recrecida que también le ha nacido a este Madrid de los últimos veinte años. Por Getafe—aviones—, por Legazpi—metalurgia y manufacturas de los metales—, por Villaverde—cementos, radios, motores—; por todos los barrios madrileños más de un millar de nuevas industrias han surgido en Madrid en estos últimos tiempos. Industrias de todos los ramos, de todas las clases, de todas las especialidades. Industrias que han sido el vehículo para un doble objetivo: mejores salarios, porque empleaban en sus procesos fabriles a obreros especializados, y mayores productos a la capital, y también a la nación, con el consiguiente impacto positivo sobre las cifras totales de la renta nacional.

Y éste es, así, en síntesis, el Madrid de hoy; este Madrid nuestro, tan distinto al hosco y huraño de hace veinte años. Un Madrid para la alegría, para el urbanismo, para la diversión, para la estancia, para el estudio, para el comercio, para la industria. Un Madrid símbolo, resumen y compendio porque es la capital de esta España cada día nueva que se nos aparece transformada todas las mañanas cuando nos levantamos.

José María DELEYTO



SE ALQUILA UN CIEGO

NOVELA

Por Francisco REGUEIRO

Y todo porque era un hombre que no tenía tiempo.

Y aquel día era un día que no había puesta de sol.

Y tuvo que alquilar un ciego.

Bajó de su propio avión de millonario particular de hombre de negocios. En un aeropuerto. Bajó él sólo con su sastre. El sastre le iba quitando hilvanes, descosiéndole una manga, untándole de jaboncillo, haciéndole pespuntes. Bajaban del avión porque venían de viaje y le estaban haciendo un traje. Y a diez metros del avión, en plena pista, tenía una oficina volante. Una mesa y dos empleados. Llegó allí con sus empleados y su sastre y firmó unos documentos. Subió, pegado al sastre, a la escalerilla del avión que le habían acercado a la mesa, y ya arriba, empujaron la escalerilla hasta el avión y quedaron jus-

tamente en la portezuela. Se cerró ésta y el avión voló con nuestro hombre sin tiempo y su sastre haciéndole respuntes, untándole jaboncillo, descolándole una manga y quitándole hilvanes.

Y es que los hombres de negocios no tienen tiempo y aprovechan los viajes en avión para hacerse los trajes, limpiarse los zapatos, y todas aquellas necesidades íntimas que, ya en tierra, no pueden resolver por la premura de los grandes y complicados y absorbentes negocios.

Y don Carlos Buendía de la Reguera es director de un negocio.

—Sí. Soy un hombre sin tiempo, sin nada de tiempo. Soy un hombre de negocios, de muchos negocios. Y quiero tener novia, deseo una novia. Por eso recorro a ustedes, a su agencia, para que me la proporcionen.

Y éste era el problema. Don Carlos Buendía de la Reguera era un hombre de negocios de toda su vida. Y ahora tenía treinta y nueve años. Y los negocios tienen zarpas y él necesitaba novia, pero no tenía tiempo para ella. Y se lo encargó a una agencia. Bueno, se lo encargaron sus secretarios, seamos sinceros. Los negocios y todos los secretarios del mundo tienen zarpas y ahogan a todos los directores del mundo y de todos los tiempos. Y éste era su caso. Y él era una ruedecita del reloj de su negocio. La ruedecita más pequeña, porque era el director del negocio.

Y la agencia era chocante. Porque era un padre con tres hijos muy guapos. Muy guapitos. Bueno, cuatro hijos. Ya hablaremos del último. Y era un padre que había montado esta agencia para el amor, porque tenía grandes ideas y porque, seamos sinceros, creía en sus hijos, en la belleza de sus hijos. A él le pedían una novia. Él pensaba el caso. Con sus hijos buscaba a la chica de las características que le pedían. Responsabilizaba al más idóneo y éste la enamoraba. Este tenía completa libertad de trabajo. Luego, el señor que había pedido la novia, sólo tenía que aparecer el día de la declaración. El día de declaración y el día de la pedida y, claro, el día de la boda, no había más remedio. Así este señor podía seguir sin perder tiempo en los negocios. Dedicarse a sus absorbentes y complicados y grandes negocios. Y a la vez tener novia. Y casarse. Y así éste era el único procedimiento para los hombres de tiranizantes negocios, hoy todos.

—Cintura..., 58; caderas..., 75; tobillos...

Y así fué como los secretarios de don Carlos Buendía de la Reguera habían encontrado esta agencia, agencia para el amor, y así esta agencia para el amor tuvo su primer caso. El caso Buendía de la Reguera, que no tenía tiempo para tener novia.

—Cintura..., 58; caderas..., 75; tobillos...

Porque don Carlos Buendía de la Reguera no era malo y sí bueno. Pero es que ahora los hombres de negocios no son malos. Los malos son los negocios y no ellos. Y que los negocios tienen garras y despellejan y atezan.

—Cintura..., 58; caderas..., 75; tobillos..., 15; altura...

Porque éstos eran los requisitos que los secretarios de don Carlos, en su infatigable servicio de agrandar, requerían de la agencia y a la agencia. Estos eran los perfiles de la novia ideal para un hombre de negocios que los secretarios habían creado para don Carlos.

—¡Cintura, 58!... ¡Caderas, 75!... ¡Tobillos, 15!...

¡El tobillo ideal!... ¡La cadera apetecida!... ¡La exacta cintura!... ¡Padre, la encontramos! ¡Esta es la novia!... ¡Ya tenemos novia!...

Porque los tres primeros hijos de don Alfonso Rodríguez de Castro se llamaban, el mayor Ernesto; el mediano, Mariano; Alfonsito, el tercero. Y éstos, con catalejos, con gemelos, con prismáticos, vigilaban los paseos importantes de la ciudad e iban catalogando los perfiles, contornos y caderas de la apetecida novia de don Carlos. Y escondidos, tras una verja con ramaje, acababan de encontrar las medidas exactas, precisas, matemáticas, escrupulosamente matemáticas, de lo que pedían los secretarios de don Carlos. Y es que don Alfonso Rodríguez de Castro era el director de la pretenciosa agencia del amor.

Y ya tenían la novia. En teoría, pero la tenían. Ahora venían las diligencias morales religiosas y estados de salud. El cómo se llamaba, quién era y si tenía hijos y padres. Y se llamaba Lourdes Martínez y salía con los americanos y ballaba con los americanos, cenaba con los americanos y



trasnochaba con los americanos. Y se la hicieron fotografías igual que en las películas de espías para espectadores. Y a los secretarios de don Carlos les gustó. Y también a don Carlos, que era el hombre que no tenía tiempo.

—Ya.

Y es que las secretarias son así y ya, no hay remedio para ellas.

—Ya.

Y más si la oficina es fría y esquemática y funcional.

—Ya.

Porque el director de la agencia con sus hijos hizo la segunda visita al despacho de don Carlos y tuvo que pasar por la aduana de su secretaria particular con gafas. Y la secretaria tenía los minutos contados para las visitas y siempre daba

dos minutos y nada más Santo Tomás. Y don Alfonso Rodríguez de Castro dejó a un hijo suyo en el despacho de don Carlos; en la ventana, para otear desde allí, con sus gemelos, posibles candidatas.

Y a todo esto, don Carlos inauguraba pantanos, botaba barcos, firmaba muchos documentos. Y cuando iba a inaugurar un pantano, preguntaba: —¿Y por qué saldrá con los americanos? ¿Pues no es española? ¿A qué tanto inglés?

Y es que como no tenía tiempo, aprovechaba estos momentos para enterarse de cómo iban sus relaciones amorosas. Sus relaciones con Lourdes Martínez. Y los secretarios le informaban.

Y llegó el día en el que don Carlos debía presentarse y hablar y conocer personalmente a Lourdes Martínez, la de tanto americano va y viene. Y todo se organizó debidamente. Y se hicieron unos previos ensayos. Y un secretario hacía, en el despacho del director, hacía de Lourdes Martínez. Y otro se acercaba a ella haciendo de don Carlos Buendía. Y don Carlos Buendía lo veía, aprendía y así no podía equivocarse.

Y como Lourdes Martínez ya se sabía que bajaba por las mañanas a las once en punto. A las once en punto, cronométricamente en punto, llegó don Carlos con sus secretarios en un coche a gran velocidad. Ya le esperaban los socios fundadores de la agencia. Don Carlos se situó en la acera por donde iba a pasar, de un momento a otro, Lourdes Martínez. Y esperó allí. El resto, con los secretarios, le vigilaban en la opuesta acera. Se habían colocado en una parada vieja de autobús, disimulando. Y a los pocos minutos pasó por delante de don Carlos y de los secretarios, un entierro. Un entierro con una comitiva muy larga. Y el noventa por ciento de la comitiva eran americanos de América. Y es que como Lourdes Martínez trasnochaba mucho y cenaba mucho y salía mucho, y siempre con los americanos, se murió. Había muerto. Y don Carlos había ido a ver, a hablar, a pasear con Lourdes y Lourdes ya no podía hablar, ni ver, ni pasear. Todo lo más en una caja negra porque ya era mocita.

Y allí, en la acera opuesta, triste, gris, pálido, pequeñito, estaba don Carlos. Y es que tenía mala suerte. Encima de no tener tiempo, la primera novia que se echaba se le moría antes de hablar con ella. Y se había muerto, porque la comitiva era viva y real.

Y la agencia había tenido su primera equivocación. Y los secretarios se enfadaron mucho. Y ahora los secretarios pusieron la chica. Eligieron a la chica. Y ahora no perdonaban a la agencia un fallo. Y se les dió toda suerte de facilidades, de dinero y de chalets. Y es que los secretarios no perdonaban. Y ahora ponían todos los medios a la agencia, a su alcance, y buscaron una chica que no podía morir como la anterior, porque esta no salía con nadie y ni con americanos siquiera.

Y compraron los secretarios un chalet a don Carlos. Este chalet estaba en un barrio residencial de la gran ciudad. Y enfrente de este chalet había otro chalet. Y en el chalet una chica. Y en la chica una mujer.

—Y para gastar luz te vas a una biblioteca. ¿Pues no faltaría más!... Y sabes... si las bibliotecas están cerradas a las seis de la mañana... será por algo. Y a ver si dejas un poco más de leche. ¿Cuándo cobras? Ya desde pequeño, antes de morir tu madre, eras así. Cuando le salen malos los hijos a uno...

Y el cuarto hijo de don Alfonso Rodríguez de Castro, director de la agencia y padre de tres primeros hijos, era el cuarto y el más pequeño. Pero le había salido rana a don Alfonso. No quería saber nada con la familia. No quería comulgar con sus ideas. No quería arriesgarse con su porvenir. Y, ¡oh, bajeza!, el cuarto hijo trabajaba. Era obrero de una fábrica. Y trabajaba en la fábrica. Y el padre y los tres primeros hijos le creían la oveja negra de la familia. Y este hijo, que se llamaba Luis, estudiaba todas las mañanas antes de irse a la fábrica, a eso de las seis de la mañana.

—¿Y sabes por qué están cerradas las bibliotecas a las seis de la mañana? Porque no hay tío que estudie a esas horas. Además, si quieres estudiar, lo haces en la fábrica. Aquí no quiero que se gaste luz.

Y Luis estudiaba libros tales como «Sea ingeniero en poco tiempo estudiando en nuestros cursos por correspondencia». Y gastaba luz para es-



tudiar de madrugada y el padre le reñía y le decía que se fuera a la fábrica a gastar luz.

Pero ahora se arreglaron las cosas a don Alfonso y sus tres primeros hijos. Ahora se iban a instalar en el chalet que los secretarios habían comprado a don Carlos. Iban a vivir allí. Temían que enamorar a la vecina de enfrente.

Y a todo esto, don Carlos seguía inaugurando pantanos y botando barcos y poniendo primeras piedras. Y don Carlos, como hombre de grandes negocios, inauguraba primeras piedras. Y en el fondo tenía una gran formación y experiencia en las inauguraciones de primeras piedras. Y en los momentos claves de la inauguración, cuando iba a echar la paletada de cemento en la primera piedra, los secretarios le informaban de los avances de su novia actual, de Aurorita Ruiz.

Porque Aurorita Ruiz era una muchacha muy triste y huérfana y pálida y beatilla, con velo negro y con ojos azules y que regaba todas las flores de sus balcones a las ocho de la mañana todos los días, en su chalet, el de enfrente al de don Carlos. Luego iba a misa, y ya no salía en todo el día. Por lo cual se presentaba difícil la cosa. Y Aurorita tenía un complejo de ojos azules claros, de pálida, de huérfana y de triste. Y de poca suerte.

—¡Mariano, eres mejor y vales más que Rock Hudson!...

Y es que esto era una pareja en la última fila del patio de butacas de un cine.

—¡Sí, Lola!... Es verdad, soy mejor que Rock Hudson, pero dime por qué es tan triste y tan pálida y tan huérfana tu señorita... Dímelo, Lola, ¿por qué tiene tan mala suerte tu señorita?

Y Mariano era el hijo menor de don Alfonso. Y Lola, la criada de la señorita Aurorita Ruiz. Y es que empezaban a enamorarse a la señorita comenzando por las sirvientas primero. Y así comenzaban a Aurorita. Así investigaban la vida soli-

taria y huérfana de Aurorita. Y el otro hijo, Alfonso, el tercero, hacía lo propio con la segunda sirvienta. Y también besaba mejor que Rock Hudson.

—El mejor escritor. El mejor novelista. El mejor estilista de novelas de amor que se conoce. Todos sus personajes, en todos sus relatos, acababan casándose. Padre, esto es un cheque en blanco.

Y es que los secretarios, los tediosos y cumplidores secretarios, habían contratado a un novelista. Y a su mujer. Un novelista que todavía no había publicado una novela, pero que hacía unos argumentos de novelas de amor algo fantásticos. Siempre acaba casándose la pareja protagonista.

Y los secretarios les habían mandado a vivir al chalet, con el resto, con los de la agencia, para ver si entre todos lograban la novia. Y doña Luz que se llamaba la mujer del novelista y que era alta, fiera y bondadosa, nada más llegar, cogió las riendas de la casa. Y los socios fundadores de la agencia pasaron a segundo término, porque con doña Luz no había tío que discutiese. Y doña Luz era alta y fiera, pero estaba orgullosa de su marido y le cuidaba con ternura, esmero y cariño. Y don José era bajito, impertérrito, que siempre estaba en el cielo pensando, y que, no obstante, según luego ocurre, tenía unas ideas ingeniosísimas y poéticas sobre el amor y sus protagonistas.

Y Aurorita Ruiz, la niña tierna y triste de enfrente, riega las macetas y los geranios de sus balcones. Y va vestida de negro porque es huérfana y pálida. Y don José escribe un argumento para ella, para ella de primera protagonista y don Carlos de hombre enamorado de ella y que terminan, en el argumento, casándose los dos. Ya veremos.

Y comienza la novela de don José: «Erase una vez una princesa de ojos azules que regaba los geranios de sus macetas a las ocho en punto de la mañana todos los días. Y era muy

poquita cosa la princesa y también guapa. Y tenía muy poca suerte y estaba acomplejada de su soledad. Pero un día apareció un ciego y la señorita compró un cupón al ciego. Y el príncipe también compró otro cupón. Y al día siguiente el ciego le dio la suerte y la tocó el cupón. Y se puso muy contenta y tú no veas que contenta. Y todos los días la tocaban los cupones. Y la gente que pasaba por allí se paraba y gritaba la suerte de la princesa. Y eran tan grandes los gritos y las felicitaciones que la princesa fue cogiendo tanta moral que la salieron los colores y los ojos azules la brillaban y la tristeza se borraba de ella. Porque cincuenta y seis personas que todos los días pasaban por allí a las ocho de la mañana, cuando Aurorita salía la felicitaban y vociferaban su suerte, de que Aurorita tenía la suerte más grande del mundo. Y en estas condiciones no había persona que siguiera en sus trece de tristeza. Y así fué conociendo la princesa al príncipe y se enamoraban por minutos.»

Y así iba sucediendo en la realidad.

Se alquiló a un ciego.

Se alquilaron cincuenta y seis personas.

Y el ciego tenía por misión todos los días de dar el premio, el primer premio a Aurorita Ruiz. Y Aurorita Ruiz se lo creía todo porque era así. Y las cincuenta y seis personas que se alquilaron eran extras de cine. Y éstos tenían por misión el de llenar una calle. El de llenar una calle a las ocho de la mañana. El de llenar la calle de Aurorita cuando Aurorita salía todas las mañanas a las ocho y todos los días.

Y se llenó la calle a las ocho de la mañana. Y venían unos, como en las calles normales, venían unos en taxi, porque hacían de taxistas; otros en camiones, porque hacían de dueños de camiones; otros eran vendedores de globos; otros paragueros; otros eran solamente transeúntes; otros pescadores; otros vendedores de corbatas; otros eran

ciñistas de una carrera ciclista y que pasaban en aquel momento por allí, pero que luego daban la vuelta a la manzana y no paraban de dar vueltas persiguiéndose. Y todos, absolutamente todos, menos los ciclistas, cuando el ciego premiaba a la señorita Aurorita, todos se bajaban de sus taxis, de sus camiones, de sus corbatas, de sus globos y rodeaban a Aurorita, al ciego y a Ernesto. A Ernesto que era el hijo mayor de don Alfonso, el director de la agencia, que debidamente maquillado se parecía a don Carlos Buendía y hacía su misión de don Carlos Buendía, porque don Carlos Buendía era un hombre que no tenía tiempo y sólo iría a visitar a Aurorita en los momentos claves del amor.

Y Aurorita lloraba de alegría. Y todos los días volvía a comprar cupones y la seguía tocando. Y luego se hacía una cola larguísima, después que la había tocado a Aurorita. Y todos se ponían a la cola y compraban cupones al ciego. Porque los extras también compraban cupones al ciego, pero a ellos no les tocaba, ni tampoco a don Carlos. Y así más contraste. Ellos sólo tenían por misión el de gritar la suerte de Aurorita, el de felicitarla, el de animarla.

Y enfrente, en el chalet de don Carlos, la familia Rodríguez de Castro, la familia Góngora —su mujer y don José— y a veces don Carlos, cuando le permitía tiempo. Veían cómo se desarrollaba la escena e iban corrigiendo cosas para el día siguiente.

Y el primer día, aunque salió un poco fría la escena, hubo una pequeña fiesta en el chalet de don Carlos. Donde fueron convidados todos los extras. Todos los vendedores de globos con globos. Todos los paragueros con paraguas. Y los taxistas y los ciclistas. Y don José, que a todos sonreía, con seis centímetros de sonrisa, felicitaba y corregía vicios de la representación, del argumento. Y don José que a todos saludaba se hizo amigo del vendedor de globos y del ciego. De un vendedor de globos que tenía mucha vocación de vendedor de globos.

Y en el vendedor de globos había un amigo para don José.

Y en el argumento venía que un día, al tercer día, a don Carlos tenía que tocarle los cupones, para que no fuese tanta mala suerte la de don Carlos, porque Aurorita se podría escamar. Y así fue. Y Aurorita se alegró. Y ya, desde ese tercer día, salieron juntos. Salieron juntos Aurorita y Ernesto. Ernesto, porque todavía don Carlos seguía sin tener tiempo y no venía el día clave y cumbre.

—¡Y Luis, o te afeitas la barba o no me besas! ¡O la barba o yo!...

Y es que un día, Luis, el cuarto hijo de don Alfonso, había sido convidado al chalet. A una comida de inauguración de la casa. El, el obrero, el mecánico, el que no quería saber nada con su familia, el oveja negra, el independiente, había tenido que ir al chalet. Y Luis conoció, según él, a los otros dos locos. A don José de Góngora, el novelista y a su mujer. Y Luis, como era muy chulo y no quería trabajar con su familia, se picó. Porque todos los chulos se pican. Y por chulo se picó. Y don José le dijo que sus servicios le harían falta. Y Luis le contestó que estaba loco. Y don José le dijo que tenía facultades y que trabajase a sus servicios. Y Luis le contestó que estaba loco. Y don José, entonces, le dijo que se dejase la barba, una barba como de pintor bohemio. Y Luis le contestó que estaba loco. Pero como era chulo, se picó. Y don José le dijo que si le tenía miedo. Pero como era chulo, se picó. Y Luis le contestó que no tenía miedo ni a él ni a su padre. Y se dejó la barba. Crecer una barba de pintor bohemio y con ella iba a la fábrica.

—¡Pero mucho mejor que Rock Hudson, Mariano!... ¡Todo!... ¡Todo!... ¡Tu mirar, tu peinado, tus modales!... ¡Más grande que Rock!...

Y el amor entre los hijos de don Alfonso y las sirvientas de Aurorita iba en aumento. Y a la vez nos daban cuenta de cómo progresaban las relaciones entre ambos señoritos. Entre Aurorita y Carlos esta vez todavía Ernesto.

Y todos los días iban a desayunar al chalet del vendedor de globos y el ciego. Después del trabajo matutino. Y el vendedor de globos se llamaba don Bernardo y se hacía amigo de don Pedro, que es como se llamaba el ciego. Y don Pedro era el ciego alquilado, el que daba la suerte todos los días a la señorita Aurorita. Y charlaban con don José

de Góngora, al cual admiraban por sus ideas y talento y capacidad. Y don José también les admiraba a ellos, sobre todo al vendedor de globos con globos, que hay que ver cómo lleva los globos, con que garbo.

Y como sucede siempre y nadie sabe por qué, como sucede siempre llegó el día esperado. El día en el que el verdadero don Carlos tenía que charlar y acompañar a la señorita Aurorita. Porque hasta ahora siempre salía Ernesto. Y además porque llegaba el día cumbre y clave. Y don Carlos no tenía que maquillarse para ser don Carlos y así resultaba mejor y más real y más fácil. Y llegó el día en el que tenía que declararse.

Y don Carlos tuvo que escaparse de los tiranos, de los correosos secretarios. Porque verdaderamente eran unos tiranos y unos correosos. Y tuvo que escaparse de su férula para poder declararse, porque según opinión de ellos ese día tenía que inaugurar no sé qué primera piedra.

Aunque ya poco a poco don Carlos se iba escapando de ellos y encontrando poco a poco, tiempo.

Y como don Carlos tenía mala suerte y como la primera vez que pretendió salir con Lourdes Martínez ésta se murió, aquí ocurrió otra desgracia.

—¡Allí, en la esquina!... ¡Corramos, en la esquina!... ¡Qué bien!... ¡Todos!...

Y ésta fue que don Carlos salió paseando con la señorita Aurorita, y Aurorita, por una calle cualquiera, encontró a otro ciego, a un ciego. Y le compró cupones. Pero el ciego no era alquilado, no era conocido y se ponía la cosa muy negra.

—¡Todos los días, buen hombre!... ¡Vendremos todos los días!... ¡Y le compraremos todos los cupones!... ¡A la misma hora, buen ciego!... ¡Adiós, hasta mañana!... ¡Adiós!

Pero ahora quién iba a encontrar al ciego ése. Quién le iba a encontrar y alquilar. Porque Aurorita que debía toda su suerte a un ciego había prometido a este segundo ciego comprarle cupones todos los días, y que, claro, volvería al día siguiente.

—¡Y si no se siguen mis argumento... no vamos a parar a ninguna parte!... ¡Y si usted quiere tener novia me tiene que obedecer!... ¡Y usted no debió dejar que comprara al ciego!... ¿Quién es ese ciego?... ¿Quién conoce a ese ciego?... ¿Quién es ese ciego?...

Menos mal que al día siguiente no apareció el ciego. No se sabe de una manera clara el motivo. De si verdaderamente aquel día hacía mucho frío y el ciego, como era viejo, no estaba para esos grados, o de si fue obra de los esclavos de don José. De lo que estamos ciertos es de que no apareció. Pero Aurorita quería ver al ciego. Y una señora de la calle que la oyó les dijo que arriba, en la solana de su casa, también vivía un ciego y que estaría ahora en la solana de su casa. Y subieron con la vecina.

—Soy yo, buen hombre. Despierte. Despierte... Dígame, ¿me tocó, verdad?... Despierte... Dígame el número...

El ciego de la vecina de la solana estaba durmiendo en un camastro. Y también era viejo.

—Soy la señorita de ayer..., la que le compré los últimos cupones... Despierte... Dígame, buen hombre... Despierte...

Y el ciego tenía los ojos cerrados a todo. Aurorita le movió, le tocó y le hablaba.

—El sorteo de ayer... Despierte... Despierte...

Y el ciego abrió los ojos pero no veía. Se había despertado. Tenía mil arrugas en el rostro. No se daba cuenta de lo que ocurría.

—Yo..., soy yo... la señorita de ayer..., la que le compré los últimos cupones... Dígame..., ¿me tocaron, verdad? ¿Verdad?... Dígame... el número premiado...

El viejo, un poco más despierto, un poco más en la realidad, ahora se sorprendió con los ojos sin vista. Y aunque era un ciego no lo parecía de la expresión que tenía su rostro.

—Me tocó, ¿verdad?... Dígame: ¿me tocó?... ¿Me tocó?

Se apagó un fósforo, el que había encendido don Carlos. Entonces habló la vecina. Ahora nosotros no velamos al ciego.

—El no vende cupones. Es ciego, pero no vende cupones. Señorita..., atiéndame..., ¡no vende cupones!... ¡No vende cupones, señorita!... ¡No debe ser su ciego, señorita!

—¡Hable!... ¡Hábleme!... ¡Por favor, buen hom-

bre...! ¡Dígame!... ¿He ganado el premio?... ¿He ganado el premio?...

A oscuras. La solana era negra. Don Carlos no acertaba a nada. Sí, gritaba. Aurora gritaba. Y volvió a hablar la vecina.

—No da premios, señorita. No vende cupones este ciego. Fue culpa mía, señorita. Lo siento. Creí que buscaban a este ciego. Lo siento; créame que lo siento.

Y es que el ciego dé la solana de la casa de la vecina no vendía cupones. El sólo hacía barcos de madera. Y es que la vecina creía que buscaba a su ciego.

Y Aurorita se quedó otra vez triste, porque aquel día no la había tocado el cupón.

Y es que Aurorita ya no podía pasarse sin el cupón de cada día.

Y al día siguiente por la mañana, cuando no la veía nadie—eso creía—salió por la ciudad y compró cupones a todos los ciegos que encontró, y compró números de todas las rifas que vio y boletos de todos los sorteos que asistió y de todas las rifas y de todos los mercados. Y cosa extraña. La función, el sorteo, la rifa, no habían sido preparados. Y, sin embargo, que esto era lo bueno, a Aurorita la tocaba y salía premiada. Que Aurorita tenía verdadera suerte. Tenía suerte propia. Suerte suya. Mucha suerte. Y ella compraba y compraba. Pero ella no sabía nada de nada. Ella veía natural que la tocase, como con el ciego de por las mañanas, en su calle.

Y por la tarde se lo contó a don Carlos. Y don Carlos vio que verdaderamente era verdad. Que sin ayuda de nadie ella tenía suerte. Y como don Carlos tenía un gran corazón empezó a hablar:

—Usted tiene suerte, Aurorita. Su suerte es suya. Perdona. Tienes la suerte de todo el mundo, mas que todo el mundo.

Y Aurorita puso una cara de extraña. Y don Carlos siguió hablando.

—...Era mentira, sabes... Pero ahora no. Te habíamos engañado. Ahora no. Cuando comprabas al ciego de tu calle, te engañábamos, hacíamos trampa, el ciego era amigo nuestro, le pagábamos nosotros el premio. Y todos lo fingíamos. Pero ahora no, Aurorita. ¡Te veíamos tan triste y tan pálida! Luego ibas cambiando. Te fuiste animando. Y tú lo creías porque eres buena. Y nosotros te dejábamos. ¡Yo también hacía esa mentira tan gorda! ¡Pero ahora, no, Aurorita! ¡Esto no ha sido obra nuestra! ¡Es que tú tienes suerte! ¡Mucha suerte!... ¡Alégrate!... ¡Alégrate!... ¡Qué feliz eres, tienes mucha suerte!... ¡Sabes, te quiero!... ¡Mucho, Aurorita!... ¡Y soy también muy feliz!... ¡Aurorita!... ¡Aurorita!...

Y Aurorita al principio quedó en silencio. Pero vio que era mejor lo que la ocurría. Todavía mejor. Y se puso contenta y alegre y reía y se agarraron de las manos y daban vueltas alrededor. Y en la locura de los premios los dos se querían a su manera.

Y emborrachados de alegría y de gozo y de suerte, corrieron hacia una rifa donde sorteaban marranillos, cochinillos. Y don Carlos estaba tranquilo porque Aurorita se había comprobado aquella mañana que tenía suerte, suerte propia y muy grande. Y pidieron boletos. Y salió premiado. Como era natural. Y se llevaron el cochinillo. Pero les llamaron. Se habían equivocado los hombres de la rifa. Los boletos de Aurorita no correspondían a aquella rifa, aquel sorteo. El cochinillo pertenecía a otras personas. Y Aurorita no se quedó triste porque esperó al sorteo de sus boletos. Y dieron vueltas las furiosas ruletas de la suerte. Y Aurorita esperaba otra vez complacida en su suerte. Y no. Y no. No la tocó. Y era su sorteo. Pero no. No. No la tocó.

Y un poco loca empezó a comprar boletos y más boletos y más boletos. Y los sorteos se sucedían a una velocidad de relámpago y de vértigo también. Pero no salían premiados. Ninguna vez salieron premiados. Y Aurorita echó a correr de vergüenza y de tristeza y de ser la misma que había sido siempre y también de miedo y de amor.

Y don Carlos, el auténtico don Carlos, quedó como una escultura de piedra. Ni se movió. Y no se movió también por la tristeza, por la poca suerte, por ser las cosas como habían sido siempre, de tener muy poca suerte, muy poca, y también de miedo y de amor.

Y a lo lejos desaparecía Aurorita y su suerte. Y corría.

Y es que el amor no se podía mecanizar.



Y es que el amor resultaba que era otra cosa.

Y cuando nos dejan solos nos morimos.

Y unos empleados de una casa de mudanzas metían en el vientre del grandioso camión los muebles del chalet de don Carlos. Y eran las ocho de la mañana.

Y aunque era esa hora, Aurorita no regaba los geranios. No la veíamos.

En la calle, cerca del camión de mudanzas, sentados en tres camas, los señores de Góngora, de Rodríguez de Castro, el vendedor de globos con globos, el ciego y un gato. En la primera cama, doña Luz y don José. En la segunda, la familia Rodríguez de Castro. En la tercera, el vendedor de globos y el ciego. Debajo de la cama tercera, el gato. El gato del chalet que, como los demás,

había sido expulsado. Todos, compugidos, derrotados, abatidos. En el fondo no es la tristeza material del fracaso. Del fracaso de la agencia. Lo que les duele es el fracaso de la amistad de los enamorados, la pareja y ellos.

Solemnemente en silencio los empleados van depositando los muebles en el camión de mudanzas.

Ahora sólo quedan dos camas. La tercera la van depositando en el camión. Los amigos de don José, don Bernardo y don Pedro, se han colocado en la cama de la familia Rodríguez de Castro. El gato también se ha trasladado, indolentemente, tristemente, cansadamente, debajo de la cama.

Ahora salen al balcón del chalet de Aurorita. Ella no es. Son las criadas que van a regar los geranios. Los novios, Mariano y Alfonsito, corren hacia el chalet. Ellas no les hacen caso. Terminan de regar y cierran los balcones. Mariano y Alfonsito vuelven a su cama. Pero ya no está la segunda cama. La han subido al camión. Sólo queda una cama. En ella todos. Hasta el gato que, indolentemente, muy seriamente, dio sus pasos hasta colocarse debajo de la primera y única cama. Mariano y Alfonsito se sienten como los demás. No habla nadie. Al vendedor de globos no le vemos. Vemos únicamente sus globos. Sus globos que sobresalen por encima de las cabezas. Y lloran tristemente un balanceo del viento. Todos cercan y amurallan la cama. Pero ahora ya se acercan los empleados del camión de mudanzas. Parecen inhumanos. Con la tristeza y pesadumbre que hay allí. Llegan y agarran cada uno de ellos por una pata de la cama. Esta no se mueve. Hay mucho personal metido. Aunque los globos contrarresten.

—Señora... señora... señora, por favor... Vamos a llevar la cama. Por favor...

Y solamente tienen fuerza para mirarles. Nada más. No obtienen contestación.

—Por favor, señora..., la cama... Hagan el favor, ustedes...

Y ya no tienen ni fuerza para mirarles. Y se quedan como están. Y el gato igual.

—Necesitamos la cama..., es la última...; nos falta ésta nada más...

Y los empleados, sin contemplaciones, sujetan las patas con sus brazos y la suben en alto. Ya la van a llevar de esta forma, cuando...

Aparece Aurorita. Está en la acera opuesta, en la verja de su chalet. Todos se paran. Nadie se mueve. Nadie habla. Sólo silencio. Aurorita echa a correr hacia ellos. Y se echa en el regazo de doña Luz. Y llora. Y se desahoga. Y llora otra vez. Y sigue desahogándose.

—Vamos a llevar la cama, señoras... Hagan el favor...; por última vez.

Y la situación era aún más embarazosa que antes. Mucho más. Anda.

—¡Fuera!... ¡Fuera!...

Y gritaron todos. Y gritó el vendedor de globos subido en la cama y moviendo los globos con ira, como si los globos tuviesen ira.

—¡Fuera!... ¡Lárguese!... ¡Fuera de aquí!

Y el gato también tenía ira. Bueno, más ira que los globos. Y gritaban:

—¡Váyanse de una vez!... ¡Venga, váyanse!...

—...es lo único que falta...: la cama...

—¡De una vez, márchense!... ¡Largo! ¡Fuera!...

—¡La cama!...

—¡Fuera!!

Y los empleados, sin comprender, se marcharon. Y los señores de la agencia miraban a Aurorita como perritos. Y también el gato miraba a Aurorita como un perrito. Y Aurorita lloraba y decía que le quería, a don Carlos, y que le quería mucho. Y doña Luz la respondía y la animaba y decía que también, que don Carlos también la quería. Y los globos del hombre de globos seguían moviéndose, pero ahora de alegría y de gozo. Y el gato. Y el gato con cara de perro no movía la cola como los perros llenos de satisfacción y si

como los gatos. Y todos en la cama. Allí en la calle. Solos.

Y así fue como se convirtió el cuento en colorín colorado.

Y Aurorita se le ocurrió una idea.

Y fué en el aeropuerto. Cuando un avión entró en pista y bajó por la escalerilla don Carlos. Y venía con su sastre pegado. Y quitándole hilvanos y haciéndole respuntes y marcándole con jaboncillo. Y se dirigieron a la oficina volante que don Carlos, como hombre de negocios, debía tener. Y tenía. Y a mitad de camino, en la misma dirección, estaba un ciego. Don Pedro. El ciego alquilado. Y cuando pasó don Carlos el ciego le dijo que le había tocado la lotería, los cupones. Y don Carlos, como ya no era don Carlos ni nada no se enteró. Y el ciego:

—¡Le ha tocado!... ¡Don Carlos, le ha tocado!... ¡Ha salido su número!... ¡Don Carlos!... ¡Don Carlos!...

Pero como el abatimiento y pesimismo son siameses se habían hecho, encima, hermanos de don Carlos. Y don Carlos no vuelve en sí. A pocos pasos del ciego está Aurorita. Parece la misma escena de la calle, cuando la tocaba la suerte a Aurorita. Exactamente la misma escena. Ahora don Carlos hace de Aurorita, y como Aurorita en tiempos, no se da cuenta, y Aurorita le llama.

—¡Le ha tocado!... ¡Le llama el ciego!... ¡Vuelva!...

El ciego echó a correr y chocó con don Carlos. Don Carlos, por fin, le vio.

—¡Sí, don Carlos..., le tocó! ¡El primer premio! ¡Qué suerte tiene!...

Y don Carlos le vio e iba volviendo en sí y se transformaba. Y la sorpresa al ver a Aurorita no le dejaba hablar.

—¡Qué feliz!... ¡Qué feliz!... ¡Qué suerte la de usted!...

Y fue entonces cuando cincuenta y seis personas salieron no sé de dónde, y formando una calle, gritaban la suerte de don Carlos. Y entre ellos los ciclistas. Y los taxis. Y los camiones. Y los globos y sus dueños. Y las corbatas y sus dueños. Y los paraguas se abrían. Y los transeúntes pasaban. Y los ciclistas daban vueltas alrededor de los taxis y de todo el mundo. Y todos en la pista de aterrizaje del aeródromo. Y los taxis iban y volvían. Y todos movían todo. Y vociferaba todo el mundo. Y Aurorita le quitaba los hilvanos con verdadera satisfacción y cuidado. Y don Carlos se dejaba deshilvanar cariñosamente. Y allí todo se deshilvanaba.

Pero en esto, como en las novelas buenas de miedo, aparecieron los secretarios. Con papeles y documentos y folios a firmar. Y entraron en la calle de la Alegría, en el corro. Y desaparecieron entre el corro. Y ahora comenzaron a volar papeles y documentos y folios. Y luego volaron los secretarios y el sastrecillo impertinente. Y don Carlos se hacía independiente. Y don Carlos encontraba tiempo. Y novia. Y amigos. Y globos. Y paraguas. Y un gato, porque nuestro amigo gato, el de cara de perro y cola de gato, también estaba allí.

¡Y hala que bien!

Y los secretarios subieron al avión y subió el sastrecillo impertinente. Y el sastrecillo impertinente y disgustado invitó, desde la portezuela del avión, a don Carlos a que subiera, a que le siguiera. Y no. No. Don Carlos, no.

¡Y hala que bien!

Y don José de Góngora y a su lado su mujer, contemplaba esta escena y todo. Y sonreía con ocho centímetros de sonrisa.

Y ahora Aurorita hilvanaba a don Carlos. Y don Carlos hilvanaba a Aurorita. Y el gato con cara de perro y cola de gato, nada. Dio una vuelta por allí y se marchó.

Y todo fue porque era un hombre que al final encontró tiempo.

Y aquel día era un día que si hubo puesta de sol

SUSCRIBASE A

«EL ESPAÑOL»

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

PROSPERIDAD SIN INFLACION

Por **Arthur F. BURNS**

LA enorme influencia que las circunstancias económicas tienen sobre la vida de un país en nuestros tiempos ofrece quizá su exponente más inequívoco en los Estados Unidos, lo que explica, por otra parte, la atención y el estudio que merece allí todo lo relacionado con problemas tales como la inflación, la deflación, el paro y la recesión. De estos temas, y sobre la necesidad de evitar por todos los medios la inflación, pese a sus engañosas apariencias, se ocupa nuestro libro de esta semana en el que uno de los principales economistas norteamericanos, Arthur F. Burns, presidente del National Bureau of Economic Research y profesor de la Universidad de Columbia, aclara en pocas páginas, pero con abundancia de ideas, todo el proceso económico de los Estados Unidos, tanto en estos momentos como en el último cuarto de siglo. El texto de la obra está sacado de unas conferencias que Burns pronunció en la Fordham University.

BURNS (Arthur F.): «Prosperity without Inflation, Economic Books». Emith, Kellenes. Marshall Publishers. Nueva York, 1958.

EL esfuerzo por conseguir el mejoramiento económico, experimentado actualmente en todas las partes del mundo, ha sido una fuerza dominante en la historia de los Estados Unidos. El trabajador norteamericano no se ha conformado con unos buenos ingresos o con un desahogado nivel de vida, sino que ha tratado de mejorar sus posibilidades, de aumentar su renta y de elevar las condiciones de existencia de su familia. El típico hombre de negocios no se siente satisfecho con dirigir una empresa eficiente, sino que busca la manera de equiparla con el más moderno material, de mejorar su producción y sus servicios y de aumentar las rentas. El inversionista característico no se ha contentado nunca con modesto interés sobre seguras inversiones, sino que ha arriesgado voluntariamente el capital para crear oportunidades económicas, explorando para ello nuevos procesos, experimentando nuevos productos, desarrollando nuevas posibilidades y fomentando nuevos mercados.

LA INFLACION Y LA DEFLACION EN LA ECONOMIA AMERICANA

Nuestra economía se ha desarrollado rápidamente porque teníamos fe en nosotros mismos, porque habíamos sido capaces de desarrollar instituciones que alentaban el espíritu de empresa y recompensaban la eficacia, porque hemos creído lo suficiente en el progreso como para destinar parte de nuestros ahorros a la ampliación de las instalaciones industriales y como para conocer debidamente

todo lo que es necesario para una población afortunada y creciente.

Los americanos creen hoy predominantemente en el progreso económico por medio de la empresa libre y competitiva, al igual que lo creían nuestros padres. Pero también creemos que el progreso no debe avanzar ahora tan caprichosamente como en el pasado. Entre 1854 y 1954 nuestra economía experimentó 24 oleadas de expansión seguidas por períodos de contracción. La mayor parte de estos retrocesos del crecimiento económico fueron breves y suaves. No obstante, algunos de ellos fueron serios, como el de 1857-58 y el de 1907-08, y otros, además de largos, graves, como los de 1870, 1890 y 1930. En dondequiera que se produce una depresión económica, las gentes comienzan a preocuparse de sus prójimos menos afortunados. Las sociedades de beneficencia completan estos esfuerzos personales distribuyendo provisiones a los necesitados, y también los gobiernos locales facilitan de vez en cuando determinadas ayudas. Tales medidas son, sin embargo, incapaces en muchos casos de remediar las numerosas necesidades. Algunas veces, incluso, aumentan el sentimiento de degradación producido por el paro y además no hacen nada por impedir el que se produzcan las crisis económicas. Todos estos esfuerzos no son suficientes para atender a los requerimientos de una sociedad, que, sometida al proceso de una rápida industrialización, ha aprendido también la manera de expresarse sus aspiraciones de una vida mejor por medio de las urnas electorales.

El concepto de la responsabilidad del Gobierno para moderar las fluctuaciones económicas es algo que se ha ido desarrollando progresivamente como resultado de una dura experiencia. Al comienzo del siglo, los organismos públicos buscaban ya el modo de enfrentarse con las fases más dramáticas de nuestro ciclo económico, como ocurrió en las medidas destinadas a impedir las crisis financieras durante los años 1893 y 1917. Los violentos movimientos de precios provocados entre 1914 y 1921 estimularon a las autoridades del recién organizado Federal Reserve System a ocuparse durante los años veinte de moderar las fluctuaciones de precios, con la esperanza de que el ciclo económico pudiera ser domesticado en cierto modo durante su evolución. Después del derrumbamiento de la Bolsa en 1929, la actividad económica declinó considerablemente durante algunos meses, el paro alcanzó proporciones hasta entonces desconocidas y el descontento general aumentó. Extensas medidas del Gobierno para estimular la restauración del empleo, la producción y los precios se hicieron inevitables. Y éstas fueron tomadas primero bajo la Administración Hoover y más tarde, en una escala mucho mayor, por la Administración Roosevelt.

El paro desapareció, finalmente, durante la segunda guerra mundial, pero la memoria de sus devastaciones en 1930 no fueron olvidadas. Cuando la guerra se aproximaba a su fin, una gran pre-ocupación se produjo porque un paro masivo se provocase una vez que fueran desmovilizados los

millones de hombres enrolados en las fuerzas armadas, así como los que trabajaban en las empresas privadas destinadas a la producción de mercancías bélicas. Para responder a la determinación nacional de que esto no debía ocurrir jamás, el Congreso aprobó, con una mayoría aplastante de los miembros de nuestros dos principales partidos, la «Employment Act» de 1946, que solemnemente declara que el Gobierno federal tiene una responsabilidad continua de aplicar todas las medidas posibles para fomentar la libre empresa, impedir o suavizar las fluctuaciones económicas y de fomentar el máximo empleo, la producción y el poder adquisitivo.

EL IMPACTO REVOLUCIONARIO DE LA «EMPLOYMENT ACT»

La «Employment Act», nuestra ley contra el paro, acusa un cambio revolucionario en nuestro pensamiento político y económico. Solamente hace una generación, los hombres que se ocupaban de cuestiones económicas se caracterizaban por la opinión de que lo mejor era permitir que las tormentas que ocasionaban las depresiones económicas se desarrollasen ellas solas. Sabían, naturalmente, que el paro y las ruinas comerciales aumentaban entonces considerablemente, y deploraban estas circunstancias, por lo que persistentemente abogaban por la estabilidad económica y la evitación de las alzas rápidas. Ahora bien, una vez que se producía la recesión, opinaban decididamente que el Gobierno no debía tomar ninguna medida de largo alcance para contrarrestar la decadencia económica. Como respuesta a las propuestas de este género, a menudo adoptaban la posición de que la adversidad económica estimula a las gentes a la austeridad y a la actividad, que sirve para readaptar o eliminar a los trabajadores ineficaces y las empresas inútiles y que el progreso económico es fomentado durante este proceso. Permitir al Gobierno que elevase lo suficiente sus impuestos para cubrir los gastos, permitir a los bancos que mantuviesen la presión sobre las firmas comerciales para que éstas liquidasen sus excesivas existencias y evitasen atrevidas empresas operatorias, permitir a las firmas débiles financieramente desenvolverse modestamente, dejar a la gran masa practicar una mayor austeridad; he aquí todas las medidas, por increíbles que hoy nos parezcan, que se ponían entonces para curar la depresión económica que se producían favorablemente hace veinte o treinta años.

La gran depresión de 1930 y las perturbaciones internacionales de los años posteriores nos obligaron a los más de nosotros a revisar nuestras ideas económicas. Por nuestras observaciones personales o por nuestras experiencias hemos aprendido que los trabajadores confiados en sí mismos, así como los obreros fijos, pierden su empleo cuando decae la actividad comercial apreciablemente, que en estas circunstancias, empresas bien dirigidas siguen a menudo a las ineficaces en la bancarrota. Hemos aprendido que durante la depresión muchos hombres pierden la fe en sí mismos y algunos incluso la fe en nuestras instituciones políticas y económicas. Hemos aprendido que el progreso económico es un arma poderosa en la lucha ideológica que últimamente han emprendido las inteligencias humanas de distantes países, y que la continuación de la prosperidad es nuestra mejor respuesta a la profecía marxista de la crisis y la catástrofe de nuestra libre economía. También hemos llegado a reconocer que en una edad de revuelo internacional como la nuestra, los ingresos fiscales, los gastos y las transacciones de la deuda son muy considerables, y que por ello es utópico suponer que cualquier gobierno puede o debe permanecer mucho tiempo como un factor neutral de nuestra economía.

EL PAPEL DEL GOBIERNO EN LAS CRISIS

Aunque nuestra capacidad para limitar recesiones e impedir depresiones no se haya todavía demostrado plenamente, hemos realizado considerables progresos en la comprensión de las fluctuaciones económicas y hemos sabido aprovechar la lección que nos han dado los fracasos del pasado. Ningún Gobierno actual toleraría la destrucción de una tercera parte de las existencias monetarias nacionales durante un período de actividad económica depresiva. Ahora bien, esto es lo que ocurrió precisamente en el otoño de 1929 y en la pri-

mavera de 1933. Ninguna autoridad monetaria es probable que repita en un próximo futuro el error del Federal Reserve System en el otoño de 1931, cuando, frente a un temor general y una creciente perturbación, permitió que se produjese una restricción de créditos. Tampoco la ineficacia de las medidas que modificaban esta restricción, dadas en 1932, se escapa de la atención de los observadores experimentados. No es suficiente aumentar la disponibilidad y reducir el coste del crédito durante una fase declinante del ciclo comercial. Para que tal acción sea eficaz es necesario que el nivel de confianza del consumidor y de los negocios sea amplio. Esta condición es mucho más probable que se de en la primera fase de la contracción comercial que en un período avanzado, sobre todo si el Gobierno persigue una política que no fomenta la iniciativa individual.

Si la prosperidad es floreciente, las gentes deben tener confianza en su futuro económico y en el de su país. Esta verdad básica fue olvidada durante 1930, en el momento de buscar nuevas ideas económicas y prácticas. En los cinco años que van de 1932 a 1936, el paro alcanzó su cifra más baja, con sus nueve millones de parados, lo que constituía un 17 por 100 de la mano de obra, mientras que su cifra más alta fue la de 13 millones, o sea, un 25 por 100 de la fuerza laboral. La existencia de un paro tan extenso no impidió al Gobierno federal de imponer nuevos pesados impuestos. Las exenciones sobre el impuesto sobre la renta bajaron de 3,500 dólares a 2,500 para personas casadas.

La «Revenue Act» de 1932 dispuso las más pesadas de estas cargas fiscales, pero leyes posteriores agregaron nuevas cargas, en rápida sucesión, durante los años 1934, 1935 y nuevamente en 1936. Las gentes no estaban preparadas para medidas fiscales de esta severidad. Los nuevos impuestos caían sobre el poder adquisitivo tanto de consumidores como de las Empresas en unos momentos en que la producción y el empleo estaban seriamente comprometidos. Las cosas se pusieron todavía peor cuando se difundió el temor de que el sistema fiscal se iba a convertir en un instrumento para la redistribución de la renta e incluso en un elemento punitivo del éxito. Considerablemente aumentados los gastos federales y los préstamos, siempre acompañados por nuevos y mayores impuestos, comenzaron a producirse grandes preocupaciones en las mentes de los hombres e inversionistas sobre el futuro económico del país. En la atmósfera de incertidumbre dominante, muchas de las leyes constructivas de aquellos años fueron lamentablemente comprendidas y vistas además con sospecha. La innovación y la inversión languidecieron. La eficacia del programa extensivo de recuperación, patrocinado por el Gobierno, se redujo considerablemente. Aunque las condiciones económicas mejoraron globalmente, la actividad comercial permaneció estancada y el paro era todavía muy numeroso mucho más tarde; concretamente en 1940 disponíamos de ocho millones de obreros sin trabajo.

Desde las tormentas y la angustia de nuestra economía en 1930 ha sido posible sacar nuevas fuerzas en los años recientes. La seguridad de los depósitos bancarios y de las cuentas de ahorro y préstamos, las moratorias amortizables a largo plazo, los seguros contra el paro y los ingresos fiscales, que han respondido sensiblemente a las variaciones de la renta nacional, todos ellos instrumentos automáticos para parar el rápido desarrollo con que actúa la recesión, son el legado de la última década. Más importante todavía es la formación de una actividad mental que se niega a aceptar pasivamente las estrecheces del ciclo económico o los medios consagrados para tratar hasta ahora las recesiones.

PROSPERIDAD SIN INFLACION

El pueblo americano se muestra unánime sobre los objetivos económicos a alcanzar: un empleo alto y estable, proporcional a las disponibilidades laborales, una producción creciente, una mejora del nivel de vida y una equilibrada estabilidad de precios para el consumidor. El Gobierno federal se ha esforzado por conseguir estos objetivos, aunque siempre fiel a la idea de que la prosperidad no puede ser ordenada o garantizada por los funcionarios administrativos.

La prosperidad nacional descansa esencialmente en la empresa individual, que busca su mejora, la de sus familias y la de su comunidad. Depende mucho más de los ciudadanos que de lo que haga o

pueda hacer un Gobierno. No obstante, el Gobierno puede influir significativamente en el curso de nuestra economía por medio de una política que estimule a los ciudadanos privados a actuar de manera que se consolide la prosperidad conseguida. Considerable éxito han conseguido los esfuerzos gubernamentales durante los últimos años para mantener un ambiente favorable al aumento de la producción, la expansión del empleo y la elevación del nivel de vida. El poder adquisitivo de los dólares del consumidor no se ha logrado, sin embargo, mantener. No hay que olvidar, a pesar de ello, que la elevación de los precios ocurrida desde 1954 es muy suave si se compara con lo ocurrido en el pasado. Teniendo en cuenta la rigidez que ha caracterizado el nivel de los salarios y el de los precios —aunque ésta haya sido algo menor durante la contracción económica—, una reducción mayor todavía de la subida de precios debe intentarse durante la expansión económica con el fin de evitar en el futuro una inflación ascendente.

Ante una recesión, la actitud general del Gobierno se muestra a la altura de todo lo que exigen las circunstancias, pero no es de esperar que si se desarrollan condiciones inflacionistas como resultado de los estimulantes aplicados, estas nuevas circunstancias sean tratadas como se merecen. Por otra parte, si se dan condiciones inflacionistas, no es probable que el Gobierno actúe con el mismo espíritu que lo hace si surge una recesión como resultado de sus medidas restrictivas, tanto más cuanto que las dificultades son atendidas en este caso dentro de la estación buena. Por todo ello, la política debe ser lo suficientemente flexible como para que, permitiendo tomar todas las medidas que sean razonables para contener la inflación, no sean tan severas como para producir un cambio radical y causar una nueva recesión.

Nuestro ambiente económico y político se ha visto radicalmente transformado durante el último cuarto de siglo. Las graves depresiones no son ya más que la amenaza de lo que fueron alguna vez, mientras que la inflación ascendente se ha convertido en un aspecto crónico de nuestra historia reciente y en una creciente amenaza para el bienestar de millones de personas. No sólo no es necesaria una ascendente inflación para la continuidad de la prosperidad, sino que puede convertirse con el tiempo en un grave obstáculo, ya porque la inflación se escape de la mano, ya porque la inflación continúe durante muchos años su gradual consumición del portamonedas de los ciudadanos, hasta el punto de que su preocupación por la inflación sea de tal género que se sientan incapacitados ante una recesión a apoyar los esfuerzos gubernamentales para restablecer la situación. Todas estas cosas se comprenden hoy mucho mejor que hace algunos años. La verdad es que las gentes no aplican el mismo sentido de justicia a las víctimas de la inflación que a las víctimas del paro.

Si nosotros, por lo tanto, queremos comprender la inflación, lo primero que tenemos que hacer es conseguir que la opinión pública llegue al convencimiento de que ésta necesita una solución. Ahora bien, debemos también reconocer la miopía de nuestra política reciente y tratar por ello de mejorar las medidas tomadas, porque aunque necesaria y útil la existencia de un presupuesto equilibrado y de una política monetaria restrictiva para la lucha secular contra la inflación, resulta dudoso que solamente estas medidas sean capaces de apartar la amenaza de la misma.

Un empleo razonablemente total y un nivel razonablemente estable de los precios no es algo totalmente incompatible. A menudo hemos estado en el pesado muy cerca de este ideal, y nuevamente hemos estado muy próximos durante los años que van de 1952 a 1955. Los asuntos tratados en este libro —explicito reconocimiento de la estabilidad razonable de precios entre los objetivos de la «Employment Act», mejoramiento de la labor práctica de nuestras políticas monetaria y fiscal, reducción de prácticas monopolísticas y una mejor estructuración política económica— no son alcanzados sin un grande y continuo esfuerzo. Ahora bien, creo en lo cierto si pienso que estas medidas mejorarán significativamente nuestras posibilidades de mantener un nivel razonablemente estable de los precios y un buen empleo total, circunstancias todas ellas que bien merecen el esfuerzo de conseguirlas.



PROFIDÉN, es "como de casa"

Son ya muchos años
haciendo «más sanas
nuestras sonrisas».
PROFIDÉN es el buen
consejero de higiene dental
de la familia
¡Y que bien vá!

La Crema Dental Científica
PROFIDÉN, además de limpiar
los dientes maravillosamente
sin dañarlos, mantiene las encías
sanas y sonrosadas
y presta a la boca
un sabor fresco y agradable.

Para PROFIDÉN una cosa es sagrada:
La salud de la boca de sus consumidores

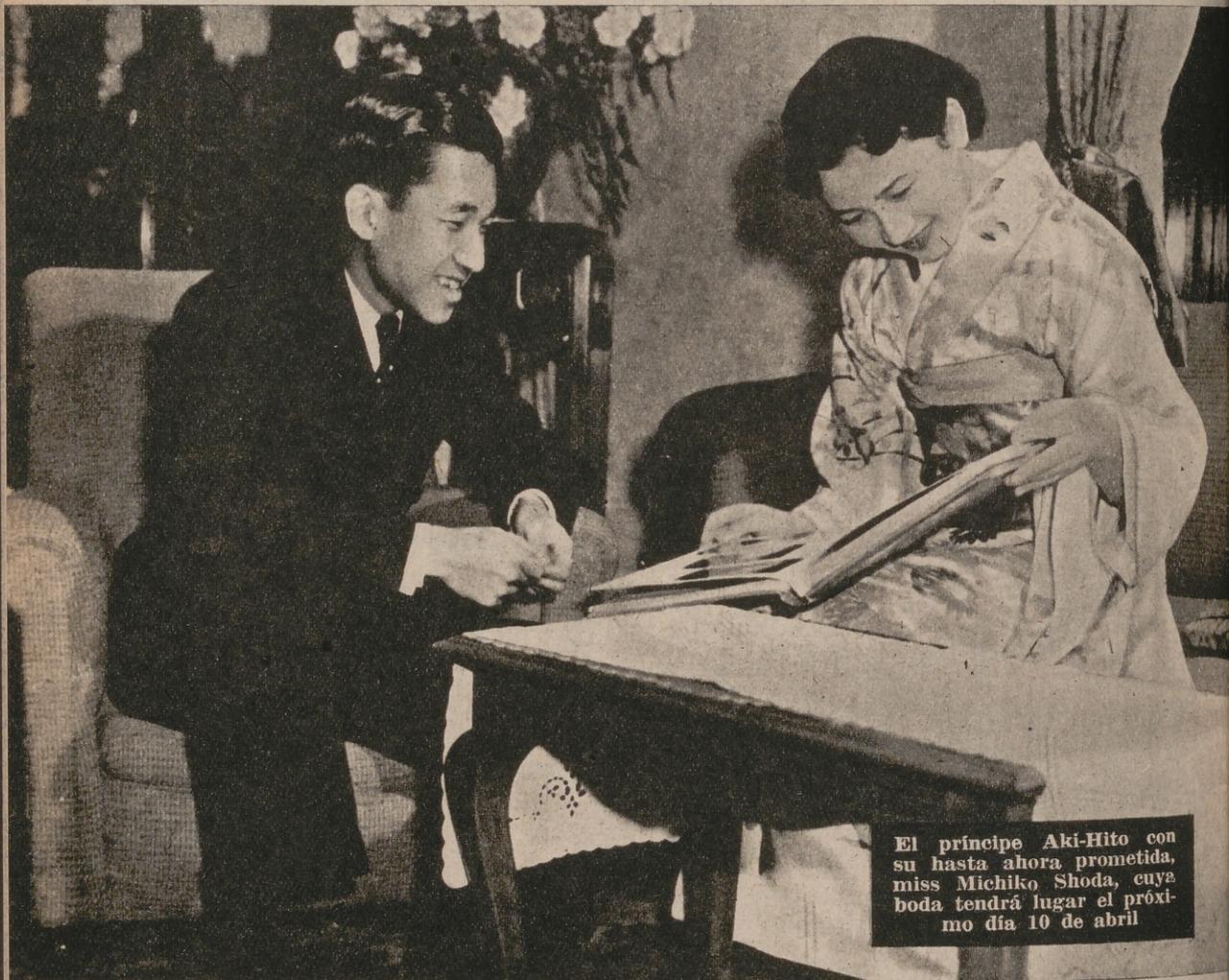
**CUANTO MAS ENSAYE,
MAS Y MAS PREFERIRA**

PROFIDÉN

LABORATORIOS PROFIDEN, S. A.
INVESTIGACIONES Y PREPARACIONES ODONTOLÓGICAS

BODA EN EL PALACIO DE TOKIO

MICHIKO SHODA, HIJA DE COMERCIANTES; AKI HITO, HEREDERO IMPERIAL



El príncipe Aki-Hito con su hasta ahora prometida, miss Michiko Shoda, cuya boda tendrá lugar el próximo día 10 de abril

UN CAPITULO ROMANTICO QUE CONFIRMA UN CAMBIO SOCIAL

LA profesora norteamericana Elizabeth Gray, que desempeñó las funciones de tutora del príncipe imperial Aki Hito durante la infancia del heredero japonés, solía repetir una y otra vez:

—La mujer que se case con Aki Hito ha de ser inteligente; tiene que tratarse de una muchacha que posea una personalidad acusada.

Michiko Shoda, la elegida del príncipe, parece exactamente la persona ideal. Atractiva, segura de sí misma, con excelentes dotes intelectuales, ha desarrollado una agradable y simpática personalidad.

—Es una joven modesta, pero sin la artificial e inexistente timidez de las japonesas. Sabe siempre cómo tratar a la gente —opina de ella uno de sus profesores.

Todas estas dotes personales han contribuido a que sea posible su boda con el futuro emperador del Japón. Su gracia especial, su belleza también y su habilidad para tratar cualquier tema han hecho que fuese escogida por delante de mil jóvenes de sangre azul para sentarse en el trono japonés. De esta manera se ha roto una tradición de dos mil seiscientos años, durante los cuales nunca un miembro ajeno a la nobleza emparentó con la familia imperial.

Para los 47 millones de mujeres japonesas esta boda, que se celebrará el próximo 10 de abril, en el Palacio Imperial de Tokio, no es solamente el capítulo de una romántica leyenda, sino, también, la confirmación definitiva de un cambio social que se ha venido

registrando en el país desde que en 1945 el Monarca Hiro Hito habló por vez primera a sus súbditos. Hasta ese momento, nunca los japoneses tuvieron ocasión de oír la voz de uno de sus Soberanos, revestidos con los atributos de la divinidad. Entonces el Emperador habló por los micrófonos de la radio para anunciar la rendición incondicional. La derrota iba a hundir muchos conceptos políticos y sociales, pero iba, igualmente, a dar paso a un nuevo Japón.

Entre lo nacido después hay que contar los modernos derechos reconocidos a la mujer. Esta boda real en el palacio de Tokio, envuelto por gigantescos pinos seculares, tras el puente medieval de Nijubashi, es el colofón de un joven romance sentimental y el



Los Emperadores del Japón reciben los homenajes de los altos dignatarios y autoridades el día de la proclamación del príncipe Aki-Hito

espaldarazo definitivo a la nueva situación que las japonesas ocupan en su país.

UN TERREMOTO, PUNTO DE PARTIDA

Lo que este enlace matrimonial condena definitivamente son los preceptos del antiguo código "Onna-Daigaku", redactado en el siglo XVII que marcaba rigidamente los deberes de la mujer japonesa. En él se decía que los cinco pecados capitales que podía cometer una mujer eran los de la indocilidad, murmuración, calumnia, celos y simpleza.

La misión de la mujer era entonces tan sólo dar al país hijos: no hijas. Durante doscientos cincuenta años se mantuvo estable la población debido al infanticidio cometido contra las hembras. Las que se salvaban de este cruel destino y luego se entregaban a la prostitución para ayudar económicamente a sus padres, eran al-

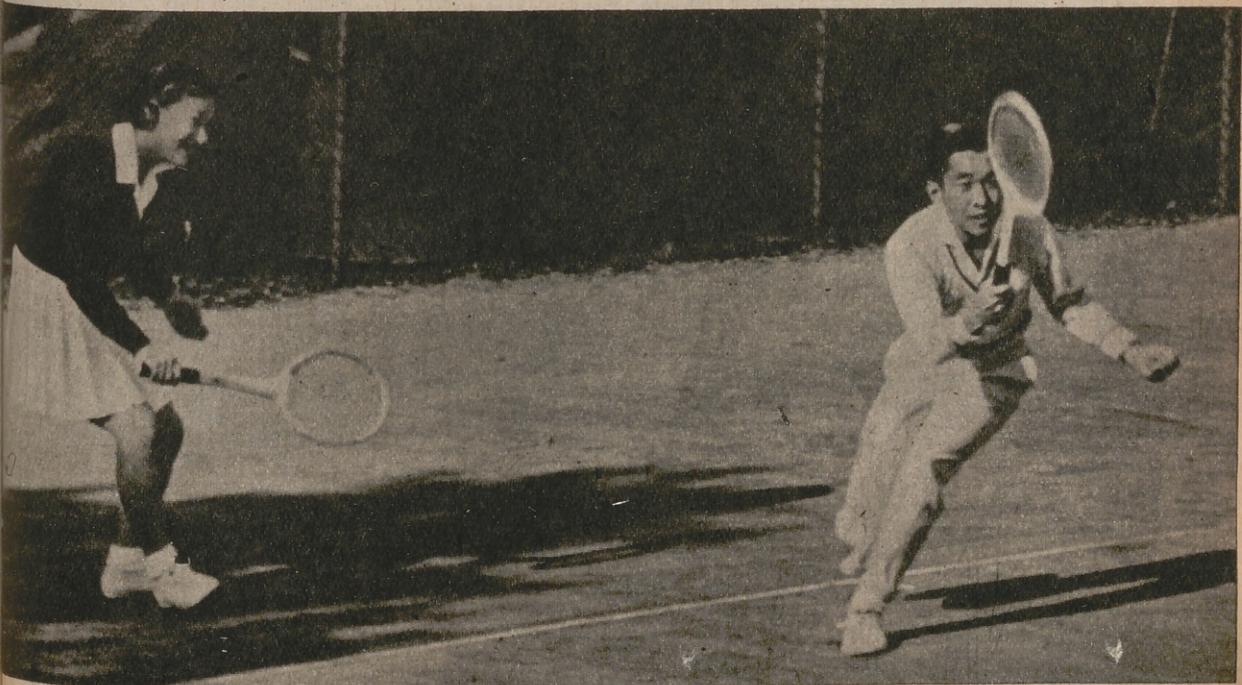
badas por su amor filial. Toda mujer tenía que vivir sometida a un triple juramento de obediencia: a su padre, antes de contraer matrimonio; a su marido, cuando casada, y a su hijo, si quedaba viuda. Regía un precepto según el cual la japonesa casada no necesitaba religión; el marido sería su único cielo.

La madre de familia tenía que cuidar de la casa, educar a los hijos y soportar también la autoridad de la madre política, que ocupaba siempre un rango superior. Había de procurar igualmente conservar la fidelidad del marido, todopoderoso para distraer su tiempo con concubinas y "geishas". Sus conocimientos se limitaban, por lo general, al arte de la ceremonia del té, al arreglo de las flores, a las labores de filigrana en los quimonos y al cultivo de sus modales siempre delicados y elegantes.

En la práctica, cuando ese estado de cosas empezó a cambiar

fué como consecuencia del gran terremoto que convirtió a gran parte de Tokio en escombros, allí por el año 1923. Más de 143.000 personas desaparecieron entre las ruinas. La catástrofe arruinó a las clases medias de la capital imperial. Luego, las mujeres supervivientes renunciaron decididamente a los quimonos, se cortaron y ondularon los cabellos y adoptaron los trajes occidentales. Después, para ayudar a sus familias, se emplearon como dependientas en los comercios, como ascensoristas, como conductoras de camiones y otras llegaron al campo del periodismo, del Derecho y de

Aki-Hito juega una partida de tenis haciendo pareja con su prometida



la Universidad, en calidad de profesoras. Los frenos tradicionales se habían roto. Pronto conoció el Japón las primeras directoras de empresas.

Esta tendencia duró escasamente diez años. Luego el acceso al Poder de elementos apegados a las viejas costumbres significó un paso atrás. Sin embargo, la última guerra obligó a que la mujer volviera a salir del hogar para ocupar un puesto en la fábrica o en los trabajos públicos. La rendición del Japón hizo definitiva la emancipación femenina. Cuando Michiko Shoda, nació el 20 de octubre de 1934, era tiempo todavía en que a la mujer se le recortaban sus derechos.

LA JAPONESA DE PELO RIZADO

Si la cuna de la pequeña Michiko no era de rango real, tampoco pertenecía a las clases modestas del Japón. Sus padres, Hidesaburo Shoda y la discreta Tomi, descienden de rancio abolengo samurai. Con la feliz circunstancia de que pergaminos genealógicos se unen en este caso a muy sólidos valores bancarios, a propiedades inmobiliarias y a prósperos negocios.

El abuelo y el padre de Michiko fundaron y dirigieron año tras año la empresa Nisshin y Compañía, dedicada al comercio y a la molienda de cereales. Con decir que esta empresa es dentro de su ramo la más importante de todo el Continente asiático se comprenderá mejor la posición eco-

nómica de la familia de la futura emperadora japonesa. El volumen de ventas anuales es muy superior a los 4.500 millones de pesetas.

Entre los parientes ilustres de Michiko, hay que citar a un tío suyo, propuesto para desempeñar las funciones de director de la Universidad de Osaka. Otro tío de ella es profesor de Geología en la Universidad de Tokio, y un tercero lo es en la disciplina de Física. Desde que nació la niña, fue objeto de especial cariño y atención de los Shoda. Tal vez el hecho tan poco frecuente de que Michiko tuviera un hedmoso pelo rizado, excepción entre los japoneses, contribuyó desde el principio a aumentar el interés hacia ella de todos sus parientes.

Nació la niña en la misma casa donde hasta ahora ha vivido. Es un edificio en el centro de Tokio, con diez habitaciones, de techos altos y artísticos arcosonados. Siendo muy pequeña fué enviada a una escuela elemental, donde acreditó pronto ser inteligente y despierta. Su vida entonces era muy semejante a la de sus compañeras de clase. Ella demostraba ser apacible, con afición al estudio. A las tres de la tarde estaba ya de vuelta en su casa. Después de merendar, repasaba sus lecciones hasta las seis, hora de la cena. Poco después se reunía con los padres, y lo corriente era que su madre se sentara al piano para interpretar música occidental. La señora Tomi era y es una entusiasta de Chopin.

Esta ordenada y metódica vida familiar no fué alterada en tiempos de la guerra, pero al terminar, los Shoda sí que acusaron sus consecuencias. Aunque la casa no fué afectada por los bombardeos, la familia sufrió importantes pérdidas patrimoniales. Cinco de sus fábricas de harinas quedaron destruidas y otras habían sido incautadas para producción de guerra. Muchas de sus factorías estaban cerradas por falta de géneros. Ante esta situación, en marzo de 1945, los Shoda se marchan de Tokio para irse a vivir a la mansión familiar de Tatebayashi, en la gran llanura de Kanto, en el corazón mismo de una de las regiones más productivas de arroz.

ALUMNA DEL SAGRADO CORAZON

Dos años pasó Michiko en el campo. Era ya una adolescente espigada, jovial y llena de salud. De su madre había heredado el amor a la música y tocaba el piano con maestría. Cuando regresa a la capital, se lleva también el acento local de esa tierra, que aún conserva a pesar del disgusto que produce ahora entre algunos «kakokus» de la nobleza palaciega.

Tenía exactamente once años cuando el Emperador en 1946 hizo renuncia formal a sus atributos de Soberano de origen divino. Tal vez el acontecimiento pasó inadvertido para Michiko, sin saber que con ello se abría el paso para llegar un día a ser emperadora del

PLATAFORMA PARA LA INTRIGA

LOS llamados Festivales Mundiales de la Juventud tienen sus patrocinadores bien instalados en el Kremlin. Su organización corre a cargo de la Federación Mundial de la Juventud Democrática, altisonante nombre que pudiera ser abreviado sin pérdida de la exactitud. Con decir que es el mismo partido comunista el que prepara y ordena el espectáculo todo quedaría más fácil y más claro.

Este año han trasladado el montaje de Moscú a Viena. Para sus fines subversivos quieren ganar eficacia llevando el número de los Festivales más allá de los espacios soviéticos. Para conseguir esta ciudad el Gobierno soviético ha tenido que echar mano a toda serie de intrigas y coacciones, a fin de lograr la autorización austríaca. Será el primer Festival que tiene lugar en país libre. En honor a la verdad, hay que dejar constancia aquí de la firme oposición que han encontrado los soviéticos para situar en Viena el espectáculo. La oposición ha venido tanto de las autoridades como de las propias organizaciones juveniles austríacas.

Pero Moscú no ahorra coacción ni medios económicos para sacar adelante sus festivales, que no persiguen otro

fin que «facilitar la dominación del mundo por el comunismo». Son palabras textuales de Charles Longbottom, presidente del Consejo para la Juventud de la Commonwealth.

A tal finalidad Moscú dedica ingentes sumas de dinero y emplea infinidad de agentes que viajan por muchos países, sobre todo de Africa y de Asia. Edita una revista a todo color, traducida a nueve idiomas. Solamente para el último festival de Moscú el partido comunista gastó una suma equivalente a los 6.800 millones de pesetas. Casi la quinta parte del presupuesto de gastos del Estado español. Para el de Viena Moscú dedicará un capital superior. Ningún gasto se regatea en esa actividad dedicada a sembrar el equívoco entre los jóvenes.

Es muy significativo que este año Rusia haya salido fuera de sus fronteras con el espectáculo. Sabido es que el pasado año fueron muchos los que acudieron engañados a los actos de Moscú, que vieron la realidad de la vida bajo el comunismo y que luego regresaron a sus países de origen cantando las verdades, como se dice vulgarmente. Esta vez se intenta brindar la píldora con más

dismulo y mayores garantías.

Buscar Viena es lo mismo que intentar una plataforma neutral para la subversión. Con amplia resonancia en el resto de Europa, con acceso fácil y mayores posibilidades de disfrazar el color de los actos. El hecho de esta elección y de que hayan arrancado por la intriga el visto bueno del Gobierno austríaco señala una vez más la audacia del comunismo. Porque falta todavía por ver que la U. R. S. S. concediera permiso para que se celebraran en su propio territorio actos de propaganda contra el comunismo.

Esta indeseable actividad soviética en el corazón mismo de Europa, en las piedras de la Viena católica, nos dice bien claramente hasta qué punto puede alcanzar la intrusión roja. De nada valió en este caso la oposición del Gobierno austríaco y de la mayoría de los hombres de ese país; el comunismo ha aprovechado los menores resquicios para meter su cuña subversiva. La lección es clara; el remedio también lo es: una política anticomunista firme y segura, sin contemplaciones ni peligrosos descuidos, porque la U. R. S. S. está alerta para beneficiarse de ellos. Como es el caso ahora en Viena.

Japón. Lo único que aprendió entonces la niña fué que ya no sería necesario hacer una reverencia al pasar ante una fotografía del Emperador.

De regreso en Tokio, Michiko fué enviada al colegio del Sagrado Corazón, atendido por religiosas católicas. Este centro era el de los hijos de las familias más adineradas del país. Había, sin embargo, otro colegio de superior rango aristocrático, el Gakushuin, reservado en exclusiva para los descendientes de los "kazokus" de más rancio abolengo. Michiko no hubiera sido recibida en este centro docente.

A pesar de ser su colegio católico, Michiko se mantuvo en la religión budista. Estudiaba más que ninguna, hacía los ejercicios mejor que las demás, sus labores eran obras perfectas de detalle y acabado.

—El único defecto de Michiko es que no tiene ninguno—opinaban algunas de sus profesoras.

Pero si a ella le gustaba la disciplina de colegio, lo que verdaderamente le hacía feliz era la temporada de vacaciones en la residencia de sus padres, en el elegante pueblo de Karuizawa. Allí pasaba los veraneos, jugando al tenis, vistiendo casi siempre pantalones y soñando poéticamente en las noches al contemplar desde la ventana de su alcoba la escarpada mole del volcán Asama, encendido por la luna.

Entonces Michiko recibía de sus padres una cantidad de 125 pesetas mensuales para sus gastos personales. Casi todas se dedicaban a comprar bolas de arroz cocido en los comercios modestos de la localidad. Y mientras Michiko crecía, desaparecían también las ondas y rizos de su pelo, cosa que a ella le hacía muy dichosa. Hasta entonces fue conocida entre sus amigas con el sobrenombre de «Temple chan», la versión en japonés y en bonito de aquella artista de cine que fue popular. Shirley Temple.

Con diecinueve años recién cumplidos, Michiko estaba ya en edad de ir pensando en contraer matrimonio. La verdad es que ella no se detenía en meditar esta decisión, pero los padres estaban alerta. Según tradición japonesa, corresponde a los progenitores "arreglar" el enlace nupcial buscando candidatos. Por ser Michiko futura heredera de Nisshin y Compañía, los padres miraban hacia arriba, porque sabían que podían escoger acaudalados pretendientes.

En la lista figuró el hijo del propietario de una floreciente empresa dedicada a la fabricación de jabones. El proyecto fué abandonado muy pronto ante la indiferencia de Michiko. Luego pensaron en un diplomático japonés, que acababa de ser destinado a Europa. Hubo cartas, pero el tono de la correspondencia no permitió pensar que esas relaciones terminarían en boda. Él escribía a Michiko como si se tratase de una niña; esas cartas recordaban el estilo de los cuentos infantiles de Andersen. Y ella leía ya con avidez a Steinbeck.

—Piensa él que yo sigo siendo una niña—comentó Michiko.

Un día, Michiko tomaba el té en el jardín de su casa en Karuizawa. Su tío le hablaba de matrimonio.

—Es hora de que vayamos pensa-



La familia real japonesa: De izquierda a derecha, el Emperador Hiro-Hito, príncipe Aki-Hito, el príncipe Masa-Hito, la Emperatriz Nagako y la princesa Takako

do en casarte. Tienes que decirte.

—Si el príncipe Aki Hito fuera un poco más alto, me enamoraría de él fácilmente—contestó Michiko en broma.

La realidad era que el futuro emperador del Japón veraneaba también en Karuizawa. Ella le había visto en más de una ocasión, pero jamás tuvo el honor de ser presentada.

En mes de agosto de 1957, la hija del fabricante de harinas y el príncipe imperial se conocieron en las pistas de tenis de Karuizawa. El amor se iba a encargar de romper una tradición con más de dos mil seiscientos años de rígida historia.

AKI HITO LLAMA POR TELEFONO

Cuando Michiko conoce al príncipe, ella tiene veintidós años. Es una mujer elegante, se mueve con gracia, habla con el distinguido tono de las alumnas del Sagrado Corazón, tiene ojos vivos y sonríe con dulzura. Aki Hito no tiene en ese momento rival para jugar una partida de tenis. En tales ocasiones, el tutor del príncipe solía buscarlo y casi siempre los elegidos se dejaban ganar. Michiko juega, pero queda vencedora por un seis a uno.

—Estupendo. Me has dominado—comenta Aki Hito.

El tutor, Shinzo Koizumi, interviene:

—Ha sido una derrota merecida, aunque hay que reconocer que la ganadora es realmente una encantadora joven.

Después, las partidas se repitieron y el amor intervino. Aki Hito sacaba fotografías de ella y le enviaba las copias. Durante el invierno se vieron tantas veces como podían. Al otro verano volvieron a reunirse en las pistas de tenis de Karuizawa y Michiko guardaba en su casa las raquetas del príncipe. Era él quien recogía el sudor de la frente de Michiko, después de los encuentros, con un blanco pañuelo de seda que llevaba bordada la corona imperial del Japón. Los dos formaron pareja para jugar contra el Sha de Persia. Y le ganaron.

Cuando esta amistad se hizo pública y en la Corte se hacían comentarios no siempre favorables, Michiko se marcha del país. Visita Europa y Estados Unidos. Las cartas del príncipe llegan siempre puntuales a cada año en el camino. Ella entonces le escribe: "No creo que la gente del pueblo deba unirse a la familia imperial. Me parece que una de-

cisión de este tipo no traería buenas consecuencias." La respuesta de él fue terminante: «Por encima de todo está el amor.»

Michiko regresa a Tokio el pasado mes de octubre, poco después de su cumpleaños. Tiene ya veinticuatro. Aki Hito la escribe y la teleponea. Por fin, el 3 de noviembre, ella contesta por teléfono:

—Si quieres de verdad casarte conmigo, yo estoy dispuesta a cumplir tus deseos.

Días después, el jefe de la Casa Civil del Emperador acude al hogar de los Shoda para pedir oficialmente la mano de Michiko. Estas románticas relaciones han merecido ya la aprobación del Emperador y de la Corte. Una vez más, el amor servía de puente para saltar sobre costumbres y privilegios más de dos veces milenarios.

Michiko llevará un quimono prestado para la boda: el mismo que usó la hermana de Aki Hito, la princesa Teru, en su ceremonia matrimonial. La corona real será la de la Emperatriz Nagako, esposa del actual Soberano japonés.

El enlace se efectuará con sencillez. El día 10 de abril, a las cinco de la mañana, Michiko Shoda saldrá de su casa cercano al Palacio. Allí, en unas habitaciones especialmente arregladas, vestirá sus galas nupciales. La boda tiene ya hora marcada: las diez de la mañana. El lugar: el santuario de Palacio.

La ceremonia ha de ajustarse a los antiguos ritos. Será breve, sin embargo; no durará más de quince minutos.

Fuera, veintiuna salvas anunciarán a los japoneses que ya tienen princesa heredera y que la pareja va a ser recibida en audiencia formal, en el vestíbulo de Palacio, por los Emperadores. Cumplido este ceremonioso trámite, los recién casados serán obsequiados con un banquete, al que asistirán los Soberanos y altos dignatarios de la Corte. El moderno Japón vivirá así la fecha más importante de los últimos tiempos, la de la boda de Michiko Shoda, hija de comerciantes, con el heredero imperial. Para todas las mujeres japonesas es ya esta fecha la que cierra todo el pasado de dependencia y servidumbre. Por obra del amor.

Alfonso BARRA

DIEZ AÑOS DE LA N. A. T. O.

UNA FUERZA PODEROSA CON MAS TECNICA QUE SOLDADOS

LA GUERRA FUTURA NO SERA TERRESTRE

HASTA que el Oráculo de Delos mostró a los atenienses que la defensa contra el invasor persa debía estar en el mar se explica que la estrategia pudiera considerar a las aguas salinas como un medio pasivo. Después esto debería resultar ya inexplicable. ¡Y sin embargo...! El mar ha decidido, con frecuencia, la suerte de la guerra. Fenicia, en la antigüedad; Cartago, luego, e incluso Roma; Aragón y Cataluña, más tarde, así como Castilla; España, posteriormente; Holanda, más tarde, y por último Inglaterra, aprendieron bien, en su momento, la lección. Ahora parece haberla aprendido del mismo modo América también. La verdad es que el mar, considerado antaño como un medio pasivo en la guerra, cubre nada menos que tres cuartas partes de la superficie de la Tierra. En el mar hay extensos océanos; el



Lord Ismay preside en 1948 una reunión militar de la N. A. T. O.

mayor, el Pacífico, con más de 187,000,000 de kilómetros cuadrados, teatro de la batalla contra el Japón en la última gran guerra; el Atlántico, que mide 83 millones, que fue el escenario decisivo de las dos contiendas universales del siglo actual; el Índico, que deberá tener una función capital en la futura, y, en fin, el Mediterráneo europeo, importante desde Magón y Duilio; el Caribe, en plena actualidad, y el Artico, con sus 14,400,000 kilómetros cuadrados, que si siempre pareció un mar marginal, inaccesible, ahora se presenta, ¡curiosa cosa!, como un mar vital en la guerra futura nada menos.

¿El Atlántico? He aquí el viejo «Mar Ignotus»; el «Mar Tenebroso», el mar descubierta por los españoles, grande como casi 165 veces la superficie de Iberia. El mar de la Edad Moderna; sobre todo el mar de la Edad Contemporánea y aún más el mar del futuro. El Atlántico, antaño —dos edades sucesivas en la historia del mundo— un mar de repulsión, un obstáculo impenetrable, es ahora, al revés, un mar de relación; una conexión clara entre el Viejo y el Nuevo Mundo. Lo que antes separó, ahora une. La idea de esta conexión atlántica, occidental si se prefiere fue de Franco. Nuestro Caudillo —el hecho es conocido, pero no cabe olvidarlo aquí— escribió a Churchill, justamente el 8 de octubre de 1944, Franco advertía al «premier» del riesgo que se avecinaba inmediato. La guerra mundial declinaba a la sazón con resultado netamente previsible. El Generalísimo advertía al jefe del Gobierno británico del riesgo que significaba, para el mundo libre, —¡para el mundo, concretamente, occidental!— ceder ante Rusia, dispuesta por entonces, aun sin haberse proclamado victoriosa, a devorar el orbe entero. Alguien calificó al «premier» de gracioso «diletante de la estrategia». ¿Verdad? Lo exacto es que Churchill replicó entonces grave que no había que temer nada de los fieles aliados rusos...

Una reunión de la N. A. T. O. presidida por Eisenhower. En el Organismo están representadas catorce naciones, con 384 millones de habitantes



El 4 de marzo de 1948, sin embargo, debió verse clara la razón en la advertencia del Caudillo. Una reunión se verificó en Bruselas para ocuparse de la situación occidental, ante la agresividad soviética ya desbocada, apenas tres años después de haber acabado la última gran guerra. En la reunión estuvieron presentes los representantes, naturalmente, de Bélgica, de Luxemburgo, de Holanda, de Francia y ¡¡¡de la Gran Bretaña!!! El 18 del mes citado se firmó así la alianza o Pacto de las potencias citadas, con el nombre de «Unión Occidental», a cuya reunión acudieron observadores americanos de los Estados Unidos y Canadá. El Pacto Atlántico estaba, sin embargo, aún solamente gestándose. Fue el propio Churchill —¡oh!, ironía de los tiempos el que en Fulton debería dirigirse públicamente al pueblo americano solicitando la incorporación de América al Pacto bosquejado. Comenzaron las tareas poco después con el benévolo apoyo de Washington. El 4 de abril de 1949, hace ahora justamente diez años, se firmó, en la capital de los Estados Unidos, el Pacto, que integraron inicialmente, además de los Estados Unidos, su cabeza visible, Bélgica, Canadá —el otro gran aliado americano—, Dinamarca, Francia, Islandia, Italia —a la que apoya juiciosamente Francia—, Luxemburgo, Noruega, Países Bajos, Portugal e Inglaterra. Poco tiempo después se añadirían a la alianza otras dos naciones, aunque como Italia, mediterráneas y no atlánticas. Fueron estos países Grecia y Turquía. El Pacto incluía a Argelia, territorio francés; las islas del Atlántico pertenecientes a las naciones antes citadas y, desde luego, el ámbito de dicho mar del Polo al Trópico de Cáncer, esto es, hasta la latitud sensiblemente de nuestra Villa Cisneros. En total, los afincados a la estadística pueden anotar 14 naciones diferentes con 384 millones de habitantes y unos veinte millones y medio de kilómetros cuadrados. De los prime-

LLAMADA A CONCEJO

La Ley de Régimen Local señala para su propio perfeccionamiento una revisión periódica cada cinco años con el fin de mantener esa disposición legal en una perfecta adaptación con las necesidades cambiantes de la Administración de las entidades municipales y de provincia.

Próximo el vencimiento del plazo señalado para su revisión periódica, la aplicación práctica de la Ley de Régimen Local va a ser estudiada para su nueva adaptación a la realidad más inmediata en una Asamblea Nacional de Ayuntamientos y Diputaciones.

El anuncio de esa Asamblea ha sido hecho por el Ministro de la Gobernación, y la noticia nos parece muy importante, no sólo por la flexibilidad que demuestra, sino porque la España municipal—reunida en magno coloquio—podrá estudiar a la luz de una experiencia de un lustro, las modificaciones de detalle que se estimen precisas al mejor funcionamiento del minucioso mecanismo que rige la vida pública de los Ayuntamientos y las provincias.

Podría compararse a un gran reloj de muy delicada mecánica la vida de los Municipios y entidades locales menores desparramadas por toda la geografía española, con toda su variedad de problemas humanos, sus matices costumbristas, sus tradiciones y sus variedades de acento.

Con sus peculiaridades de comarca, provincia y región la España municipal tiene, no obstante, toda una serie de características comunes sobre las que desde antiguo ha sido asentado el cambiante régimen de Administración de los Municipios españoles, en una vida colectiva que hoy tenemos reglada por el articulado de una Ley que se reconoce a sí misma como perfectible y sujeta a revisión, en periodos de cinco años, por los mismos regidores que la aplican.

Ya sabemos que en el hombre del campo se encuentran las más puras esencias tradicionales de nuestro país y que es precisamente la España agrícola la que da mejores muestras de patriotismo

y espíritu de sacrificio siempre que surgen periodos de prueba. Pues toda esta autenticidad puede representarse en la vara del Alcalde, sólo utilizada en las grandes ocasiones, porque la mano que tiene que llevarla se emplea en muchos Municipios españoles en las tareas agrícolas de una manera sencilla e indiferenciada de los demás habitantes del Municipio.

En los pequeños pueblos a veces el Alcalde no entiende sobradamente de papeles públicos y encuentra en el secretario una imprescindible ayuda, pero no por campesino pierde el Alcalde dignidad, sino que queda realizado precisamente por lo auténtico de unos mismos problemas y un mismo lenguaje con los hombres que gobierna a escala municipal.

La prevista Asamblea Nacional de Ayuntamientos y Diputaciones va a ser una gran toma de contacto personal entre los regidores españoles, pero también será algo así como una convención legislativa y una encuesta viva por la que el Departamento de Gobernación podrá estudiar minúsculos problemas de funcionamiento que necesariamente se presentan en una realidad tan variada como es la amplia y extensa España de la Administración Local.

De la Asamblea de Ayuntamientos y Diputaciones a celebrar en Madrid, saldrá, indudablemente, robustecida la gestión de los Municipios y entidades locales menores, a los que se va a procurar, con el concurso de las Diputaciones, una mayor ayuda en los medios materiales que hace cada vez más necesarios la evolución y el avance de muchos pueblos en obras que se deben a la inquietud y ansia de mejora de su equipo de gobierno municipal.

Será la Asamblea como una gran sesión de Concejo de municipios en la que en muchos detalles peculiares será tratada la gran cuestión de la buena marcha de ese gran término municipal, resumen de todos, que forma el territorio de soberanía española regido por la constante fidelidad patriótica del gran licitor o haz tribunicio que forma el conjunto de las bordeadas varas de tantos Alcaldes.

ros, 208 millones europeos, el resto americanos. De los segundos, al revés, 2.800.000 de Europa y el resto de América.

Rusia acusó claramente la constitución de esta barrera frente a su osada agresividad. Por ello replicaría, en Berlín. ¡Inútil gesto...!

CADA VEZ MAS FUERTE

El Pacto Atlántico —la N. A. T. O., como se dice en grá-

me ejército aún sobre las armas. La situación era así notablemente desigual. El mariscal Montgomery, con su habitual espontánea sinceridad, decía así a la sazón: «Si en el actual momento fuéramos atacados por los rusos, Europa sería fatalmente el escenario de una horrible e indescriptible confusión.» La cosa era clara para el mariscal británico...

Tres años más tarde, sin embargo, en 1953, los países de la O. T. A. N. disponían de unas 100 divisiones, bien que a la verdad sólo la mitad estaban en armas. Asimismo contaba con 125 bases aéreas europeas e incrementaban rápidamente las fuerzas aéreas y navales propias. Gastaba, por el momento, la O. T. A. N. no menos de 63.000 millones de dólares en defensa, bien que su sumando mayor le representara América, los Estados Unidos, sobre todo, seguidos de Canadá. Mientras que en 1950 los ejércitos de los países de la O. T. A. N. sumaban seis millones de hombres, en 1953 ascendían a 6.750.000. Integraban las Fuerzas Armadas a la sazón del Pacto Atlántico 185 escuadrones aéreos y una Flota global, en su mayoría yanqui, constituida nada menos que por 131 grandes portaaviones, 26 acorazados, 133 cruceros, 962 destructores y torpederos y 371 submarinos.

Gruenther, el sustituto en la O. T. A. N. de Eisenhower, pudo empeñarse así en la magna tarea de fortificar —según las exigencias de los tiempos— el frente polar americano y el de Europa, comprendido entre el Cabo Norte y el Bóforo. Seis mil kilómetros de radar, bases aéreas, posiciones, erizos, etc.

Pero al Pacto le quedaba, sin duda, mucho trecho por andar. Tras de Gruenther debería venir Norstad. ¡Y las nuevas exigencias y los nuevos tiempos! La revolución, en fin, del sistema, de la guerra y de la defensa nacional. La era de los cohetes; de los cohetes intercontinentales, de los aviones de gran radio de acción, de los submarinos atómicos, de la posibilidad de navegar bajo los hielos polares, de la vulnerabilidad rusa a los «missiles» y los satélites espaciales, en fin.

FRENTE AL RULO SOVIETICO

La O. T. A. N. a la verdad, ha seguido reforzándose. Cabría discutir si tanto como debiera o no. He aquí lo que cabría, en efecto, analizar. Pero sin duda alguna, la O. T. A. N. se refuerza de día en día. La evidencia del hecho la expresa «Pravda» lo mismo que ha recibido de tan mala gana esta oportunidad del décimo centenario del Pacto. La realidad de esta afirmación nuestra la muestra, inquieta siempre, la política de Moscú, habilitando fórmulas de apaciguamiento y de coexistencia que implique —¿cómo no?— la disolución del Pacto.

Sin duda el Pacto tiene problemas internos. Motivos de debilitación. Pero también de fortalecimiento. En este sentido principalmente anotamos la constitución de las Fuerzas Armadas ger-



La firma del Pacto Atlántico en Washington el 4 de abril de 1949

mánicas. Anotamos tan sólo tres divisiones al servicio directo de la O. T. A. N. —las potencias del Pacto, bien entendido, se reservan, al margen de las fuerzas adscritas a aquél, otras sobre las que disponen directamente—; otras dos divisiones, una brigada de montaña y media de una división aerotransportada a las órdenes directas del Gobierno de Bonn. Las fuerzas aéreas alemanas disponen de 23.000 hombres y la Marina de otras tantas aproximadamente. Tal es el significado de la aportación última de Alemania occidental al Pacto Atlántico. Porque Alemania, en efecto, es el último país incorporado a la O. T. A. N.

En el momento actual, según balance muy reciente del mariscal Norstad, aparece ser el balance del Pacto el siguiente: la O. T. A. N. tiene fuerzas en Europa mucho más modestas, sin duda, que las rusas, pero suficientes para «montar la guardia». Mas es preciso, comenta el general americano, no sólo establecer la cobertura, sino también reforzarla pronto y eficazmente. ¡Y otra vez Montgomery en escena! El mariscal británico piensa ahora que lo más probable es que sean los conflictos locales los que se sucedan en el futuro dentro del cuadro siempre de «la guerra fría». Por su parte, De Gaulle tiene, a su vez, ideas propias. Ideas, desde luego, francesas, naturalmente.

En todo caso los países de la O. T. A. N. han disminuido, mucho más que aumentado, sus efectivos. En la actualidad pueden sumar estos alrededor de cinco millones de hombres. Pero la verdad es también que el fenómeno de la disminución de

los efectivos es general. La guerra moderna —con razón o sin ella, ¡vaya usted a saber!— se asegura requiere menos hombres y más material; menos soldados y más técnica. En este cuadro de realizaciones, la O. T. A. N. ahora parece disponer de 2.300 barcos de guerra, en vez de los 900 de que dispuso antaño; de 23.000 aviones, de ellos la mitad, al menos, de reacción, y de esos cinco millones de soldados o poco menos apuntados. Una fuerza, sin duda, muy eficaz, muy bien equipada, muy bien armada, pero ¿suficiente, al fin? He aquí la cuestión.

PROBLEMAS DE JURISDICCION Y DE MANDO

Un paréntesis mientras tanto. El problema francés. De Gaulle ha planteado abiertamente a la Organización del Pacto Atlántico problemas de jurisdicción y de mando concretos. Napoleón apuntó ya en su día el más grave problema que tenían las alianzas: la dificultad para una acción común porque los problemas de los puntos de vista distintos estimulan, sin duda, las discrepancias. Es verdad. Y, por tanto, hay que contar con esta real evidencia. Los mandos de las potencias atlánticas son muchos y complejos. Singularmente en el ámbito del Mediterráneo. Aquí, en este mar—apenas seis veces la extensión de la superficie española—, hay nada menos que siete sectores de mando independientes. El sector del Estrecho de Gibraltar, que manda ¡Inglaterra!; el occidental, a las órdenes de Francia; el central, al de Italia; el oriental, de Grecia; el Nordeste,

de Turquía, y el suroriental, de la Gran Bretaña. Añada el lector que la VI flota americana, la máxima fuerza existente en el Mediterráneo, depende del Gran Cuartel americano, con base en Nápoles, y tendrá así una idea suficiente de la heterogeneidad de este «puzzle» mediterráneo, que debería, sin embargo, tener una unidad. De Gaulle quisiera hacer revisar tal estado de cosas. Algo hay que apuntar de positivo en su cuenta: la constitución de una gran Flota moderna, bajo la bandera tricolor. He la aquí, en resumen: tres portaviones, el crucero «De Grasse», antiaéreo; los diez escoltas, que encabeza un ex navío italiano, que se llama ahora «Chateaufrenault», preparados para la lucha, tanto antiaérea como antisubmarina; los diez «Tigre»; los 17 sumergibles para la guerra antisubmarina, cuya serie encabeza el «Gustavo Zedé»; los diez escoltas de la serie de «Le Corse», dispuestos para la protección antisubmarina de convoyes; el tren anfibio y otros diversos barcos más. Los franceses se quejan de que en el conjunto del Pacto apenas si disponen de más de cuatro puestos, subordinados todos ellos; el de Brest y Cherburgo, para el canal de la Mancha; el de la subzona del golfo de Vizcaya, con sede en Brest también; el del litoral marroquí, con base en Casablanca, y el del Mediterráneo, que la tiene en Argel. Francia querría otra cosa. Piensa en sus posiciones mediterráneas de Tolón y de Bizerta. En su esfuerzo para crear una flota moderna y, ¿por qué no decirlo?, en su propio orgullo de potencia que se siente rejuvenecida con

la presencia de De Gaulle en la Jefatura del Estado. He aquí un aspecto, este de la reorganización de los sectores y mandos del Pacto Atlántico, que nos parece secundario, de la cruz a la raya, en todo lo que no signifique máxima compenetración, máxima eficacia, máxima unidad. ¿Estamos? El Pacto del Atlántico, a nuestro entender, no debe de mirar más que a una cosa: a Rusia. He aquí el enemigo. Todo lo demás importa poco.

CON VEINTIUNA DIVISIONES

Y volvemos a nuestro interrogante que dejamos abierto. ¿Es suficiente la eficacia de las fuerzas de la O. T. A. N. al presente? ¿Es, en definitiva, suficientemente poderoso el Pacto Atlántico para, con sus exclusivas fuerzas—no con todas las de los países que le integran—, contener a Rusia?

La respuesta la tenemos a la vista y nos la acaba de dictar, con toda su autoridad, nada menos que el Presidente americano. Sus palabras datan de hace muy pocos días. «Los Estados Unidos—ha dicho claramente Eisenhower—no participarán jamás en una guerra terrestre.» No está dispuesta América, según el Presidente, a aventurarse otra vez en el Viejo Mundo en una lucha sistemática, metódica, de avances y retrocesos, de frentes fortificados, de divisiones de carros o de Infantería motorizada, apoyada por aviación. ¡No! Claramente, Eisenhower lo ha dicho, y es seguro de que no sólo ha sido escuchado allá del «telón de acero» —que esta dialéctica es la única que entienden allí—, sino que además de ello ha sido interpretada claramente la posición yanqui. Eisenhower ha dicho, en efecto: «Los Estados Unidos no participarán en una guerra terrestre en Europa. Una guerra nuclear, aunque sea improbable, no es en modo alguno imposible.» «¿Cuál es la ventaja de enviar unos miles de hombres más, incluso más divisiones, a Europa?—se ha preguntado el Presidente— ¿Quién sueña en hacer una guerra terrestre, dada la

masa que poseen los rusos y el volumen de las tropas de sus satélites en Europa central?» Y aún ha añadido claro: «¿Qué cabría hacer con más fuerzas en Europa? ¿Es que volveríamos a plantear una guerra terrestre? Hay que emplear allí otros medios. No sería posible en el momento actual tener bastantes divisiones, aun llevándolas de otros países, para compensar una inferioridad numérica existente.»

¿Entonces? Pues está claro: Eisenhower proclama que si Occidente se viera atacado por el «rulo» soviético, que si Europa atlántica fuera arrollada por la masa de 200 divisiones rusas, la réplica sería fulminante y terminante. ¡Washington contestaría con las armas nucleares! Rusia debería elegir en consecuencia.

He aquí por lo que los americanos no han dudado, por ejemplo, en reducir sus efectivos terrestres de 900.000 a 870.000 hombres, porque estos efectivos apuntan precisamente a una guerra eventual. Pero los presupuestos militares no decrecen, en cambio. Nuevas inversiones, cada vez mayores, se dedican a las nuevas armas: a cohetes, a armas nucleares, a submarinos atómicos...

LA FUERZA CONTRA LA FUERZA

He aquí el momento de cifrar para el lector los efectivos de la O. T. A. N. en el instante mismo que escribimos. Los Estados Unidos tienen en su metrópoli 1.550.000 hombres sobre las armas; pero además hay 60.000 en Alaska, 75.000 en Japón, 7.000 en el grupo de las Marianas, 50.000 en Okinawa, 3.500 en Formosa, 10.000 en Filipinas, otros 10.000 en Marruecos, alrededor de 3.000 en la Península Ibérica, 50.000 en Francia, otros tantos en Inglaterra y 200.000 en Alemania. Portugal dispone de 60.000 hombres; Francia, de 470.000; el Benelux, de 250.000; Inglaterra, de 580.000; Noruega, de 30.000; Dinamarca, 40.000, y Alemania occidental, de 150.000 al menos. Italia cuenta con 150.000 soldados; Grecia, con 175.000, y, en

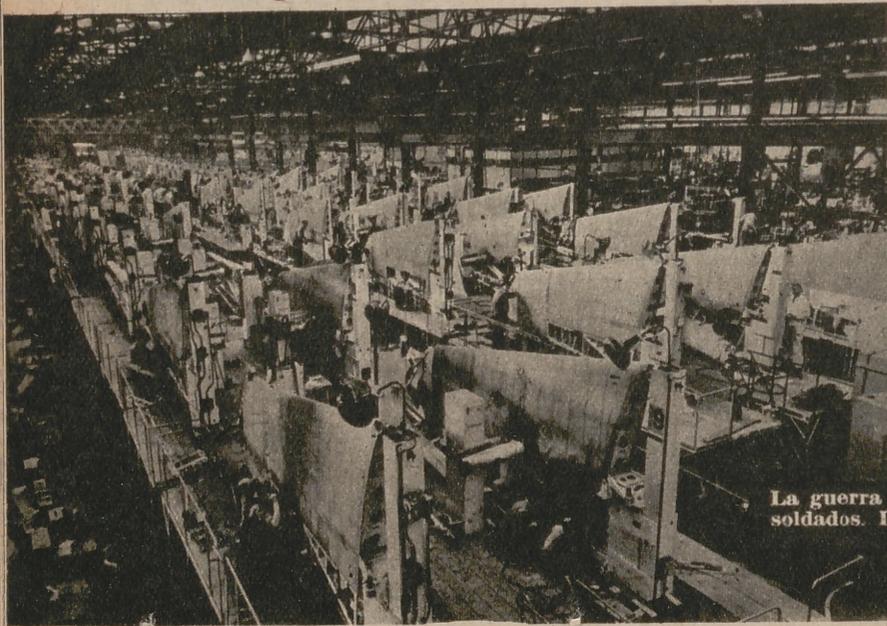
fin, Turquía, con otros 400.000. Añádase que, aparte del contingente citado yanqui en Alemania, hay en este último país 48.000 ingleses y 30.000 franceses. Tal es el conjunto de tropas aliadas pertenecientes al Pacto Atlántico.

Frente a ellas hay un potencial militar considerable. Anotemos 1.250.000 rusos sobre las armas en el frente occidental y otros 650.000 en el oriental y, en fin, 400.000 en la Alemania del Este, 30.000 en Polonia, 60.000 en la pequeña Hungría y 30.000 en Rumania. Cifras a las que hay que añadir 150.000 soldados del Ejército alemán rojo, 310.000 del polaco, 200.000 del checo, 90.000 del húngaro, 250.000 del rumano y 160.000 del búlgaro. En verdad, estos últimos sumandos militares de los satélites son problemáticos. Los demás, los del Ejército rojo, sufren el handicap de tener que sostener los pueblos sometidos. En fin, una superioridad teórica o numérica bajo el anatema de Eisenhower: «Si Rusia ataca, atacaremos nosotros para defender al mundo libre, repeliendo la agresión, que jamás provocaremos, con armas atómicas...» He aquí lo que ha venido a decir aquél. He aquí la sentencia de la Casa Blanca y del Pentágono. Moscú meditará, sin duda, antes de lanzarse a la agresión. La Unión Soviética meditará muy bien antes de aventurarse en una guerra grande... A decir verdad, el Kremlin es mucho más circunspecto de lo que se supone. Jamás dará un paso adelante si no se sabe plenamente garantizado de la impunidad de su esfuerzo. Una cosa es que Moscú guste que le hagan la guerra a su servicio los demás—coreanos del Norte, indonesios, indochinos, etc.—y otra que se decida ella a hacerla por su cuenta. Cuando Stalin provocó la guerra española envió aquí técnicos, directores, militares, material, y, naturalmente, se llevó el oro. Pero a sus hombres les dio una consigna ultraconservadora: «¡Jamás deberían ponerse al alcance de los cañones de Franco!» Y así lo hicieron. Rusia se mostró satisfecha con que se batieran los demás por ella. Ahora, veintitrés años después, los que van de 1936 a 1959, es seguro que Krustchev no hará cosa diferente de Stalin.

¡Eisenhower tiene razón! Al menos, tiene la razón que precisa para vencer dialécticamente en la pugna soviética. Pero tiene además la razón de la fuerza... Moscú no se brindará jamás a que se experimente en la U. R. S. S. el potencial atómico de los «Missiles» y grandes bombarderos americanos. Estamos bien seguros de que será así. Bien pensado, el Premio Nóbel de la Paz debería dársele, sin vacilar, al Pentágono el próximo año. Aunque a algunos les parezca escandalosa la propuesta...

HISPANUS

La guerra moderna exige más técnica que soldados. La gran nave de una fábrica de aviones



PACTOS INCUMPLIDOS Y COMPROMISOS ROTOS

A la hora fijada, ni un minuto antes ni un minuto después, comenzaron a llegar los delegados de la Conferencia. Escoltados por las motocicletas de la Policía y por los coches de su séquito, los jefes de cada delegación coincidieron en la escalinata de la entrada. Subieron de prisa, en parte por evitar los fotonazos de los fotógrafos, en parte también por requerimiento de los servicios de seguridad a los que nunca agrada la prolongada presencia al aire libre de jefes de Gobierno o ministros de Asuntos Exteriores, reunidos en pequeño grupo.

Después, en los vestíbulos, los fotógrafos fueron despedidos casi violentamente. Los agentes cuidaron de que ningún periodista y menos aún alguien sospechoso quedara dentro al cerrarse las puertas de la sala de conferencias.

Ya estaban dentro todos los convocados. En el centro quedaba la gran mesa redonda, rodeada de varios sillones y de muchas sillas. Tras unos instantes de vacilación, los jefes de cada delegación supieron, gracias a los encargados de protocolo, cuál era el lugar que les correspondía.

Y ahora, sentados en sus puestos, comienza la Conferencia. Los hombres que rodean a cada delegación y forman parte de su equipo asesor han abierto sus grandes carteras, de donde comienzan a sacar informes, datos y borradores. Ellos son en realidad los que han preparado la Conferencia. Algunos serán economistas, otros diplomáticos, militares, juristas. Cada problema requiere un grupo diverso de especialistas. En cada uno de estos equipos hay también un hombre que sigue con completo interés los debates; es el intérprete oficial de cada delegación, encargado de traducir a los restantes idiomas de la Conferencia las palabras pronunciadas por el jefe de su delegación.

Es una tarea difícil, porque la memoria no puede retener todas las palabras pronunciadas durante un largo rato; el intérprete se ayuda tomando notas a una velocidad extraordinaria; después cuando le toca su turno, ha de repetir en uno, dos o tres idiomas aquellas palabras sin un fallo, sin una interpretación ambigua o equivocada que pueda dar lugar a un incidente.

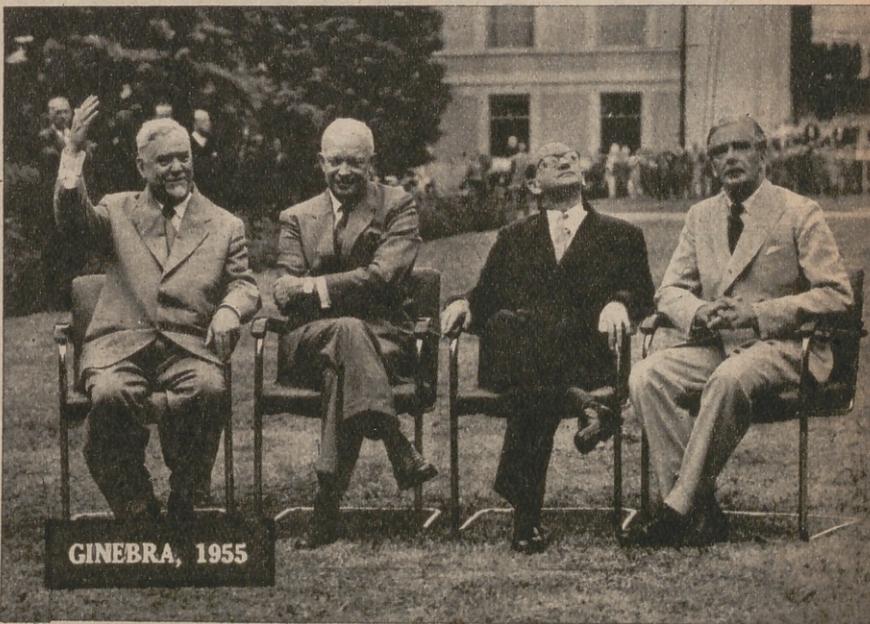
El duro trabajo de los intérpretes permite un descanso a los restantes miembros de la Conferencia. Cuando él traduce en voz alta, su delegación aprovecha para intercambiar entre sí comentarios u observaciones sobre el tema. A veces un especialista, después de garrapatear en un bloc unas frases apresuradas, pasa la hoja al jefe de su delegación. Es un hecho importante que conviene señalar, un fallo o un nuevo argumento.

Y así entre discursos, consideraciones y negativas, transcurre la jornada y quizá muchas jornada.



YALTA, 1945

BALANCE DE LA DIPLOMACIA SOVIETICA DESDE YALTA A GINEBRA



GINEBRA, 1955

das de todas las Conferencias Internacionales.

Cuando en estas reuniones tiene un puesto una delegación soviética, los otros participantes saben que han de acostumbrarse a la táctica de los "Nyet" ("no"), que popularizó Molotov y después siguieron fielmente sus sucesores en las Conferencias Internacionales. Si al final se ha logrado llegar a algún acuerdo que cristalice en la firma de algún documento, comienzan los verdaderos peligros de la Confe-

rencia. Quizá ha confluído con sonrisas, frases amables y declaraciones optimistas a la Prensa, pero después aquellos papeles con la tinta todavía fresca, pueden hacerse perfectamente inútiles.

No es éste un caso extraño en las Conferencias Internacionales en que ha participado la Unión Soviética. Hay muchos ejemplos que demuestran la falta de ética en la conducta soviética. Puede decirse, sin caer en la exageración, que la historia de la diplo-

macia soviética es simplemente el relato de las iniquidades y deslealtades cometidas por los hombres que han actuado en el mundo como fieles representantes de la U. R. S. S.

COMO SE ORGANIZAN UNAS ELECCIONES

El día 26 de marzo, los embajadores de los Estados Unidos, Inglaterra, Francia y la República Federal Alemana entregaban en el ministerio soviético de Asuntos Exteriores las respuestas de sus respectivos Gobiernos a la comunicación rusa del día 2 de marzo.

Las cuatro potencias occidentales están de acuerdo en que el día 11 de mayo se inicie en Ginebra una reunión de ministros de Asuntos Exteriores de Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña y la Unión Soviética. En esa reunión, cuyo temario no ha sido fijado completamente, si bien habrá de incluir forzosamente las cuestiones relativas al Tratado de Paz con Alemania y la crisis de Berlín, los ministros deberán acordar la fecha, lugar y programa de trabajo para una posterior Conferencia de los cuatro jefes de Gobierno de las potencias que derrotaron al Eje.

La última vez que se reunieron los cuatro grandes fue también en Ginebra, y si todo se desarrolla según las previsiones, la Conferencia de alto nivel se celebrará como la anterior en el verano. Al cabo de cuatro años de aquella Conferencia ha desaparecido totalmente el famoso espíritu de Ginebra surgido por inspiración de los que creían aún poder apaciguar a Rusia y confiaban en que sería posible mantener la coexistencia.

Hay, pues, una Conferencia más a la que los occidentales habrán de ir prevenidos ante la posible y casi inevitable deslealtad soviética. Muchos de los hombres que en calidad de técnicos concurren a la Conferencia de ministros y después a la de alto nivel habrán estado en Yalta, en Motsdam, en las Conferencias de Moscú, de París, de Londres y conocen por triste experiencia lo que valen las promesas y los pactos con Rusia.

De Yalta salió el compromiso de constituir Gobiernos provisionales de amplia concentración en los países que estaban siendo "liberados" por el Ejército soviético. Aquellos Gobiernos deberían facilitar la celebración de inmediatas elecciones generales. Los comicios, tanto tiempo retrasados, dieron paso a los actuales regímenes comunistas aún en países donde como en Rumania, donde no existían al entrar los rusos ni siquiera 300 comunistas.

Las ejecuciones sumarias, las deportaciones, la pérdida del derecho de voto y el "control" del Ejército soviético lograron que en aquellos países desaparecieran todos los políticos que no fueran los que llegaron de Moscú tras las tropas rusas.

En Potsdam se acordó que Alemania sería gobernada por las cuatro potencias ocupantes como una sola unidad económica. Rusia, que no cumplió lo pactado,

es la causante directa de que mientras en la Alemania occidental se alcance uno de los niveles de vida más elevados del mundo, en la Alemania dominada por los comunistas persistan las condiciones económicas de posguerra.

LA EXPERIENCIA DE FINLANDIA

Pocos países habrá que como Finlandia conozcan lo que valen las promesas, pactos y conferencias con los rusos. En los últimos cuarenta años el pueblo finés ha aprendido duramente la lección de la diplomacia roja.

En abril de 1918 el Ejército rojo es derrotado completamente en la batalla de Viborg, tras un intento de invadir completamente las tierras de Finlandia. Allí concluyó en realidad el primer intento soviético de invasión.

El segundo ataque se produce veinte años más tarde. La Unión Soviética no es oficialmente un país hostil a Finlandia; a ambos países les liga un Tratado de "amistad y no agresión" suscrito el 21 de enero de 1932.

Súbitamente, y sin previo aviso, el 30 de noviembre de 1939 el Ejército rojo acomete la invasión de Finlandia, atacando la famosa línea Mannerheim.

¿Qué se ha hecho del pacto firmado por los soviéticos? Simplemente Rusia ha prescindido de él, en el mismo momento en que ya no lo necesitaba. Quince días más tarde la U. R. S. S. afronta con cinismo y despreocupación la infamante expulsión de la Sociedad de Naciones; el 14 de diciembre de 1939 la Asamblea reunida en Ginebra adopta por unanimidad esta medida, consecuencia de la violación del Pacto de la Sociedad suscrito por Rusia, al igual que por los otros Estados miembros.

Después de la segunda guerra mundial, tras cuyo final Finlandia fue completamente invadida por la Unión Soviética, el propio Stalin escribió una carta al Presidente de la República finesa, Paasikivi, en la que le exigía terminantemente la firma de otro nuevo Tratado de amistad y ayuda mutua, "ya que Finlandia es el único país vecino de la Unión Soviética que no tiene concertados con ella estos tratados".

LA CARTA DE LITVINOV

Norteamérica, como muchos otros países, podría exhibir abundantes pruebas del reiterado incumplimiento de promesas, compromisos y obligaciones soviéticos.

En los archivos del departamento de Estado norteamericano hay una curiosa carta de Máximo Litvinov, comisario del Pueblo para los Asuntos Exteriores, dirigida al Presidente de los Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt. La carta, fechada el 16 de noviembre de 1933, en sus partes más esenciales dice lo siguiente:

"Querido señor Presidente:

Tengo el honor de informar a usted que, a partir del momento en que se establezcan relaciones diplomáticas entre nuestros dos países, el Gobierno de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas observará la siguiente política:

1.—Respetará escrupulosamen-

te el derecho indiscutible de los Estados Unidos a organizar su vida dentro de su jurisdicción propia...

2.—Se abstendrá de efectuar actos abiertos ni ocultos susceptibles de perjudicar, de la manera que fuere, la tranquilidad, prosperidad, orden o seguridad de los Estados Unidos...

4.—No se permitirá que se forme ni establezca en su territorio ninguna organización ni grupo e impedirá que desplieguen actividad alguna en su territorio grupos u organizaciones existentes, cuyo objetivo consista en provocar mediante la fuerza cualquier cambio en el orden político o social de los Estados Unidos."

Desde que aquella carta fue entregada en Washington, las violaciones de las promesas contenidas en la misma son sencillamente inclasificables. Las hay de todos los géneros y matices. Desde la actuación del partido comunista americano, fiel servidor de la política soviética en el seno de los Estados Unidos, hasta el descubrimiento de diversas cadenas de espionaje (bombas atómicas, proyectiles "dirigidos" secretos industriales, etcétera, etc.). A esta lista es necesario agregar también las repetidas agresiones a aviones americanos en distintas zonas del mundo, las amenazas verbales o escritas y la campaña ininterrumpida de ataques a Norteamérica.

Hay numerosos y claros ejemplos del incumplimiento por parte de Rusia de las promesas internacionales hechas sobre un futuro a largo o a corto plazo; una muestra evidente entre tantas otras se halla en la Carta del Atlántico, documento suscrito por Roosevelt y Churchill el 15 de agosto de 1941.

KALININGRADO, EN LA LISTA

Unos meses más tarde, la U. R. S. S., aliada de las potencias occidentales, decide adherirse a la famosa Carta, firmando ese documento el 1 de enero de 1942.

Los tres primeros puntos de dicha Carta, que, como los restantes, se comprometía a cumplir la U. R. S. S., eran los siguientes:

1.—Nuestros países no buscan ninguna compensación, ni territorial ni de otra índole.

2.—No deseamos que se produzcan cambios territoriales en desacuerdo con la voluntad de los respectivos pueblos, libremente expresada.

3.—Respetaremos los derechos de todos los pueblos a escoger la forma de Gobierno bajo la cual quieran vivir, y deseamos que se devuelvan, a los que por la fuerza han sido privados de ellos, los derechos de soberanía y gobierno autónomo."

Y como Rusia no deseaba ninguna compensación territorial, hoy disfruta, por obra de intervenciones armadas, de la posesión de los siguientes territorios que en 1939 no le pertenecían: los países bálticos, Estonia, Letonia y Lituania; Prusia oriental hasta el este de la bahía de Dantzig, con la ciudad de Königsberg, hoy Kaliningrado; las provincias en otro tiempo polacas al este de la

línea Curzón; la Bukovina y la Besarabia rumanas; el archipiélago de las Kuriles, la isla de Sajalin en su totalidad, la península de Kuang Tung, con Port Arthur y Dairén; sin contar, naturalmente, el control efectivo sobre la totalidad de los países "satélites", donde precisamente Rusia no respetó el derecho de sus pueblos respectivos a escoger el Gobierno que desearan, que no era, desde luego, el que hoy tienen.

VEINTIOCHO ACUSACIONES

William Christian Bullit, periodista, diplomático y hombre de negocios, fué uno de los americanos que más trabajó desde la revolución roja hasta 1932 para que los Estados Unidos establecieran relaciones diplomáticas con la Unión Soviética. Estuvo en Rusia en 1919, y a partir de entonces solicitó de los sucesivos Presidentes americanos el envío de un embajador a la U. R. S. S. La elección como Presidente de Franklin D. Roosevelt permitió que se hiciera realidad su deseo.

Cuando los Estados Unidos acordaron establecer con Rusia relaciones diplomáticas y comerciales no hubo ninguna duda sobre la designación del jefe de la Misión diplomática norteamericana en Moscú. Sólo podía ser Bullit, y Bullit permaneció tres años, hasta 1936, al frente de la Casa Spasso, residencia oficial de la Embajada americana en Moscú.

Bullit, que no fué jamás un simpatizante del comunismo, creía, sin embargo, que las relaciones con Rusia eran beneficiosas para los Estados Unidos; pueden bastar estos datos para advertir que Bullit no sentía entonces el menor resentimiento ni animadversión respecto del régimen soviético. Tras haber desempeñado diversos cargos diplomáticos en la segunda guerra mundial, Bullit escribió su libro "The Great Globe Itself" (en español, "La gran amenaza"), una de las obras que revelaron con mayor claridad la inmoralidad de la conducta soviética en sus relaciones internacionales.

Allí se analizan veintiocho principales acusaciones que corresponden sólo a las violaciones de pactos y tratados anteriores al final de la segunda guerra mundial. Desde entonces hasta ahora, el número total de transgresiones soviéticas ha crecido a un ritmo increíble.

Entre estas acusaciones se incluyen, naturalmente, las referentes a los Estados bálticos, que, invadidos por el Ejército rojo, "solicitaron, en agosto de 1940, el honor de entrar a formar parte de la U. R. S. S.". Naturalmente, los miles de letones, estones y lituanos que hoy viven refugiados en diferentes países y los todavía más numerosos que fueron eliminados por las tropas rojas no comparten el "honor" de que sus patrias sean unos territorios más dominados por Moscú.

La incorporación de los tres

pequeños Estados bálticos tuvo lugar en los días 3, 5 y 6, para Lituania, Estonia y Letonia, respectivamente. De nada sirvió que la U. R. S. S. hubiera firmado con aquellos países diferentes pactos que garantizaban contra la agresión.

JUGANDO CON DOS BARAJAS

Y entonces Stalin pronunció el último brindis de la noche.

"Yo sé bien cómo quiere el pueblo alemán a su Führer, brindando a su salud."

Con aquella fiesta en Moscú se celebraba la firma del pacto germanosoviético por el que cada parte se comprometía a no realizar ninguna agresión contra la otra. Era el 24 de agosto de 1939; el día anterior Ribbentrop, ministro alemán de Asuntos Exteriores, llegaba a Moscú, donde las misiones inglesa y francesa se esforzaban desde el día 11 del mismo mes, en llegar a una alianza con la Unión Soviética.

Siete días después de la firma de aquel tratado, las tropas del III Reich invadían Polonia y se desencadenaba la segunda guerra mundial. El pago de aquella firma significó para Rusia la conquista de media Polonia sin realizar apenas operaciones militares.

Si aquel tratado no hubiese sido firmado por Rusia, es muy posible que no hubiera estallado la guerra. Hitler no se hubiera atrevido a desencadenar un conflicto en el que el Ejército alemán, como en la primera contienda mundial, habría de luchar en dos frentes. La jugada inmediata de Rusia estaba bien clara; además de obtener extensos territorios, se beneficiaba del conflicto europeo, confiando en que al término del mismo ambos bandos beligerantes se hallaran totalmente destrozados y no fueran capaces de resistir la presión comunista. Sólo el hecho, no explicado todavía satisfactoriamente, de que Hitler declarara la guerra a Rusia tras la victoria en el oeste de Europa, impidió que llegara a ser realidad el terrible sueño soviético.

La jugada realizada en Europa sería repetida año y medio más tarde en Asia. El día 13 de abril de 1941, Matsuoka, minis-

tro de Asuntos Exteriores del Japón, llega a Moscú, después de haber permanecido durante varios días en Berlín y Roma. Casi inmediatamente firma con Molotov el Tratado de neutralidad, amistad y no agresión entre el imperio japonés y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Con este Pacto el Japón sienta sus espaldas bien guardadas como antes le ocurriera a Alemania. No habrá de concluir el año hasta que se produzca la agresión de Pearl Harbour. El Gobierno japonés, que sabía que no podía temer nada de las débiles guarniciones soviéticas de Siberia, emprende, después del ataque contra las instalaciones navales americanas, una rápida campaña de agresión que llevará a sus ejércitos hasta Singapur, las Filipinas y Nueva Guinea.

Quizá pudiera parecer extraño que cuando Rusia fué invadida por Alemania, no declarara la guerra al Japón, aliado del III Reich. La respuesta es inmediata; no le interesaba desplazar tropas a Extremo Oriente para luchar con los magníficamente preparados ejércitos japoneses. Solamente cuando la resistencia nipona se debilitó extraordinariamente, pudo apresurarse a intervenir en el conflicto para no perderse el botín de la victoria. Una vez más, la simple mención de las fechas dan clara idea de las intenciones soviéticas. El 7 de agosto por la tarde se hizo pública la explosión de la primera bomba atómica sobre Hiroshima; el día 9, la Unión Soviética declara la guerra al Imperio japonés, que al día siguiente inicia sus primeros tanteos en busca de un armisticio, conversaciones de paz que resultan fallidas. El día 14 los japoneses deciden someterse a la rendición incondicional. A cambio de sólo cinco días de conflicto teórico, la Unión Soviética obtuvo Las Kuriles, Sakhalin, el trabajo forzado de centenares de miles de prisioneros japoneses empleados como esclavos durante varios años y todas las industrias de Manchuria, que en su mayor parte fueron desmanteladas y trasladadas al interior de Siberia.

W. ALONSO



Una sesión de la Conferencia de los tres «grandes»—Truman, Stalin y Churchill—celebrada en Potsdam

DE LA MAQUINA AL JUGUETE

Las últimas muestras de la industria en la II Exposición Siderometalúrgica del Retiro

UNA NUEVA EDAD DE PIEDRA

EN el Retiro, de Madrid, no solamente hay un estanque en el que la juventud rema y se hace el amor al blanco vaivén de una pequeña barca. También existe un Palacio de Cristal en donde las generaciones modernas presentan sus creaciones de arte abstracto, y una Chopera en cuyos 40.000 metros cuadrados de superficie la siderometalurgia española, con motivo de la II Exposición Nacional de Siderometalurgia expone los mayores prodigios de un arte sumamente concreto, porque maravillosa es esa máquina que presenta la razón social Benito Delgado, que hace lana de las piedras.

Parece una fantasía oriental cocida en nuestro romancero morisco; pero, no. Es un hecho, una herramienta de la nueva España, producido en pleno 1959 en una factoría siderometalúrgica nacional. Los centenares de miles de visitantes que han recorrido los paseos de la Exposición pueden atestiguar el prodigio y quitar todo cuanto haya de fábula en mis palabras. El hecho está a la vista: Por un lado de la máquina alguien introduce piedras, pedruscos que hasta ahora han sido la maldición de los campos. El ingenio se pone en movimiento. Un ruido sordo indica que el proceso (no por lo razonable menos mágico) va desarrollándose en las entrañas del monstruo técnico. El público (mis testigos) aguarda expectante y poco después por otro lado empieza a aparecer una fibra textil artificial: es lana, lana de piedra.

Ya no se puede afirmar: «Es más frío que la piedra», porque las piedras también abrigan como la más pura lana de las ovejas que transcurren trashumantes por las cañadas milenarias de Castilla.

Amigos míos, con ser grande, no es ésta la mayor ni la única sorpresa que espera al visitante que recorre asombrado los 525 stands de 21 y 25 metros cuadrados de la II Exposición Nacional Siderometalúrgica, organi-

zada por el Sindicato Nacional del Metal, que ha contado con la colaboración del Ayuntamiento de Madrid. Anticipándose a la mujer ballena, al domador de palgas y al niño de las tres cabezas de la tradicional romería de San Isidro, esta gigantesca feria de novedades fabricadas con hierro y acero ofrece a cada paso al espectador sensacionales prodigios que lucen de día y de noche sus esplendores: ya es un esbelto poste radiante metálico, de 65 metros de altura, rematado por la bandera nacional y rodeado de focos eléctricos potentísimos, que da la bienvenida apenas se pisa el recinto de la Exposición, como asimismo puede ser una mandrinadora automática de 20 toneladas, que los talleres Jordán, de Zaragoza, han traído a Madrid como uno de los mayores acontecimientos del Certamen. También de la ribera del Ebro, bendecido por la Pilarica y recién salido de Talleres Zaragoza, llega el «T-Z», un coche de turismo de 500 centímetros cúbicos, con cuatro ruedas y cuatro puertas, a un precio aproximado de 80.000 pesetas, y de los Talleres del Astillero procede una gigantesca apisonadora para carreteras.

España se desespera toda y urge la renovación, que apremia quinaria moderna y capaz de abreviar el proceso de transformación. La siderurgia nacional vive el momento, responde a la llamada, y aquí están, en la Chopera, las aleccionadoras muestras: la citada apisonadora, la excavadora «Kynos», de cinco toneladas, y el tractor-excavadora «Chasheside».

Para mover tanta maquinaria, que ha de empujar verdaderas montañas de tierra, hay en nuestra Patria toda clase de motores, que pueden verse en los stands ocupados por las treinta Empresas reunidas en el Grupo de Fabricantes Nacionales de Motores de Explosión. En estos stands también figuran motores para camiones, autobuses, camionetas, coches ligeros, buques, aviones y tractores. Y acuden marcas tan nombradas como la de Barreiros Diesel, Cia. Euskalduna, Indus-



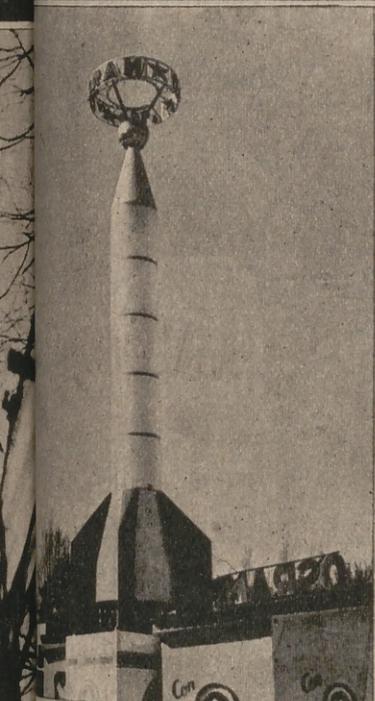
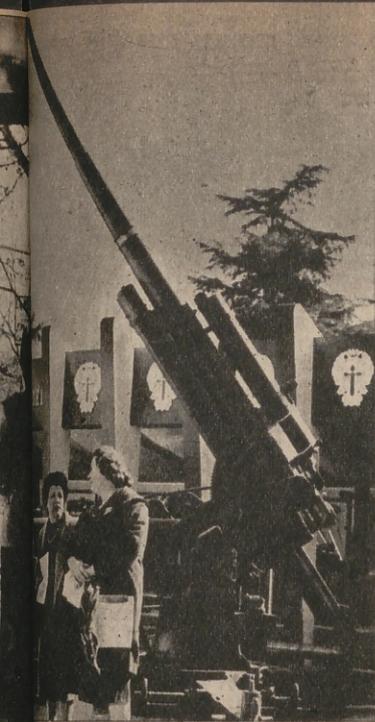
Arriba: Detalle de la II Exposición Siderometalúrgica. Abajo: Una metálica que se alza en la avenida del recinto

trias Subsidiarias de Aviación, La Maquinaria Terrestre y Marítima, Maquinaria Agrícola, etcétera (stands 75, 76, 77, 80 y 81).

CINCO SECCIONES

Esta II Exposición Nacional Siderometalúrgica, que se clausurará el 15 de abril, ocupa todo el claro de La Chopera, cubriendo (como ya he dicho) una superficie aproximada de 20.000 metros cuadrados, con un total de 525 stands, ocupados por unas 250 razones sociales, que se han distribuido en varios sectores. El primero agrupa las industrias básicas, como la minería, la siderurgia, el petróleo y el gas.

La segunda sección está destinada a las industrias que tienden



Una muestra de la industria de armamento. Abajo: Un moentualidad sirve de llamada de una instalación comercial

gas». El ama de casa encuentra en subsección del hogar la exposición de todos esos objetos útiles y supérfluos que convierten hoy en día a la cocina en una habitación de ensueño, en donde las señoras se liberan de la esclavitud del guisar y del fregar para retornar a la inmaculada fantasía de los juegos de la infancia en la casa de muñecas.

A esta misma primera sección corresponden los «transformados metálicos» y los múltiples objetos de «artesanía», que aquí se presentan en función de la especialidad industrial implicada por los ramos representados en la Exposición. Los transformados metálicos ocupan tres stands cubiertos con urallita de plástico y plancha de conglomerado de 600, 1.000 y 600 metros cuadrados cada uno.

El tercer sector corresponde a la automoción. Ya se ha hablado del coche turismo «T-Z». Además figuran otros automóviles más conocidos y sus diversas piezas. Entre el público que fluye y refluye por los stands, además de este vehículo de carácter utilitario, llaman la atención los distintos modelos presentados por las casas de motocicletas. La Montesa presenta un modelo nuevo, hasta ahora desconocido por los aficionados. También acuden otras firmas, como la Iso Motor Italia, Moto Vespa, Motocicletas y Transportes, S. A. La entidad Maquinaria Cinematográfica, Sociedad Anónima, que además de aparatos cinematográficos fabrica la motocicleta «Ossa», presenta varios modelos de este mismo vehículo de dos ruedas.

El cuarto sector lo llena el grupo de la maquinaria. Viene agrupado en cuatro stands (85, 36, 53 y 54), dos para maquinaria ligera y dos para maquinaria pesada. En este grupo figuran 14 razones sociales, entre las que recordamos S. L. Talleres Trem; Mecanoplan, S. A.; Industrias Auxiliares Metalúrgicas, Gutenberg, S. A., etc. Como en el anterior certamen, la maquinaria hace ante el público demostraciones prácticas. Pero no ofrece ningún riesgo para los visitantes, ni molesta, ni perjudica otras instalaciones. En cambio, constituye una de las mayores atracciones de la Exposición.

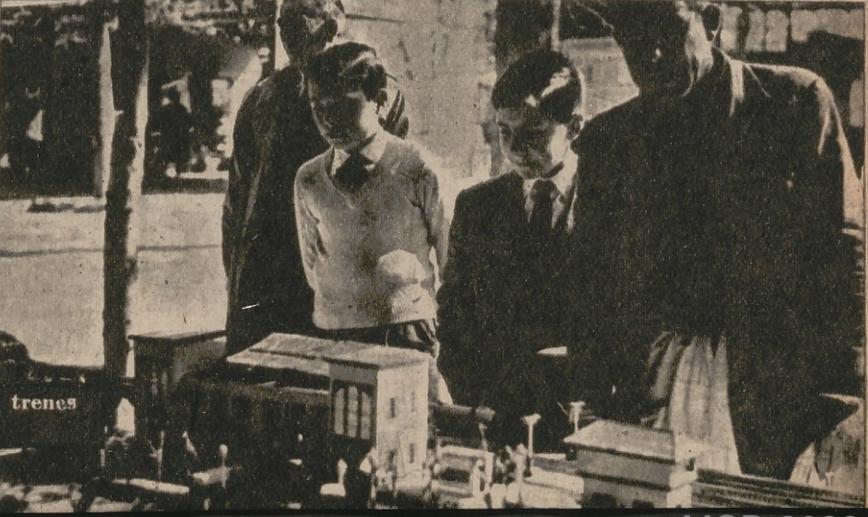
El quinto sector está dedicado a la electricidad. Hablando de este tema nos fijamos en que el alumbrado de la Exposición es

perfecto. Los stands están iluminados con lámparas fluorescentes, incandescentes, o bien de luz plata o luz mezcla. Por la noche son encendidos los proyectores gigantes del Ministerio del Aire, que centran sus potentes rayos luminosos en la bóveda celeste que cubre el Retiro y lanzan ráfagas de gran intensidad luminica en todas direcciones, convirtiendo el verde cinturón de los árboles que cifa la Exposición en seres con vida fantasmagórica, que da pinceladas de poesía a esta Exposición de tantos objetos prácticos. Luces piloto de color rojo indican a los aviones la presencia del poste radiante de la entrada, cuya altura (65 metros) excede a la que es normal en los edificios próximos.

Benito Delgado, el mismo que presenta la máquina de convertir la piedra en lana, que en el Certamen está representado por su razón social F. E. C. H. A. (Fábrica Electrotécnica de Chamartín), también trae a esta Exposición un transformador gigante para centrales eléctricas de 15.000 kilovatios, con capacidad suficiente para iluminar un pueblo de unos 50.000 habitantes, lo que quiere decir que una población como Madrid podría quedar perfectamente alumbrada con 40 transformadores de este tipo. Otros, un poco más pequeños, presenta la entidad Electromecánicas Ortiz Arellán, S. A., de San Sebastián, que se dedica a estos trabajos desde hace treinta años. Presenta tres transformadores: uno de 7.500 kilovatios, otro de 1.000 kilovatios y un tercero más pequeño. En estos stands de maquinaria eléctrica figuran además relojes eléctricos, condensadores, aparatos de medidas eléctricas, etcétera. Lámparas Osram, S. A., como atracción de feria, ha levantado en su stand un cohete, cuya silueta queda señalizada por una llamativa iluminación.

En este mismo sector se concentran las casas de radio y televisión. Aquí vemos R. O. A., Telefunken, S. A.; Iberia Radio, etcétera, con sus últimos modelos y la razón social Bianchi, S. A., que presenta instrumental y accesorios para televisiones con patentes de tres casas extranjeras: Asea, Philips y T. O. C., de Londres. En este stand el espectador encuentra condensadores eléctricos e industriales, condensadores estáticos, aparatos de corrección

a dotar al hogar de la comodidad e higiene que proporcionan las modernas técnicas de aplicación de la energía. En esta sección de la siderometalurgia hogareña figuran numerosas industrias, como Cocinas Novo, Electrificación Doméstica Española, Industrias del Hogar, Manufacturas Vega, etcétera, en cuyos stands se ven cocinas de gas butano, en donde reina la comodidad, la limpieza y la rapidez; armarios de cocina de corte y pintura novísimos; cocinas y hornos eléctricos, lavadoras, neveras, menaje de cocina, etcétera, y hasta hay una cocina que «ella misma se fabrica el



Los chicos se detienen ante los trenes en miniatura

PARA TODOS

La seguridad social, no sólo en su cometido, sino incluso en su acepción actual, es una conquista de nuestro siglo. Pero podríamos afinar aún más esta aseveración. Podríamos decir que es una de las fundamentales conquistas en el orden social de los tres últimos quinquenios.

Si, el principio de siglo señala en casi todos los países del Occidente europeo la aparición del seguro social o, si se prefiere, de lo que muy posteriormente se ha denominado política de seguros sociales. Pero no debemos superestimar este hecho. En realidad esta política de seguros sociales no era, ni acaso podía ser, más que los comienzos o, más aún, que los primeros atisbos de la previsión social, en un sentido práctico, real y efectivo. El concepto de seguridad social y todo cuanto esto entraña hoy para nosotros tardaría aún mucho en aparecer. De hecho no ha aparecido hasta después de la segunda guerra mundial. A pesar de que relativamente han sido tan pocos los años transcurridos desde aquellos primeros pasos del seguro social en los comienzos del siglo hasta la gran realidad de la política de previsión social de nuestros días, una honda, amplia y positiva transformación se ha producido en este orden de ideas. Casi nos atreveríamos a decir que el seguro social ha desaparecido. Al menos tal y como se le entendía hace treinta o cuarenta años, y tal vez menos tiempo. Ha desaparecido para dar paso a la seguridad social. La seguridad social es para

el hombre de nuestros días un cuerpo de instituciones de previsión social sistematizado, de alcance nacional, que beneficia real y efectivamente a toda la masa productiva del país, sin distinción de categoría técnica o profesión, especialidad o dedicación. Este concepto de la previsión social, es decir, de la seguridad social, es lo que nosotros entendemos que representa una de las mayores y más trascendentes conquistas sociales de los años últimos.

El proceso histórico de la seguridad social en nuestro país es muy sugestivo. No se ha reparado, no se repara debidamente en él. El seguro social aparece en nuestro país durante la primera década del siglo. Al menos desde un punto de vista teórico. Durante los veinte o veinticinco años siguientes, las mejoras y los avances que se obtienen en este campo son más bien por otra cosa, meros espejismos que deslumbran o adormecen circunstancialmente a unas masas obreras desasistidas, abandonadas, convertidas en simples, inconscientes elementos de malabarismos electorales y políticos. En este aspecto guarda bastante similitud con el proceso análogo europeo. En casi todas partes, ciertamente, esos avances van unidos a grandes conmociones sociales o a coyunturas políticas de acusada gravedad. Las mejoras de los seguros sociales fueron por lo regular pagadas a muy alto precio por las masas trabajadoras. Pero en España, con el triunfo del Movimiento Nacional, surge un nuevo orden político en el que la se-

guridad social no es una dádiva, una concesión caritativa, un apaciguamiento de las masas trabajadoras, sino un postulado, un imperativo fundamental del nuevo Estado en el campo de la justicia social. En el marco general de los problemas europeos de previsión social España inicia entonces su propia camino, un camino de verdadera vanguardia, en el que los avances alcanzados son más rápidos, más amplios, más equitativos y eficientes.

España, en este orden de cosas, ha hecho en los tres últimos quinquenios un nuevo descubrimiento. Uno más, ciertamente, entre otros muchos. Ha descubierto la seguridad social institucional. Es decir, en un alarde de innovación social, en un gran esfuerzo por conseguir una nueva configuración de las estructuras sociales del país, ha hecho de la seguridad social una verdadera institución entre las primeras del país. La reciente creación de la Mutualidad Laboral Agraria, que lleva a todos los trabajadores agrícolas españoles los beneficios y las posibilidades de esa gran institución de seguridad social que es nuestro Mutualismo Laboral, prueba cuanto decimos. Lo mismo puede afirmarse del nuevo Montepío del Servicio Doméstico, creado en los últimos días igualmente. Estos dos nuevos organismos representan, sin duda alguna, un avance más, un logro más hacia la culminación de nuestro sistema de seguridad social, como una de las instituciones básicas y trascendentes para el verdadero triunfo de la justicia social de nuestro país.

de factor de potencia para televisión, unidad de deflexión y transformador de salida de línea para noventa grados. Completan este sector otros aparatos electrónicos y la maquinaria cinematográfica que se expone en diferentes stands, entre los que destaca uno que atrae al público mediante una veleta, con un trébol de cuatro hojas, que gira velocísima impulsada por los aires, que también mueven las copas de los árboles del Retiro.

LA SIDEROMETALURGIA PROYECTADA AL FUTURO

En el stand del Instituto Nacional de Estadística de la Presidencia del Gobierno, magníficamente instalado, se ofrece al público una completísima demostración numérica y gráfica del potente desarrollo realizado en estos últimos años por la Siderometalurgia Nacional, que en plena expansión ha suministrado máquinas, aparatos e instalaciones, haciendo posible el «milagro» español, a pesar de la escasez de divisas, que ha frenado y sigue difi-

cultando la importación del utilaje extranjero necesario. La gigantesca labor de la siderometalurgia española ha permitido la creación de 1.400.000 nuevos puestos de trabajo en la industria, que ha tenido la consecuencia de que los servicios absorberían 300.000 personas más. Es decir, el móvil siderometalúrgico ha dado empleo a 2.000.000 de trabajadores, que, de otra manera, hubieran estado condenados al paro forzoso o a la infraocupación.

El hecho más importante acontecido en los últimos años en el sector siderometalúrgico es, la puesta en marcha del primero de los cuatro hornos altos de Avilés, cuya infraestructura está proyectada para una producción de dos millones y medio de toneladas anuales de acero, así como renovación y la expansión de las demás plantas existentes en Asturias, Bilbao y Levante, hasta alcanzar otros dos millones y medio de toneladas por año. Paralelamente a este desarrollo de materias primas siderometalúrgicas se han instalado fábricas de tractores para atender las necesidades

de mecanización y modernización de los métodos de cultivo, y asimismo se han creado Empresas para construcción de vehículos-automóviles, cuya producción hace cinco años era inexistente, y en la actualidad es del orden de 30.000 unidades por año, y sigue en progresión ascendente.

La siderurgia es, entre todas las industrias de inversión, la más fundamental, según afirma Antonio Robert en su informe sobre la economía española con lo que estamos conformes. La insuficiencia de producción de acero ha constituido precisamente el estrangulamiento más importante que ha sufrido en los últimos años nuestra economía. Según las estadísticas industriales (O. E. C. E.), en 1956 el consumo de acero por habitante era en Alemania de 417 kilogramos; en Inglaterra, de 380; en Francia, de 276. en Italia, de 120 y en España, de 51. Sin embargo, las reservas de mineral de hierro existentes en España permiten incrementar la producción. En carbón también existen reservas para atender el grueso de las necesidades siderúrgicas, si bien la

relativa escasez de tipos coquizables puede obligar a ciertas importaciones. Es decir, que la satisfacción de nuestras necesidades en productos siderúrgicos no sería más que la consecuencia lógica de un desenvolvimiento normal de nuestras actividades.

De acuerdo con la demanda de acero resultante de las inversiones en utillaje y medios de transportes y de posibles exportaciones, Antonio Robert ha calculado un programa de evolución de la industria siderúrgica en los próximos años. Coincidiendo la demanda interior con la evaluada en el IX Pleno del Consejo Económico Sindical Nacional, se estima para 1962 una demanda interior de 2.700.000 toneladas/año y una capacidad de producción de 3.400.000 toneladas/año, y para 1972, una demanda interior de 5.600.000 toneladas/año y una capacidad de producción de 7.000.000 toneladas/año.

En el citado Pleno Sindical las industrias siderúrgicas, tanto estatales como privadas, hicieron las siguientes previsiones en cuanto a la capacidad productiva que alcanzarán sus fábricas en su desarrollo hasta 1962, si disponen del utillaje y elementos de inversión necesarios. En lo que se refiere al producto «arrabio», en 1962 la industria privada tendrá una capacidad de 1.500.000 Tm/año, y la Siderúrgica de Avilés, 1.140.000 toneladas/año. En total 2.640.000 toneladas/año. En cuanto a la capacidad de producción de acero, la de la industria privada será de 2.400.000 Tm/año y la de la Siderúrgica de Avilés será de toneladas/año 1.390.000; en total toneladas/año 3.790.000. Y, por último, en lo que se refiere a la capacidad de producción de laminados, la de la industria privada será del orden de 1.600.000 toneladas/año, y la de la Siderúrgica de Avilés, 750.000 Tm/año; en total, 2.350.000 Tm/año.

Estas cifras indican que si se llevan a cabo las inversiones que faltan para completar este programa, en 1962 se cubrirán muy holgadamente las necesidades de acero, si bien en laminados puede existir todavía una cierta insuficiencia.

Para el desarrollo de la producción en años subsiguientes (de 1962 a 1972) hay que señalar que la infraestructura de la planta de Avilés está preparada para llegar a 2.500.000 toneladas de acero y que las demás plantas están también en condiciones para seguir ampliando su capacidad productiva, mejorando las condiciones de producción al aumentar las dimensiones de las unidades fabri-

Ahora bien; este aumento de la producción siderúrgica exigirá un incremento paralelo en la extracción de carbón —particularmente en variedades coquizables— y en el normal abastecimiento de chatarra, aunque la tendencia a ahorrar ésta es notoria en la técnica adoptada en las nuevas plantas y ampliaciones, aparte de que las disponibilidades de la misma se acrecerán al intensificar la renovación de maquinaria, utillaje y medio de transporte. En lo referente al mineral de hierro, la producción nacional deberá duplicarse en los próximos quince años, al-

canzando los diez millones de toneladas tan sólo para atender la demanda interior, y pensando en la exportación debería obtener como mínimo los quince millones de toneladas, lo cual requeriría una inversión de 7.000 millones de pesetas aproximadamente.

Consecuencia de la expansión siderúrgica española entre 1950 y 1955, las disponibilidades de utillaje y medio de transporte aumentaron ya de forma considerable en una proporción de un 145 por 100. Con el inmediato desarrollo que alcanzará esta industria, la necesidad del utillaje y medio de transporte de toda suerte (para la agricultura, para centrales eléctricas, para la industria en general, para el tráfico ferroviario, de carretera, marítimo y aéreo, etc.) volverán a incrementarse, de forma que, si se parte de las necesidades en 1957, las que se tengan en 1972 serán un 366 por 100 mayores. Dicho de otra forma: los suministros de estas materias se harán cuatro veces mayores que los actuales a lo largo de los próximos quince años. Esto indica la absoluta necesidad de incrementar a todo trance la producción nacional de estos elementos, que en nuestros productos siderúrgicos encontrarán la materia prima indispensable.

LA MAQUINARIA INDISPENSABLE AL JUGUETE EFIMERO

La Exposición Nacional de Siderometalurgia es el exponente concreto, objetivo y visible del considerable esfuerzo ya realizado por nuestra siderurgia y el índice de lo que esta rama de la actividad industrial española va a realizar en el futuro inmediato. Para los que no entienden de estadísticas ni de números, de necesidades mínimas y de inversiones posibles, aquí se ofrecen, extendidos a lo largo y a lo ancho de 20.000 metros cuadrados, un variadísimo muestrario de lo que ha sido capaz de hacer en los últimos años la industria siderometalúrgica nacional: desde cañones antiaéreos salidos de las fábricas militares de Trubia y Toledo hasta turmix para elaborar batidos de chocolates; desde una excavadora, a manivelas de distinta índole; desde la maqueta de un «sputnik», con una potencia luminosa de 21.000 vatios,

a un tren eléctrico con cinco locomotoras y un trolebús que presenta una casa de juguetes de Ibi (Alicante), que da empleo a 280 obreros que fabrican, además de juguetes metálicos, estuches y objetos de plástico.

Aquí todo se ve, pero nada se puede adquirir. Las mercancías expuestas no se venden al detall en los stands. Los pedidos que se formulan son servidos fuera del certamen, ya que el principal objeto del mismo es fomentar las transacciones sobre las muestras.

Ya no sólo constituye una realidad de todos conocida la industrialización de Madrid y de su espacio circundante, sino que incluso la siderometalurgia de todo el territorio hispánico se halla representada en el despejado cuadrilátero de la Chopera del Retiro, en uno de los rincones madrileños de más rancio sabor cortésano. De este modo las noches del Buen Retiro, loadas por Pío Baroja, se transforman, cincuenta años después, en los días de los metales elaborados. El éxito de este certamen, igual que la Exposición precedente, no puede ser más rotundo. Treinta mil españoles de todas las provincias han solicitado rebaja de ferrocarriles para visitar la Exposición, que asimismo es contemplada, mañana y tarde, por los dos millones de habitantes de Madrid. El Comité Ejecutivo, que no la considera sólo una feria ni un mercado, ha comprendido la importante fuerza didáctica del certamen. Y para aprovecharlo ha invitado a efectuar visitas colectivas, acompañados de sus profesores, a los alumnos universitarios y de las escuelas técnicas, así como de institutos, escuelas nacionales, provinciales y municipales. También se han entregado 8.000 invitaciones a la Sección de Ordenación Social para ser repartidas, por medio de las Juntas Sociales, a los obreros. En este gesto se condensa la moraleja de esta II Exposición Nacional de Siderometalurgia: la de ser un vehículo comercial y un instrumento de inmensas posibilidades pedagógicas. Sólo hace falta que aprendamos bien la lección y tratemos de emularla.

Tristán YUSTE

Los Ministros de Industria y Secretario del Movimiento en la visita inaugural a la Exposición



EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas. - Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 15

DE LA MAQUINA AL JUGUETE

LAS ÚLTIMAS MUESTRAS
DE LA INDUSTRIA EN
LA II EXPOSICION
SIDEROMETALURGICA
DEL RETIRO

